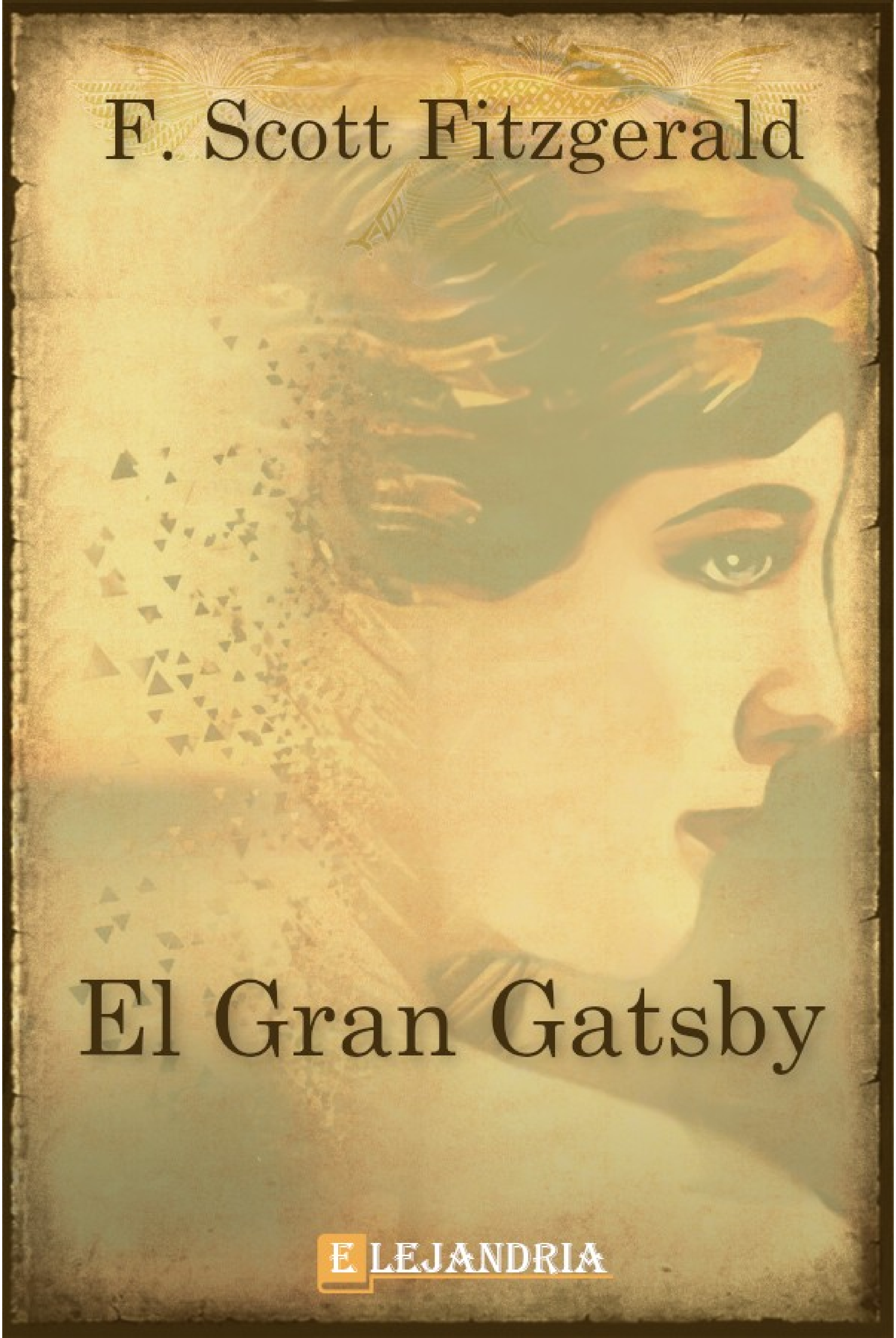
F. Scott Fitzgerald



El Gran Gatsby

ELEJANDRIA

EL GRAN GATSBY

F. SCOTT FITZGERALD

PUBLICADO: 1925
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Esta edición del libro El gran Gatsby ha sido traducida al castellano por Elejandría desde su publicación original en inglés en 1925 y disponible en en.wikisource.org.

CAPÍTULO I

En mis años más jóvenes y vulnerables, mi padre me dio un consejo al que he estado dando vueltas en mi mente desde entonces.

"Siempre que tengas ganas de criticar a alguien", me dijo, "recuerda que todas las personas de este mundo no han tenido las ventajas que tú has tenido".

No dijo nada más, pero siempre hemos sido inusualmente comunicativos de forma reservada, y comprendí que quería decir mucho más que eso. En consecuencia, me inclino a reservarme todos los juicios, un hábito que me ha abierto muchas naturalezas curiosas y también me ha hecho víctima de no pocos pesados incorregibles. La mente anormal se apresura a detectar y adherirse a esta cualidad cuando aparece en una persona normal, y así sucedió que en la universidad se me acusó injustamente de ser un político, porque estaba al tanto de las aflicciones secretas de hombres inaccesibles y poco conocidos. La mayor parte de las confidencias no fueron buscadas; con frecuencia he fingido sueño, preocupación o una hostil frivolidad cuando me di cuenta por alguna señal inequívoca de que una revelación íntima latía en el horizonte; porque las revelaciones íntimas de los hombres más jóvenes, o por lo menos los términos en que las expresan, suelen ser plagios y estar empañados por evidentes omisiones. Reservar los juicios es una cuestión de esperanza infinita. Todavía tengo un poco de miedo de perderme algo si olvido que, como sugería mi padre con esnobismo, y yo repito con esnobismo, el sentido de las decencia se reparte desigualmente al nacer.

Y, después de presumir así de mi tolerancia, admito que tiene un límite. La conducta puede fundarse en la roca dura o en los terrenos pantanosos, pero después de cierto punto no me importa en qué se fundamenta. Cuando volví del Este el pasado otoño, sentí que quería que el mundo estuviera uniformado y en una especie de atención moral para siempre; no quería más excursiones desenfrenadas con miradas privilegiadas al corazón humano. Sólo Gatsby, el hombre que da nombre a este libro, estaba exento de mi reacción: Gatsby, que representaba todo aquello por lo que siento un desprecio incondicional. Si la personalidad es una serie ininterrumpida de gestos exitosos, entonces había algo magnífico en él, alguna sensibilidad aumentada a las promesas de la vida, como si estuviera relacionado con una de esas intrincadas máquinas que registran los terremotos a diez mil millas de distancia. Esta capacidad de respuesta no tenía nada que ver con esa impresionabilidad fofa que se dignifica bajo el nombre de "temperamento creativo"; era un extraordinario don para la esperanza, una disponibilidad romántica como no he encontrado en ninguna otra persona y que no es probable que vuelva a encontrar. No: Gatsby terminó bien al final; es lo que se apoderó de Gatsby, el polvo asqueroso que flotaba en la estela de sus sueños, lo que cerró temporalmente mi interés por las penas abortadas y las euforias de corta duración de los hombres.

Mi familia ha sido gente prominente y acomodada en esta ciudad del Medio Oeste durante tres generaciones. Los Carraway son una especie de clan, y tenemos la tradición de que descendemos de los duques de Buccleuch, pero el verdadero fundador de mi línea fue el hermano de mi abuelo, que llegó aquí en el año cincuenta y uno, envió a un sustituto a la Guerra Civil y puso en marcha el negocio de ferretería al por mayor que mi padre lleva hoy en día.

Nunca vi a este tío abuelo, pero se supone que me parezco a él, con especial referencia a la pintura bastante dura que cuelga en la oficina de mi padre. Me gradué en New Haven en 1915, justo un cuarto de siglo después de mi padre, y poco después participé en esa demorada migración teutona conocida como la Gran Guerra. Disfruté tanto de la contraofensiva que regresé inquieto. En lugar de ser el cálido centro del mundo, el Medio Oeste parecía ahora el borde desgarrado del universo, así que decidí ir al Este y aprender el negocio de los bonos. Todo el mundo que conocía estaba en el negocio de los bonos, así que supuse que se podría mantener a un hombre

soltero más. Todos mis tíos y tías lo discutieron como si estuvieran eligiendo una escuela de preparación para mí, y finalmente dijeron: "Por qué sí", con caras muy serias y vacilantes. Mi padre accedió a financiarme durante un año y, tras varios retrasos, llegué al Este, de forma permanente, pensé, en la primavera de los veintidós.

Lo práctico era encontrar habitaciones en la ciudad, pero era una estación cálida, y yo acababa de dejar un país de amplios céspedes y árboles amigables, así que cuando un joven de la oficina sugirió que tomáramos juntos una casa en una ciudad de paso, me pareció una gran idea. Encontró la casa, un bungalow de madera desgastada a ochenta dólares al mes, pero en el último momento la empresa le ordenó que se fuera a Washington, y yo me fui al campo solo. Tenía un perro -al menos lo tuve durante unos días, hasta que se escapó- y un viejo Dodge y una mujer finlandesa, que me hizo la cama y cocinó el desayuno y murmuró sabiduría finlandesa para sí misma sobre la estufa eléctrica.

Estuve solo durante un día más o menos hasta que una mañana un hombre, más recién llegado que yo, me paró en la carretera.

"¿Cómo se llega al pueblo de West Egg?", me preguntó con impotencia.

Se lo dije. Y mientras caminaba ya no me sentía solo. Yo era un guía, un explorador, un colono original. Me había concedido el privilegio de ser un vecino más del lugar.

Y así, con la luz del sol y los grandes brotes de hojas que crecían en los árboles, como crecen las cosas en las películas veloces, tuve esa convicción familiar de que la vida volvía a empezar con el verano.

Había mucho que leer, por un lado, y mucha salud que extraer del joven aire que da el aliento. Compré una docena de volúmenes sobre la banca, el crédito y los valores de inversión, que estaban en mi estantería en rojo y oro como dinero nuevo de la fábrica de moneda, prometiendo revelar los brillantes secretos que sólo Midas, Morgan y Mæcenas conocían. Y tenía la gran intención de leer muchos otros libros. Fui bastante literario en la universidad -un año escribí una serie de editoriales muy solemnes y obvios para el Yale News- y ahora iba a traer de nuevo todas esas cosas a mi vida y convertirme de nuevo en el más limitado de todos los especialistas, el

"hombre completo". Esto no es sólo un epigrama: después de todo, la vida se mira con mucho más éxito desde una sola ventana.

Fue una casualidad que alquilara una casa en una de las comunidades más extrañas de Norteamérica. Estaba en esa esbelta y revoltosa isla que se extiende hacia el este de Nueva York, y en la que hay, entre otras curiosidades naturales, dos inusuales formaciones de tierra. A veinte millas de la ciudad, un par de enormes huevos, idénticos en su contorno y separados sólo por una bahía de cortesía, sobresalen en la masa de agua salada más domesticada del hemisferio occidental, el gran corral húmedo de Long Island Sound. No son óvalos perfectos -como el huevo de la historia de Colón, ambos están aplastados en el extremo de contacto- pero su parecido físico debe ser una fuente de asombro perpetuo para las gaviotas que vuelan por encima. Para los que no tienen alas, un fenómeno más interesante es su diferencia en todos los aspectos, excepto en la forma y el tamaño.

Yo vivía en West Egg, el menos elegante de los dos, aunque ésta es una etiqueta muy superficial para expresar el extraño y no poco siniestro contraste entre ellos. Mi casa estaba en la punta del huevo, a sólo cincuenta metros del estrecho, y apretujada entre dos enormes locales que se alquilaban por doce o quince mil por temporada. La que estaba a mi derecha era un edificio colosal desde cualquier punto de vista; era una imitación de hecho de algún Hôtel de Ville de Normandía, con una torre en un lado, nueva y reluciente bajo una fina barba de hiedra cruda, y una piscina de mármol, y más de cuarenta acres de césped y jardín. Era la mansión de Gatsby. O, mejor dicho, como yo no conocía al señor Gatsby, era una mansión habitada por un caballero de ese nombre. Mi propia casa era un adefesio, pero era un adefesio pequeño, y había sido pasada por alto, de modo que tenía una vista del agua, una vista parcial del césped de mi vecino y la consoladora proximidad de los millonarios, todo por ochenta dólares al mes.

Al otro lado de la bahía de la cortesía, los palacios blancos de la elegante East Egg brillaban a lo largo del agua, y la historia del verano comienza realmente en la noche en que conduje hasta allí para cenar con los Tom Buchanan. Daisy era mi prima segunda, y había conocido a Tom en la universidad. Y justo después de la guerra pasé dos días con ellos en Chicago.

Su marido, entre varios logros deportivos, había sido uno de los extremos más potentes que jamás haya jugado al fútbol en New Haven, una figura na-

cional en cierto modo, uno de esos hombres que alcanzan una excelencia tan limitada a los veintiún años que todo lo posterior sabe a anticlímax. Su familia era enormemente rica -incluso en la universidad su libertad con el dinero era motivo de reproche-, pero ahora había dejado Chicago y había llegado al Este de una forma que te dejaba sin aliento: por ejemplo, había traído una serie de ponis de polo desde Lake Forest. Era difícil darse cuenta de que un hombre de mi propia generación era tan rico como para hacer eso.

No sé por qué vinieron al Este. Habían pasado un año en Francia sin ninguna razón en particular, y luego anduvieron a la deriva aquí y allá, sin descanso, dondequiera que la gente jugara al polo y fuera rica. Se trataba de una mudanza permanente, dijo Daisy por teléfono, pero yo no lo creía; no tenía visión del corazón de Daisy, pero sentía que Tom iría a la deriva para siempre buscando, un poco con nostalgia, la dramática agitación de algún partido de fútbol irrecuperable.

Y así sucedió que en una cálida y ventosa tarde me dirigí a East Egg para ver a dos viejos amigos a los que apenas conocía. Su casa era aún más elaborada de lo que esperaba, una alegre mansión colonial georgiana roja y blanca, con vistas a la bahía. El césped comenzaba en la playa y corría hacia la puerta principal durante un cuarto de milla, saltando por encima de los diques de sol y los paseos de ladrillo y los jardines en llamas; finalmente, cuando llegaba a la casa, subía por el lateral en brillantes enredaderas como si lo hiciera por el impulso de su carrera. La fachada estaba interrumpida por una línea de ventanas francesas, que ahora brillaban con el oro reflejado y estaban abiertas de par en par a la cálida tarde ventosa, y Tom Buchanan, con ropa de montar, estaba de pie con las piernas separadas en el porche delantero.

Había cambiado desde sus años en New Haven. Ahora era un robusto hombre de pelo pajizo de treinta años, con una boca más bien dura y unos modales arrogantes. Dos ojos brillantes y prepotentes habían establecido el dominio sobre su rostro y le daban la apariencia de estar siempre inclinado agresivamente hacia adelante. Ni siquiera la afeminada ropa de montar podía ocultar la enorme potencia de aquel cuerpo: parecía llenar aquellas relucientes botas hasta tensar el cordón superior, y se podía ver un gran paquete de músculos moviéndose cuando su espalda se movía bajo su delgado abrigo. Era un cuerpo capaz de hacer una enorme palanca, un cuerpo brutal.

Su voz, un tenor ronco y áspero, aumentaba la impresión de dureza que transmitía. Había un toque de desprecio paternal en ella, incluso hacia la gente que le gustaba, y había hombres en New Haven que le odiaban a muerte.

"No creas que mi opinión sobre estos asuntos es definitiva", parecía decir, "sólo porque soy más fuerte y más hombre que tú". Estábamos en la misma sociedad de mayores, y aunque nunca fuimos íntimos, siempre tuve la impresión de que me aprobaba y quería que le gustara con cierta dureza y desafiante nostalgia propia.

Hablamos durante unos minutos en el soleado porche.

"Tengo un lugar bonito aquí", dijo, sus ojos parpadeaban inquietos.

Girándome por un brazo, movió una mano ancha y plana a lo largo de la vista frontal, incluyendo en su barrido un jardín italiano hundido, media hectárea de rosas profundas y punzantes, y una lancha de proa chata que golpeaba la marea mar adentro.

"Pertenecía a Demaine, el petrolero". Me dio la vuelta de nuevo, con educación y brusquedad. "Vamos a entrar".

Atravesamos un pasillo alto y entramos en un espacio brillante de color rosado, frágilmente unido a la casa por ventanas francesas en ambos extremos. Las ventanas estaban entreabiertas y brillaban en blanco contra la hierba fresca del exterior que parecía crecer un poco hacia el interior de la casa. Una brisa recorría la habitación, haciendo que las cortinas entraran por un extremo y salieran por el otro como pálidas banderas, enroscándolas hacia la esmerilada tarta de bodas del techo, y luego ondulaba sobre la alfombra color vino, haciendo una sombra en ella como hace el viento en el mar.

Atravesamos un pasillo alto y entramos en un espacio luminoso de color rosado, frágilmente unido a la casa por ventanas francesas en ambos extremos. Las ventanas estaban entreabiertas y brillaban en blanco contra la hierba fresca del exterior que parecía crecer un poco hacia el interior de la casa. Una brisa recorría la habitación, haciendo que las cortinas entraran por un extremo y salieran por el otro como pálidas banderas, una especie de tarta de bodas, y luego ondulaba sobre la alfombra color vino, haciendo una sombra en ella como hace el viento en el mar.

El único objeto completamente inmóvil en la sala era un enorme sofá en el que dos mujeres jóvenes se encontraban flotando como en un globo anclado. Ambas estaban vestidas de blanco, y sus vestidos ondulaban y revoloteaban como si acabaran de volver a entrar tras un breve viaje alrededor de la casa. Debí de quedarme unos instantes escuchando el latigazo y el chasquido de las cortinas y el gemido de un cuadro en la pared. Luego se oyó un estruendo cuando Tom Buchanan cerró las ventanas traseras y el viento arrebatado se extinguió en la habitación, y las cortinas y las alfombras y las dos jóvenes cayeron lentamente al suelo.

La más joven de las dos era una desconocida para mí. Estaba estirada de cuerpo entero en su extremo del diván, completamente inmóvil, y con la barbilla un poco levantada, como si estuviera haciendo equilibrio sobre algo que fuera a caer. Si me vio con el rabillo del ojo, no dio ninguna señal de ello; de hecho, casi me sorprendió murmurando una disculpa por haberla molestado al entrar.

La otra chica, Daisy, hizo un intento de levantarse -se inclinó ligeramente hacia delante con una expresión concienzuda- y luego se rió, una risita tonta y encantadora, y yo también me reí y me acerqué a la habitación.

"Estoy p-paralizada de felicidad".

Volvió a reírse, como si hubiera dicho algo muy ingenioso, y me cogió la mano un momento, mirándome a la cara, prometiendo que no había nadie en el mundo a quien deseara tanto ver. Esa era una forma que ella tenía. Insinuó en un murmullo que el apellido de la muchacha equilibrista era Baker. (He oído decir que el murmullo de Daisy era sólo para que la gente se inclinara hacia ella; una crítica irrelevante que no la hacía menos encantadora).

En cualquier caso, los labios de la señorita Baker se agitaron, me saludó casi imperceptiblemente con la cabeza y luego volvió a inclinarla rápidamente hacia atrás: el objeto que estaba equilibrando se había tambaleado un poco y le había dado un susto. De nuevo una especie de disculpa surgió en mis labios. Casi cualquier exhibición de autosuficiencia total provoca en mí un gesto de asombro.

Volví a mirar a mi prima, que empezó a hacerme preguntas con su voz grave y emocionante. Era el tipo de voz que el oído sigue de arriba a abajo, como si cada discurso fuera un arreglo de notas que nunca volverán a sonar.

Su rostro era triste y encantador, con aspectos brillantes, ojos luminosos y una boca brillante y apasionada, pero había una excitación en su voz que a los hombres que la habían tratado les resultaba difícil de olvidar: una compulsión por el canto, un "escucha" susurrado, una promesa de que había hecho cosas alegres y emocionantes hacía un rato y que había cosas alegres y emocionantes rondando en la próxima hora.

Le conté que me había detenido en Chicago durante un día en mi camino hacia el Este, y que una docena de personas le habían enviado su amor a través de mí.

"¿Me echan de menos?", exclamó extasiada.

"Toda la ciudad está desolada. Todos los coches tienen la rueda trasera izquierda pintada de negro como una corona de luto, y hay un lamento persistente toda la noche a lo largo de la costa norte."

"¡Qué hermoso! Volvamos, Tom. Mañana". Luego añadió irrelevantemente: "Deberías ver al bebé".

"Me gustaría".

"Está dormida. Tiene tres años. ¿No la has visto nunca?"

"Nunca".

"Bueno, deberías verla. Ella es..."

Tom Buchanan, que había estado revoloteando inquieto por la habitación, se detuvo y apoyó su mano en mi hombro.

“¿En qué estás trabajando, Nick?"

"Soy un hombre qu vende bonos".

"¿Con quién?"

Le respondí con quienes.

"Nunca he oído hablar de ellos", comentó con decisión.

Esto me molestó.

"Lo harás", respondí en breve. "Lo harás si te quedas en el Este".

"Oh, me quedaré en el Este, no te preocupes", dijo, mirando a Daisy y luego de nuevo a mí, como si estuviera alerta por algo más. "Sería un mal-

dito tonto si viviera en cualquier otro lugar".

En ese momento la señorita Baker dijo: "¡Absolutamente!" con tal brusquedad que me sobresalté; era la primera palabra que pronunciaba desde que entré en la habitación. Evidentemente la sorprendió tanto como a mí, porque bostezó y con una serie de rápidos y hábiles movimientos se incorporó a la habitación.

"Estoy agarrotada", se quejó, "llevo tumbada en ese sofá desde que tengo uso de razón".

"No me mires a mí", replicó Daisy, "Llevo toda la tarde intentando llevarte a Nueva York".

"No, gracias", dijo la señorita Baker a los cuatro cócteles recién llegados de la cocina, "estoy absolutamente en entrenamiento".

Su anfitrión la miró incrédulo.

"¡Lo haces!" Bebió su bebida como si fuera una gota en el fondo de un vaso. "Cómo consigues realizar todo, está más allá de mí".

Miré a la señorita Baker, preguntándome qué era lo que "conseguía hacer". Me gustaba mirarla. Era una chica esbelta, de pechos pequeños, con un porte erguido, que acentuaba echando el cuerpo hacia atrás en los hombros como un joven cadete. Sus ojos grises y cansados por el sol me miraban con educada curiosidad recíproca desde un rostro pálido, encantador y descontento. Ahora se me ocurría que la había visto, o una imagen de ella, en algún lugar antes.

"Vives en West Egg", comentó despectivamente. "Conozco a alguien allí".

"No conozco a nadie..."

"Debes conocer a Gatsby".

"¿Gatsby?", preguntó Daisy. "¿Qué Gatsby?"

Antes de que pudiera responder que era mi vecino se anunció la cena; metiendo su tenso brazo imperativamente bajo el mío, Tom Buchanan me obligó a salir de la habitación como si estuviera moviendo una ficha a otra casilla.

Esbeltas, lánguidas, con las manos puestas ligeramente en las caderas, las dos jóvenes nos precedieron hasta un porche de color rosado, abierto hacia el atardecer, donde cuatro velas parpadeaban sobre la mesa con el viento amainado.

"¿Por qué velas?", objetó Daisy, frunciendo el ceño. Las apagó con los dedos. "Dentro de dos semanas será el día más largo del año". Nos miró a todos radiantemente. "¿Siempre estáis pendientes del día más largo del año y luego os lo perdéis? Yo siempre estoy pendiente del día más largo del año y luego me lo pierdo".

"Deberíamos planear algo", bostezó la señorita Baker, sentándose en la mesa como si fuera a meterse en la cama.

"Muy bien", dijo Daisy. "¿Qué planearemos?" Se volvió hacia mí sin poder evitarlo: "¿Qué planea la gente?".

Antes de que pudiera responder, sus ojos se fijaron con una expresión de asombro en su dedo meñique.

"¡Mira!", se quejó; "me he hecho daño".

Todos miramos: el nudillo estaba negro y azul.

"Tú lo has hecho, Tom", dijo acusadoramente. "Sé que no era tu intención, pero lo hiciste. Eso es lo que me pasa por casarme con un hombre bruto, un espécimen físico grande y corpulento..."

"Odio la palabra corpulento", objetó Tom, "incluso en broma".

"Hulking", insistió Daisy.

A veces ella y la señorita Baker hablaban a la vez, discretamente y con una inconsecuencia burlona que nunca era del todo una charla, que era tan fría como sus vestidos blancos y sus ojos impersonales en ausencia de todo deseo. Estaban aquí, y nos aceptaron a Tom y a mí, haciendo sólo un educado y agradable esfuerzo por entretener o ser entretenidas. Sabían que en breve la cena terminaría y que un poco más tarde la velada también terminaría y se dejaría de lado. Era muy diferente a lo que ocurría en el Oeste, donde la velada se apresuraba de fase en fase hacia su final, en una anticipación continuamente decepcionada o bien en el puro temor nervioso del momento mismo.

"Me haces sentir incivilizado, Daisy", confesé en mi segunda copa de clarete corchoso pero bastante impresionante. "¿No puedes hablar de cultivos o algo así?".

No quise decir nada en particular con este comentario, pero fue tomado de una manera inesperada.

"La civilización se está yendo al garete", estalló Tom violentamente. " Me he convertido en un terrible pesimista de las cosas. ¿Has leído "El auge de los imperios de color", de ese tal Goddard?"

"Pues no", respondí, bastante sorprendido por su tono.

"Bueno, es un buen libro, y todo el mundo debería leerlo. La idea es que si no nos cuidamos, la raza blanca quedará totalmente hundida. Es todo material científico; está demostrado".

"Tom se está volviendo muy profundo", dijo Daisy, con una expresión de tristeza irreflexiva. "Lee libros profundos con palabras largas. ¿Cuál era esa palabra que...?"

"Bueno, estos libros son todos científicos", insistió Tom, mirándola con impaciencia. "Este tipo ha elaborado todo el asunto. Depende de nosotros, que somos la raza dominante, tener cuidado o estas otras razas tendrán el control de las cosas."

"Tenemos que vencerlos", susurró Daisy, guiñando ferozmente el ojo hacia el ferviente sol.

"Deberían vivir en California..." comenzó la señorita Baker, pero Tom la interrumpió moviéndose pesadamente en su silla.

"La idea es que somos nórdicos. Yo lo soy, y tú lo eres, y tú lo eres, y..." Tras una infinitesimal vacilación, incluyó a Daisy con un leve movimiento de cabeza, y ella volvió a guiñarme el ojo. "-Y hemos producido todas las cosas que hacen a la civilización-oh, la ciencia y el arte, y todo eso. ¿Lo ves?"

Había algo patético en su enfoque, como si su complacencia, más aguda que antaño, ya no le bastara. Cuando, casi inmediatamente, sonó el teléfono en el interior y el mayordomo salió del porche, Daisy aprovechó la momentánea interrupción y se inclinó hacia mí.

"Te voy a contar un secreto de familia", susurró con entusiasmo. "Se trata de la nariz del mayordomo. ¿Quieres oír hablar de la nariz del mayordomo?"

"Por eso he venido esta noche".

"Bueno, no siempre fue mayordomo; solía ser el pulidor de plata de unas personas en Nueva York que tenían un servicio de plata para doscientas personas. Tenía que pulirla desde la mañana hasta la noche, hasta que finalmente empezó a afectarle a su nariz..."

"Las cosas fueron de mal en peor", sugirió la señorita Baker.

"Sí. Las cosas fueron de mal en peor, hasta que finalmente tuvo que dejar su puesto".

Por un momento, los últimos rayos de sol cayeron con romántico entusiasmo sobre su rostro resplandeciente; su voz me obligó a acercarme a ella sin aliento mientras escuchaba; luego el resplandor se desvaneció, abandonando la luz con persistente pesar, como los niños que abandonan una agradable calle al anochecer.

El mayordomo regresó y murmuró algo cerca del oído de Tom, quien frunció el ceño, apartó su silla y, sin decir una palabra, entró. Como si su ausencia hubiera acelerado algo en su interior, Daisy volvió a inclinarse hacia delante, con una voz brillante y cantarina.

"Me encanta verte en mi mesa, Nick. Me recuerdas a una rosa, una rosa auténtica. ¿No es así?" Se volvió hacia la señorita Baker para que le confirmara: "¿Una rosa auténtica?"

Esto era falso. No me parezco ni un poco a una rosa. Sólo estaba improvisando, pero un calor conmovedor fluía de ella, como si su corazón tratara de salir a la luz oculto en una de esas palabras emocionantes y sin aliento. Luego, de repente, tiró la servilleta sobre la mesa, se excusó y entró en la casa.

La señorita Baker y yo intercambiamos una breve mirada conscientemente desprovista de significado. Estaba a punto de hablar cuando ella se incorporó alerta y dijo "¡Sh!" con voz de advertencia. Un tenue murmullo apasionado se oyó en la habitación de más allá, y la señorita Baker se inclinó

hacia delante sin vergüenza, tratando de oír. El murmullo se estremeció al borde de la coherencia, se hundió, subió de tono y luego cesó por completo.

"Este señor Gatsby del que ha hablado es mi vecino...", comencé.

"No hables. Quiero oír lo que pasa".

"¿Pasa algo?" pregunté inocentemente.

"¿Quiere decir que no lo sabe?", dijo la señorita Baker, honestamente sorprendida. "Creía que todo el mundo lo sabía".

"Yo no".

"Por qué...", dijo vacilante, "Tom tiene una mujer en Nueva York".

"¿Tiene una mujer?" Repetí sin comprender.

La señorita Baker asintió.

"Ella podría tener la decencia de no llamarlo por teléfono a la hora de la cena. ¿No crees?"

Casi antes de que comprendiera lo que quería decir, se oyó el revoloteo de un vestido y el crujido de unas botas de cuero, y Tom y Daisy volvieron a la mesa.

"¡No se puede hacer nada!", gritó Daisy con tensa alegría.

Se sentó, echó una mirada escrutadora a la señorita Baker y luego a mí, y continuó: "He observado el exterior durante un minuto, y es muy romántico. Hay un pájaro en el césped que creo que debe ser un ruiseñor venido en la línea Cunard o White Star. Está cantando..." Su voz cantó: "Es romántico, ¿verdad, Tom?"

"Muy romántico", dijo, y luego se dirigió miserablemente a mí: "Si hay suficiente luz después de la cena, quiero llevarte a los establos".

El teléfono sonó en el interior, de forma sobresaltada, y mientras Daisy sacudía la cabeza con decisión hacia Tom, el tema de los establos, de hecho todos los temas, se desvanecieron en el aire. Entre los fragmentos rotos de los últimos cinco minutos en la mesa recuerdo que las velas se encendieron de nuevo, sin sentido, y era consciente de querer mirar de frente a todos, y a la vez evitar todas las miradas. No podía adivinar lo que Daisy y Tom estaban pensando, pero dudo que incluso la señorita Baker, que parecía haber

dominado un cierto escepticismo resistente, fuera capaz de apartar por completo de su mente la estridente y metálica urgencia de este quinto invitado. Para un determinado temperamento la situación podría haber parecido intrigante; mi propio instinto fue llamar inmediatamente a la policía.

Los caballos, no hace falta decirlo, no volvieron a ser mencionados. Tom y la señorita Baker, con varios metros de crepúsculo entre ellos, volvieron a entrar en la biblioteca, como si se tratara de una velada junto a un cuerpo perfectamente tangible, mientras que, tratando de parecer agradablemente interesado y un poco sordo, seguí a Daisy alrededor de una cadena de galerías conectadas hasta el porche de enfrente. En su profunda penumbra nos sentamos uno al lado del otro en un sofá de mimbre.

Daisy se puso la cara entre las manos, como si sintiera su hermosa forma, y sus ojos se movieron gradualmente hacia el aterciopelado crepúsculo. Vi que la poseían emociones agitadas, así que le formulé lo que pensé que serían algunas preguntas tranquilizadoras sobre su pequeña.

"No nos conocemos muy bien, Nick", dijo de repente. "Aunque seamos primos. No viniste a mi boda".

"No había vuelto de la guerra".

"Eso es cierto". Ella dudó. "Bueno, lo he pasado muy mal, Nick, y soy bastante cínica con todo".

Evidentemente tenía razones para serlo. Esperé, pero no dijo nada más, y después de un momento volví al tema de su hija con bastante timidez.

"Yo supongo que ella habla, y come, y todo."

"Oh, sí". Me miró distraídamente. "Escucha, Nick; déjame contarte lo que yo dije cuando ella nació. ¿Te gustaría oírlo?"

"Por supuesto."

"Te mostraré cómo he llegado a sentir las cosas. Bueno, ella tenía menos de una hora y Tom estaba Dios sabe dónde. Me desperté del éter con una sensación de abandono total, y le pregunté a la enfermera enseguida si era niño o niña. Me dijo que era una niña, así que giré la cabeza y lloré. Muy bien", dije, "me alegro de que sea una niña. Y espero que sea una tonta; eso es lo mejor que puede ser una niña en este mundo, una hermosa tonta".

"Ya ves que pienso que todo es terrible de todos modos", continuó convencida. "Todo el mundo lo piensa, la gente más avanzada. Y yo lo sé. He estado en todas partes y he visto todo y he hecho todo". Sus ojos brillaron a su alrededor de manera desafiante, más bien como los de Tom, y se rió con emocionante desprecio. "¡Sofisticada, Dios, soy sofisticada!"

En el instante en que su voz se interrumpió, dejando de atraer mi atención, mi creencia, sentí la insinceridad básica de lo que había dicho. Me sentí incómodo, como si toda la velada hubiera sido un truco de algún tipo para exigirme una emoción que contribuyera a ello. Esperé y, efectivamente, en un momento me miró con una sonrisa absoluta en su encantador rostro, como si hubiera afirmado su pertenencia a una sociedad secreta bastante distinguida a la que ella y Tom pertenecían.

En el interior, la habitación carmesí florecía de luz. Tom y la señorita Baker se sentaron a ambos extremos del largo sofá y ella le leyó en voz alta el Saturday Evening Post, con palabras murmuradas y sin inflexiones, que se sucedían en una melodía tranquilizadora. La luz de la lámpara, brillante sobre las botas de él y opaca sobre el amarillo otoñal de su cabello, brillaba a lo largo del periódico mientras ella pasaba una página con un movimiento de los delgados músculos de sus brazos.

Cuando entramos, guardó silencio por un momento con una mano levantada.

"Continuará", dijo, arrojando la revista sobre la mesa, "en nuestro próximo número".

Su cuerpo se afirmó con un movimiento inquieto de la rodilla y se puso de pie.

"Las diez", comentó, aparentemente buscando la hora en el techo. "Es hora de que esta buena chica se vaya a la cama".

"Jordan va a participar en el torneo de mañana", explicó Daisy, "en Westchester".

"Oh, tú eres Jordan Baker".

Ahora sabía por qué su rostro me resultaba familiar: su agradable expresión desdeñosa me había mirado desde muchas fotos en huecograbado de la vida deportiva en Asheville y Hot Springs y Palm Beach. También había

oído alguna historia sobre ella, una historia crítica y desagradable, pero había olvidado hace tiempo cuál era.

"Buenas noches", dijo suavemente. "Despiértame a las ocho, ¿quieres?"

"Si es que te levantas".

"Lo haré. Buenas noches, Sr. Carraway. Hasta luego".

"Por supuesto que sí", confirmó Daisy. "De hecho, creo que voy a organizar un matrimonio. Ven a menudo, Nick, y te haré una especie de... oh... de matrimonio. Ya sabes, encerrarte accidentalmente en armarios de lino y empujarte al mar en un barco, y todo ese tipo de cosas..."

"Buenas noches", dijo la Srta. Baker desde las escaleras. "No he oído ni una palabra".

"Es una buena chica", dijo Tom después de un momento. "No deberían dejarla correr por el país de esta manera".

"¿Quién no debería?", preguntó Daisy con frialdad.

"Su familia".

"Su familia es una tía de unos mil años. Además, Nick va a cuidar de ella, ¿no es así, Nick? Va a pasar muchos fines de semana aquí este verano. Creo que la influencia del hogar será muy buena para ella".

Daisy y Tom se miraron un momento en silencio.

"¿Es de Nueva York?" pregunté rápidamente.

"De Louisville. Nuestra niñez blanca la pasamos juntos allí. Nuestra hermosa blanca..."

"¿Le diste a Nick una pequeña charla de corazón a corazón en la terraza?" preguntó Tom de repente.

"¿Lo hice?" Me miró. "No puedo recordar, pero creo que hablamos de la raza nórdica. Sí, estoy seguro de que lo hicimos. Se nos ocurrió de repente y lo primero que se sabe es que..."

"No creas todo lo que oyes, Nick", me aconsejó.

Dije a la ligera que no había oído nada en absoluto, y unos minutos después me levanté para ir a casa. Llegaron a la puerta conmigo y se quedaron

uno al lado del otro en un alegre recuadro de luz. Cuando puse en marcha mi motor, Daisy me llamó de manera imperiosa: "¡Espera!

"Me olvidé de preguntarte algo, y es importante. Hemos oído que estás comprometido con una chica del Oeste".

"Es cierto", corroboró Tom amablemente. "Hemos oído que estabas comprometido".

"Es una calumnia. Soy demasiado pobre".

"Pero lo oímos", insistió Daisy, sorprendiéndome al abrirse de nuevo de forma florida. "Lo hemos oído de tres personas, así que debe ser cierto".

Por supuesto que sabía a qué se referían, pero no estaba ni siquiera vagamente comprometido. El hecho de que los cotilleos hubieran publicado las amonestaciones era una de las razones por las que había venido al Este. No se puede dejar de ir con una vieja amiga a causa de los rumores, y por otra parte yo no tenía ninguna pretensión de que se rumoreara sobre mi matrimonio.

Su interés más bien me conmovió y los hizo menos rematadamente ricos; sin embargo, me sentí confundido y un poco disgustado mientras me alejaba. Me parecía que lo que debía hacer Daisy era salir corriendo de la casa, con el niño en brazos, pero aparentemente no había tales intenciones en su cabeza. En cuanto a Tom, el hecho de que "tuviera una mujer en Nueva York" era realmente menos sorprendente que el hecho de que se hubiera deprimido por un libro. Algo le hacía mordisquear el borde de las ideas rancias, como si su robusto egoísmo físico ya no alimentara su perentorio corazón.

Ya era verano profundo en los tejados de los bares de carretera y frente a los garajes de los caminos, donde las nuevas gasolineras rojas se asentaban en charcos de luz, y cuando llegué a mi finca de West Egg metí el coche bajo su cobertizo y me senté un rato en un rodillo de hierba que había quedado abandonado en el patio. El viento se había ido, dejando una noche sonora y brillante, con el batir de las alas en los árboles y un persistente sonido de órgano cuando el fuelle de la tierra llenaba de vida a las ranas. La silueta de un gato que se movía vaciló a través de la luz de la luna, y al girar la cabeza para observarla, vi que no estaba solo: a quince metros de distancia, una figura había salido de la sombra de la mansión de mi vecino y esta-

ba de pie con las manos en los bolsillos mirando la pimienta plateada de las estrellas. Algo en sus movimientos pausados y en la posición segura de sus pies sobre el césped sugería que se trataba del mismísimo señor Gatsby, que había salido a determinar qué parte le correspondía de nuestros cielos locales.

Había decidido llamarle. La señorita Baker lo había mencionado en la cena, y eso serviría de presentación. Pero no le llamé, porque dio la repentina impresión de que se contentaba con estar solo: extendió los brazos hacia el agua oscura de una manera curiosa y, a pesar de que yo estaba lejos de él, podría jurar que estaba temblando. Involuntariamente miré hacia el mar y no distinguí nada, salvo una única luz verde, diminuta y lejana, que podría haber sido el extremo de un muelle. Cuando volví a buscar a Gatsby, éste había desaparecido y yo estaba de nuevo solo en la inquietante oscuridad.

Capítulo II

Aproximadamente a mitad de camino entre West Egg y Nueva York, la carretera se une precipitadamente a la vía férrea y discurre junto a ella durante un cuarto de milla, de modo que se aleja de cierta zona de tierra desolada. Se trata de un valle de cenizas, una finca fantástica en la que las cenizas crecen como el trigo en crestas y colinas y grotescos jardines; en la que las cenizas adoptan las formas de casas y chimeneas y humo ascendente y, finalmente, con un esfuerzo trascendente, de hombres grises como la ceniza, que se mueven tenuemente y ya desmoronados por el aire polvoriento. De vez en cuando, una fila de vagones grises se arrastra por una vía invisible, emite un espantoso chirrido y se detiene, e inmediatamente los hombres grises como la ceniza se arremolinan con palas de plomo y levantan una nube impenetrable, que oculta sus oscuras operaciones a la vista.

Pero por encima de la tierra gris y de los espasmos de polvo lúgubre que vagan sin cesar sobre ella, se distinguen, al cabo de un momento, los ojos del doctor T. J. Eckleburg. Los ojos del doctor T. J. Eckleburg son azules y gigantescos; sus retinas miden un metro de altura. No miran desde ningún rostro, sino desde un par de enormes gafas amarillas que pasan por encima de una nariz inexistente. Evidentemente, algún salvaje oculista las colocó allí para engordar su consulta en el distrito de Queens, y luego se hundió él mismo en la ceguera eterna, o las olvidó y se marchó. Pero sus ojos, un poco oscurecidos por muchos días de ausencia de pintura, bajo el sol y la lluvia, siguen contemplando el solemne vertedero.

El valle de las cenizas está delimitado por un lado por un pequeño río fétido y, cuando el puente levadizo está levantado para dejar pasar las barca-

zas, los pasajeros de los trenes que esperan pueden contemplar la lúgubre escena durante media hora. Siempre hay una parada allí de al menos un minuto, y fue debido a esto que conocí a la amante de Tom Buchanan.

El hecho de que tuviera una se insistía dondequiera que se le conociera. A sus conocidos les molestaba que se presentara en los cafés populares con ella y que, dejándola en una mesa, se paseara de un lado a otro, charlando con cualquiera que conociera. Aunque tenía curiosidad por verla, no tenía ningún deseo de conocerla, pero lo hice. Una tarde subí a Nueva York con Tom en el tren, y cuando nos detuvimos junto a los vertederos, se puso en pie de un salto y, cogiéndome del codo, me obligó literalmente a bajar del vagón.

"Nos vamos a bajar", insistió. "Quiero que conozcas a mi chica".

Creo que se había emborrachado bastante en el almuerzo, y su empeño en tener mi compañía rozaba la violencia. Suponía que el domingo por la tarde yo no tenía nada mejor que hacer.

Le seguí por encima de una baja valla de ferrocarril encalada, y retrocedimos unos cien metros por la carretera bajo la persistente mirada del doctor Eckleburg. El único edificio a la vista era un pequeño bloque de ladrillos amarillos asentado en el borde del terreno baldío, una especie de calle principal compacta que lo secundaba y que no colindaba con absolutamente nada. Una de las tres tiendas que contenía estaba en alquiler y otra era un restaurante que funcionaba toda la noche, al que se llegaba por un camino de cenizas; la tercera era un taller de reparaciones. George B. Wilson. Compra y venta de coches- y seguí a Tom al interior.

El interior era poco próspero y vacío; el único coche visible era la ruina cubierta de polvo de un Ford que se encontraba en un rincón oscuro. Se me había ocurrido que aquella sombra de garaje debía de ser una especie de persiana, y que sobre ella se ocultaban lujosos y románticos apartamentos, cuando el propio propietario apareció en la puerta de un despacho, limpiándose las manos en un trozo de basura. Era un hombre rubio, sin espíritu, anémico y débilmente guapo. Cuando nos vio, un húmedo brillo de esperanza brotó en sus ojos azul claro.

"Hola, Wilson, viejo", dijo Tom, dándole una jovial palmada en el hombro. "¿Cómo va el negocio?"

"No puedo quejarme", respondió Wilson sin convicción. "¿Cuándo vas a venderme ese coche?"

"La próxima semana; tengo a mi hombre trabajando en él ahora".

"Trabaja muy lentamente, ¿no?"

"No, no lo hace", dijo Tom fríamente. "Y si te sientes así al respecto, tal vez sea mejor que lo venda en otro lugar después de todo".

"No quiero decir eso", explicó Wilson rápidamente. "Sólo quería decir..."

Su voz se apagó y Tom miró impaciente alrededor del garaje. Entonces oí pasos en una escalera, y en un momento la gruesa figura de una mujer bloqueó la luz de la puerta de la oficina. Tenía unos treinta años y era ligeramente corpulenta, pero portaba sus carnes con la sensualidad que solo tienen ciertas mujeres. Su rostro, por encima de un vestido manchado de crêpe-de-chine azul oscuro, no contenía ninguna faceta o brillo de belleza, pero había una vitalidad inmediatamente perceptible en ella, como si los nervios de su cuerpo estuvieran continuamente ardiendo. Sonrió lentamente y, atravesando a su marido como si fuera un fantasma, estrechó la mano de Tom, mirándolo a los ojos. Luego se humedeció los labios y, sin volverse, le habló a su marido con voz suave y gruesa:

"Trae unas sillas, por qué no, para que alguien pueda sentarse".

"Oh, claro", aceptó Wilson apresuradamente, y se dirigió hacia el pequeño despacho, mezclándose inmediatamente con el color cemento de las paredes. Un polvo blanco ceniciento velaba su traje oscuro y su cabello pálido como lo hacía con todo lo que había en los alrededores, excepto su esposa, que se acercó a Tom.

"Quiero verte", dijo Tom con intensidad. "Sube al próximo tren".

"De acuerdo".

"Te veré en el quiosco de la planta baja".

Ella asintió y se alejó de él justo cuando George Wilson salía con dos sillas de la puerta de su oficina.

La esperamos al final del camino y fuera de la vista. Faltaban pocos días para el 4 de julio, y un niño italiano gris y escuálido estaba colocando petardos en fila a lo largo de la vía del tren.

"Terrible lugar, ¿verdad?", dijo Tom, intercambiando un gesto de desaprobación con el doctor Eckleburg.

"Horrible".

"Le viene bien alejarse".

"¿No se opone su marido?"

"¿Wilson? Él cree que ella va a ver a su hermana en Nueva York. Es tan tonto que no sabe que está vivo".

Así que Tom Buchanan, su chica y yo subimos juntos a Nueva York... o no del todo juntos, porque la señora Wilson se sentó discretamente en otro coche. Tom se cuidó mucho de las sensibilidades de los Eggers del Este que pudieran estar en el tren.

Se había cambiado el vestido por una muselina de color marrón, que se ceñía a sus caderas más bien anchas cuando Tom la ayudó a bajar al andén de Nueva York. En el quiosco compró un ejemplar de Town Tattle y una revista de cine, y en la farmacia de la estación una crema fría y un pequeño frasco de perfume. Arriba, en el solemne camino lleno de ecos, dejó que se marcharan cuatro taxis antes de elegir uno nuevo, de color lavanda con tapicería gris, y en él nos deslizamos fuera de la multitud de la estación hacia el sol resplandeciente. Pero inmediatamente se apartó bruscamente de la ventanilla y, inclinándose hacia delante, golpeó el cristal delantero.

"Quiero conseguir uno de esos perros", dijo seriamente. "Quiero conseguir uno para el apartamento. Es bueno tener un perro".

Retrocedimos hasta un anciano gris que tenía un absurdo parecido con John D. Rockefeller. En una cesta colgada de su cuello se agazapaban una docena de cachorros muy recientes de una raza indeterminada.

"¿De qué clase son?", preguntó ansiosamente la señora Wilson, cuando se acercó a la ventanilla del taxi.

"De todo tipo. ¿De qué tipo quiere usted, señora?".

"Me gustaría tener uno de esos perros policía; ¿supongo que no tienen de ese tipo?".

El hombre se asomó dubitativo a la cesta, metió la mano y sacó uno, retorciéndose, por la nuca.

"Ese no es un perro policía", dijo Tom.

"No, no es exactamente un perro policía", dijo el hombre con decepción en su voz. "Es más bien un Airedale". Pasó la mano por el trapo marrón del lomo. "Mira ese abrigo. Menudo pelaje. Es un perro que nunca te molestará por coger frío".

"Me parece una monada", dijo la señora Wilson con entusiasmo. "¿Cuánto cuesta?"

"¿Ese perro?" Lo miró con admiración. "Ese perro le costará diez dólares".

El Airedale -sin duda había un Airedale en cuestión en alguna parte, aunque sus patas eran asombrosamente blancas- cambió de manos y se acomodó en el regazo de la señora Wilson, donde acarició el pelaje resistente a la intemperie con embeleso.

"¿Es un niño o una niña?", preguntó con delicadeza.

"¿Ese perro? Ese perro es un chico".

"Es una perra", dijo Tom con decisión. "Aquí tienes tu dinero. Ve y compra diez perros más con él".

Nos dirigimos a la Quinta Avenida, cálida y suave, casi bucólica, en la veraniega tarde de domingo. No me habría sorprendido ver un gran rebaño de ovejas blancas doblar la esquina.

"Espera", dije, "tengo que dejarte aquí".

"No, no tienes que hacerlo", interpuso Tom rápidamente. "Myrtle se sentirá mal si no subes al apartamento. ¿No es así, Myrtle?"

"Vamos", le instó ella. "Llamaré por teléfono a mi hermana Catherine. Se dice que es muy hermosa por la gente que la conocen".

"Bueno, me gustaría, pero..."

Seguimos adelante, atajando de nuevo por el Parque hacia los West Hundreds. En la calle 158, el taxi se detuvo en un trozo de un largo y blanco conjunto de apartamentos. Lanzando una regia mirada de bienvenida al vecindario, la señora Wilson recogió su perro y sus otras compras, y entró con altivez.

"Voy a hacer subir a los McKees", anunció mientras subíamos en el ascensor. "Y, por supuesto, también tengo que llamar a mi hermana".

El apartamento estaba en el último piso: un pequeño salón, un pequeño comedor, un pequeño dormitorio y un baño. El salón estaba abarrotado hasta las puertas con un conjunto de muebles tapizados demasiado grandes para él, de modo que moverse era tropezar continuamente con escenas de damas columpiándose en los jardines de Versalles. El único cuadro era una fotografía demasiado grande, aparentemente una gallina sentada en una roca desdibujada. Sin embargo, si se miraba desde la distancia, la gallina se convertía en un gorro y el rostro de una anciana corpulenta iluminaba la habitación. Sobre la mesa había varios ejemplares antiguos de Town Tattle, junto con una copia de "Simon Called Peter" y algunas de las pequeñas revistas de escándalos de Broadway. La señora Wilson se ocupó primero del perro. Un ascensorista reacio fue a por una caja llena de paja y algo de leche, a lo que añadió por iniciativa propia una lata de galletas grandes y duras para perros, una de las cuales se descompuso apáticamente en el platillo de leche durante toda la tarde. Mientras tanto, Tom sacó una botella de whisky de una puerta cerrada del escritorio.

Sólo me he emborrachado dos veces en mi vida, y la segunda vez fue aquella tarde; de modo que todo lo que ocurrió tiene una tonalidad tenue y nebulosa, aunque hasta después de las ocho el apartamento estuvo lleno de sol radiante. Sentada en el regazo de Tom, la señora Wilson llamó a varias personas por teléfono; entonces no quedaban cigarrillos, y yo salí a comprar algunos en la farmacia de la esquina. Cuando volví los dos habían desaparecido, así que me senté discretamente en el salón y leí un capítulo de "Simon Called Peter"; o era un texto terrible o el whisky distorsionaba las cosas, porque no tenía ningún sentido para mí.

Justo cuando Tom y Myrtle (después del primer trago, la señora Wilson y yo nos llamábamos por nuestros nombres de pila) reaparecieron, empezó a llegar compañía a la puerta del apartamento.

La hermana, Catherine, era una muchacha esbelta y mundana de unos treinta años, con una sólida y espesa cabellera pelirroja y una tez empolvada de color blanco lechoso. Se había depilado las cejas y luego las había vuelto a dibujar en un ángulo más rasgado, pero los esfuerzos de la naturaleza por restaurar la antigua alineación daban un aire difuminado a su rostro. Cuan-

do se movía, se oía un chasquido incesante mientras innumerables brazaletes de cerámica tintineaban arriba y abajo en sus brazos. Entró con una prisa tan propia, y miró los muebles de forma tan posesiva que me pregunté si vivía aquí. Pero cuando le pregunté se rió desmesuradamente, repitió mi pregunta en voz alta y me dijo que vivía con una amiga en un hotel.

El señor McKee era un hombre pálido y afeminado del piso de abajo. Acababa de afeitarse, pues tenía una mancha blanca de espuma en el pómulo, y fue muy respetuoso en su saludo a todos los presentes. Me informó de que estaba en el "juego artístico", y más tarde deduje que era fotógrafo y que había hecho la tenue fotografía de la madre de la señora Wilson que flotaba como un ectoplasma en la pared. Su mujer era chillona, lánguida, guapa y horrible. Me dijo con orgullo que su marido la había fotografiado ciento veintisiete veces desde que se habían casado.

La señora Wilson se había cambiado de traje hacía algún tiempo, y ahora estaba ataviada con un elaborado vestido de tarde de gasa de color crema, que emitía un continuo susurro cuando se paseaba por la habitación. Con la influencia del vestido, su personalidad también había sufrido un cambio. La intensa vitalidad que había sido tan notable en el garaje se convirtió en una impresionante elegancia. Su risa, sus gestos, sus afirmaciones se volvían más violentamente afectadas momento a momento, y a medida que se expandía la habitación se hacía más pequeña a su alrededor, hasta que parecía estar girando sobre un pivote ruidoso y chirriante a través del aire humeante.

"Querida", le dijo a su hermana con un grito agudo y cortante, "la mayoría de estos tipos te engañarán siempre. Sólo piensan en el dinero. La semana pasada vino una mujer a mirarme los pies, y cuando me dio la factura se podría pensar que me había sacado el apéndice".

"¿Cómo se llamaba la mujer?", preguntó la señora McKee.

"Sra. Eberhardt. Va por ahí examinando los pies de la gente en sus propias casas".

"Me gusta su vestido", comentó la señora McKee, "creo que es encantador".

La señora Wilson rechazó el cumplido levantando la ceja con desdén.

"Es sólo una antigualla absurda", dijo. "Sólo me lo pongo a veces cuando no me importa mi aspecto".

"Pero te queda de maravilla, ya sabes lo que quiero decir", prosiguió la señora McKee. "Si Chester pudiera ponerte en esa pose, creo que podría sacar algo de provecho".

Todos miramos en silencio a la señora Wilson, que se quitó un mechón de pelo de los ojos y nos devolvió la mirada con una brillante sonrisa. El Sr. McKee la miraba atentamente con la cabeza hacia un lado, y luego movía la mano de un lado a otro lentamente frente a su cara.

"Debería cambiar la luz", dijo después de un momento. "Me gustaría resaltar el modelado de los rasgos. Y trataría de captar todo el pelo de atrás".

"No se me ocurriría cambiar la luz", exclamó la señora McKee. "Creo que es..."

Su marido dijo "¡Sh!" y todos miramos de nuevo al sujeto, con lo que Tom Buchanan bostezó audiblemente y se puso en pie.

"Ustedes, los McKees, tienen algo que beber", dijo. "Trae más hielo y agua mineral, Myrtle, antes de que todos se vayan a dormir".

"Le dije a ese chico lo del hielo". Myrtle levantó las cejas, desesperada por la desidia de los de las clases bajas. "¡Esta gente! Hay que estar detrás de ellos todo el tiempo".

Me miró y se rió sin sentido. Luego se acercó al perro, lo besó con éxtasis y se dirigió a la cocina, dando a entender que una docena de cocineros esperaban allí sus órdenes.

"He hecho cosas bonitas en Long Island", afirmó el señor McKee.

Tom lo miró sin comprender.

"Dos de ellas las hemos enmarcado abajo".

"¿Dos qué?", preguntó Tom.

"Dos estudios. Uno de ellos lo llamo 'Montauk Point-Las gaviotas', y el otro lo llamo 'Montauk Point-El mar'".

La hermana Catherine se sentó a mi lado en el sofá.

"¿Tú también vives en Long Island?", preguntó.

"Vivo en West Egg".

"¿De verdad? Estuve allí en una fiesta hace un mes. En casa de un hombre llamado Gatsby. ¿Lo conoces?"

"Vivo al lado de él".

"Bueno, dicen que es un sobrino o un primo del Kaiser Wilhelm. De ahí viene todo su dinero".

"¿De verdad?"

Ella asintió.

"Me da miedo. No me gustaría que tuviera algo contra mí".

Esta absorbente información sobre mi vecino fue interrumpida por la señora McKee señalando de repente a Catherine:

"Chester, creo que podrías hacer algo con ella", soltó, pero el Sr. McKee se limitó a asentir de forma aburrida, y volvió su atención hacia Tom.

"Me gustaría hacer más trabajos en Long Island, si pudiera obtener la entrada. Lo único que pido es que me den un comienzo".

"Pregúntale a Myrtle", dijo Tom, rompiendo en un breve grito de risa cuando la señora Wilson entró con una bandeja. "Ella te dará una carta de presentación, ¿verdad, Myrtle?".

"¿Hacer qué?", preguntó ella, sobresaltada.

"Le dará a McKee una carta de presentación para su marido, para que pueda hacer algunos estudios el mismo". Sus labios se movieron en silencio durante un momento mientras inventaba. "'George B. Wilson en el surtidor de gasolina', o algo así".

Catherine se inclinó cerca de mí y me susurró al oído:

"Ninguno de los dos puede soportar a la persona con la que están casados".

"¿No pueden?"

"No las soportan". Miró a Myrtle y luego a Tom. "Lo que digo es que para qué seguir viviendo con ellos si no los soportan. Si yo fuera ellos me divorciaría y me casaría con el otro enseguida".

"¿A ella tampoco le gusta Wilson?"

La respuesta a esto fue inesperada. Vino de Myrtle, que había escuchado la pregunta, y fue violenta y obscena.

"Ya ves", exclamó Catherine triunfante. Volvió a bajar la voz. "Es realmente su esposa la que los mantiene separados. Es católica y no creen en el divorcio".

Daisy no era católica, y estaba un poco sorprendido por lo elaborado de la mentira.

"Cuando se casen", continuó Catherine, "se irán al oeste a vivir un tiempo hasta que se calme".

"Sería más discreto ir a Europa".

"Oh, ¿te gusta Europa?", exclamó sorprendida. "Acabo de volver de Montecarlo".

"De verdad".

"Justo el año pasado. Fui allí con otra chica".

"¿Te quedaste mucho tiempo?"

"No, sólo fuimos a Montecarlo y volvimos. Fuimos por el camino de Marsella. Teníamos más de mil doscientos dólares cuando empezamos, pero nos lo gastamos todo en dos días en las habitaciones privadas. Lo pasamos muy mal al volver, te lo aseguro. Dios, cómo odiaba esa ciudad".

El cielo de la tarde floreció en la ventana por un momento como la azul miel del Mediterráneo; entonces la voz chillona de la señora McKee me llamó de nuevo a la habitación.

"Yo también estuve a punto de cometer un error", declaró enérgicamente. "Estuve a punto de casarme con un pequeño canalla que me perseguía desde hacía años. Sabía que estaba por debajo de mí. Todo el mundo me decía: 'Lucille, ese hombre está muy por debajo de ti'. Pero si no hubiera conocido a Chester, seguro que me habría atrapado".

"Sí, pero oye", dijo Myrtle Wilson, moviendo la cabeza de arriba abajo, "al menos no te casaste con él".

"Sé que no lo hice".

"Bueno, yo me casé con él", dijo Myrtle, ambiguamente. "Y esa es la diferencia entre tu caso y el mío".

"¿Por qué lo hiciste, Myrtle?", preguntó Catherine. "Nadie te obligó".

Myrtle reflexionó.

"Me casé con él porque pensé que era un caballero", dijo finalmente. "Creí que sabía algo de crianza, pero no era digno de lamerme el zapato".

"Estuviste loca por él durante un tiempo", dijo Catherine.

"¡Loco por él!", gritó Myrtle incrédula. "¿Quién dijo que estaba loca por él? Nunca estuve más loca por él que por ese hombre de ahí".

Me señaló de repente, y todos me miraron acusadoramente. Intenté mostrar con mi expresión que no esperaba ningún afecto.

"La única locura que tuve fue cuando me casé con él. Supe enseguida que había cometido un error. Tomó prestado el mejor traje de alguien para casarse, y ni siquiera me lo dijo, y el hombre vino a buscarlo un día cuando estaba fuera: "Oh, ¿es ese su traje? Le dije. 'Es la primera vez que oigo hablar de él'. Pero se lo di y luego me acosté y lloré toda la tarde".

"Realmente debería alejarse de él", reanudó Catherine para mí. "Llevan once años viviendo en ese garaje. Y Tom es el primer amor que ha tenido".

La botella de whisky -una segunda- era ahora solicitada constantemente por todos los presentes, excepto por Catherine, que "se sentía igual de bien sin nada". Tom llamó al conserje y le mandó traer unos celebrados sándwiches, que eran una cena completa en sí mismos. Yo quería salir y caminar hacia el este, hacia el parque, a través del suave crepúsculo, pero cada vez que lo intentaba me enredaba en alguna discusión desenfrenada y estridente que me hacía retroceder, como si de cuerdas se tratara, hasta mi silla. Sin embargo, en lo alto de la ciudad, nuestra línea de ventanas amarillas debió de aportar su cuota de secreto humano al observador casual de las calles que se oscurecían, y también yo lo era, mirando y asombrándome. Yo estaba dentro y fuera, simultáneamente encantado y repelido por la inagotable diversidad de la vida.

Myrtle acercó su silla a la mía, y de pronto su cálido aliento derramó sobre mí la historia de su primer encuentro con Tom.

"Fue en los dos pequeños asientos enfrentados que siempre son los últimos que quedan en el tren. Iba a Nueva York a ver a mi hermana y a pasar la noche. Llevaba un traje de vestir y zapatos de charol, y no podía dejar de mirarle, pero cada vez que me miraba tenía que fingir que estaba mirando el anuncio que había sobre su cabeza. Cuando entramos en la estación, él estaba a mi lado y la parte delantera de su camisa blanca me apretó el brazo, así que le dije que tendría que llamar a un policía, pero él sabía que mentía. Estaba tan excitada que cuando me subí a un taxi con él apenas sabía que no estaba subiendo a un tren subterráneo. Lo único que pensaba, una y otra vez, era 'No puedes vivir para siempre; no puedes vivir para siempre'".

Se volvió hacia la Sra. McKee y la habitación se llenó de su risa artificial.

"Querida", gritó, "te voy a regalar este vestido en cuanto acabe con él. Tengo que comprar otro mañana. Voy a hacer una lista de todas las cosas que tengo que conseguir. Un masaje y una permanente, y un collar para el perro, y uno de esos bonitos ceniceros en los que se toca un resorte, y una corona con un lazo de seda negra para la tumba de mamá que dure todo el verano. Tengo que escribir una lista para que no se me olviden todas las cosas que tengo que hacer".

Eran las nueve; casi inmediatamente después miré mi reloj y descubrí que eran las diez. El Sr. McKee estaba dormido en una silla con los puños cerrados en el regazo, como una fotografía de un hombre de acción. Sacando mi pañuelo limpié de su mejilla la mancha de espuma seca que me había preocupado toda la tarde.

El perrito estaba sentado en la mesa mirando con ojos ciegos a través del humo, y de vez en cuando gemía débilmente. La gente desaparecía, reaparecía, hacía planes para ir a alguna parte, y luego se perdían los unos a los otros, se buscaban, se encontraban a pocos metros. En algún momento hacia la medianoche, Tom Buchanan y la señora Wilson estaban frente a frente discutiendo, con voces apasionadas, si la señora Wilson tenía derecho a mencionar el nombre de Daisy.

"¡Daisy! ¡Daisy! Daisy!", gritó la señora Wilson. "¡Lo diré siempre que quiera! ¡Daisy! Dai---"

Con un breve y habilidoso movimiento, Tom Buchanan le rompió la nariz con la mano abierta.

Entonces se vieron toallas ensangrentadas en el suelo del cuarto de baño, y voces de mujer riñendo, y por encima de la confusión un largo y roto gemido de dolor. El Sr. McKee se despertó de su letargo y se dirigió aturdido hacia la puerta. Cuando hubo recorrido la mitad del camino, se dio la vuelta y contempló la escena: su esposa y Catherine regañando y consolando mientras tropezaban aquí y allá entre los muebles amontonados con artículos de auxilio, y la figura desesperada en el sofá, sangrando con fluidez, y tratando de extender un ejemplar de Town Tattle por encima de las escenas del tapiz de Versalles. Entonces el Sr. McKee se dio la vuelta y continuó por la puerta. Tomando mi sombrero del candelabro, lo seguí.

"Ven a comer algún día", sugirió, mientras bajábamos en el ascensor.

"¿Dónde?"

"A cualquier sitio".

" No toque la palanca", le espetó el ascensorista.

"Disculpe", dijo el Sr. McKee con dignidad, "no sabía que la estaba tocando".

"Está bien", acepté, "lo haré con gusto".

. . . Yo estaba de pie junto a su cama y él estaba sentado entre las sábanas, en ropa interior, con un gran estuche en las manos.

"La Bella y la Bestia"... La soledad . . Viejo Caballo de la tienda de comestibles . . . Brook'n Bridge . . ." Luego me quedé medio dormido en el frío nivel inferior de la estación de Pensilvania, mirando el Tribune de la mañana y esperando el tren de las cuatro.

Capítulo III

Había música en la casa de mi vecino durante las noches de verano. En sus jardines azules, hombres y chicas iban y venían como polillas entre los susurros, el champán y las estrellas. Por la tarde, con la marea alta, veía a sus invitados zambullirse desde la torre de su balsa, o tomar el sol en la arena caliente de su playa mientras sus dos lanchas motorizadas surcaban las aguas del Sund, dibujando hidroaviones sobre cataratas de espuma. Los fines de semana, su Rolls-Royce se convertía en un ómnibus que llevaba y traía a los grupos a la ciudad entre las nueve de la mañana y hasta pasada la medianoche, mientras que su camioneta corría como un veloz bicho amarillo al encuentro de todos los trenes. Y los lunes, ocho sirvientes, incluido un jardinero extra, trabajaban todo el día con fregonas y cepillos, martillos y tijeras de jardinería, reparando los estragos de la noche anterior.

Cada viernes llegaban cinco cajas de naranjas y limones de un frutero de Nueva York, y cada lunes esas mismas naranjas y limones salían por la puerta trasera en una pirámide de mitades sin pulpa. Había una máquina en la cocina que podía extraer el zumo de doscientas naranjas en media hora si se pulsaba un pequeño botón doscientas veces con el pulgar de un mayordomo.

Al menos una vez por quincena bajaba un cuerpo de camareros con varios cientos de metros de lona y suficientes luces de colores para hacer un árbol de Navidad del enorme jardín de Gatsby. En las mesas del bufé, adornadas con relucientes entremeses, se agolpaban los jamones horneados con especias frente a las ensaladas de diseños arlequinados y los cerdos y pavos de pastelería dorados. En el salón principal se instaló un bar con barra, y se

abasteció de ginebras y licores y de bebidas alcohólicas tan olvidadas que la mayoría de sus invitadas eran demasiado jóvenes para distinguir unas de otras.

A las siete en punto llegó la orquesta, que no era un grupo de cinco músicos, sino un montón de oboes, trombones, saxofones, violas, cornetas y flautas de pico, y tambores bajos y altos. Los últimos bañistas han llegado de la playa y se están vistiendo en el piso de arriba; los coches de Nueva York están aparcados a cinco metros de profundidad en la entrada, y los salones y las terrazas ya están llenos de colores vivos, de cabellos ondulados de formas extrañas y de mantones que superan los sueños de Castilla. El bar está en pleno apogeo, y las rondas de cócteles impregnan el jardín exterior, hasta que el aire está vivo con conversaciones y risas, e insinuaciones casuales y presentaciones olvidadas en el acto, y encuentros entusiastas entre mujeres que nunca se supieron sus nombres.

Las luces se hacen más brillantes a medida que la tierra se aleja del sol, y ahora la orquesta está tocando música de cóctel, y la ópera de voces se entona en un tono más alto. La risa es más fácil minuto a minuto, se derraman ante cualquier palabra alegre. Los grupos cambian más rápidamente, se engrosan con nuevas llegadas, se disuelven y se forman en el mismo instante; ya hay vagabundas, muchachas seguras de sí mismas que se entrelazan aquí y allá entre las más robustas y estables, se convierten por un momento en el centro de un grupo, y luego, excitadas por el triunfo, se deslizan a través del mar de rostros y voces y colores bajo la luz que cambia constantemente.

De repente, una de estas gitanas, con un ópalo tembloroso, coge un cóctel del aire, lo deja caer para armarse de valor y, moviendo las manos como Frisco, baila sola sobre la plataforma de lona. Se hace un silencio momentáneo; el director de orquesta varía su ritmo obligatoriamente para ella, y hay un estallido de charla cuando se difunde la noticia errónea de que es la suplente de Gilda Gray de las Follies. La fiesta ha comenzado.

Creo que la primera noche que fui a la casa de Gatsby fui una de las pocas personas que realmente habían sido invitadas. La gente no fue invitada, fue allí. Se subieron a automóviles que los llevaron a Long Island, y de alguna manera terminaron en la puerta de Gatsby. Una vez allí eran presentados por alguien que conocía a Gatsby, y después se comportaban según las reglas de comportamiento asociadas a un parque de atracciones. A veces

iban y venían sin haber conocido a Gatsby en absoluto, llegaban a la fiesta con una sencillez de corazón que era su propio billete de entrada.

A mí me habían invitado de verdad. Un chófer con un uniforme azul huevo de petirrojo cruzó mi césped aquel sábado por la mañana temprano con una nota sorprendentemente formal de su empleador: el honor sería enteramente de Gatsby, decía, si yo asistía a su "pequeña fiesta" esa noche. Me había visto varias veces, y había tenido la intención de visitarme mucho antes, pero una peculiar combinación de circunstancias lo había impedido: firmada por Jay Gatsby, con una mano majestuosa.

Vestido con franelas blancas, me acerqué a su jardín poco después de las siete, y deambulé bastante incómodo entre los remolinos de gente que no conocía, aunque aquí y allá había una cara en la que me había fijado en el tren. Enseguida me llamó la atención la cantidad de jóvenes ingleses que había por allí; todos bien vestidos, con aspecto un poco hambriento, y todos hablando en voz baja y con seriedad con estadounidenses sólidos y prósperos. Estaba seguro de que vendían algo: bonos o seguros o automóviles. Eran conscientes, por lo menos, del dinero fácil que había en los alrededores y estaban convencidos de que era suyo por unas pocas palabras en la clave correcta.

En cuanto llegué, intenté encontrar a mi anfitrión, pero las dos o tres personas a las que pregunté por su paradero me miraron con tal asombro y negaron con tanta vehemencia cualquier conocimiento de sus movimientos, que me escabullí en dirección a la mesa de cócteles, el único lugar del jardín en el que un hombre solo podía permanecer sin parecer sin propósito y solo.

Estaba a punto de emborracharme de pura vergüenza cuando Jordan Baker salió de la casa y se puso a la cabeza de los escalones de mármol, inclinándose un poco hacia atrás y mirando con despectivo interés hacia el jardín.

Bienvenido o no, me pareció necesario apegarme a alguien antes de empezar a dirigir comentarios cordiales a los transeúntes.

"¡Hola!" bramé, avanzando hacia ella. Mi voz parecía anormalmente alta a través del jardín.

"Pensé que estarías aquí", respondió distraídamente mientras me acercaba. "Recordé que vivías al lado de..."

Me cogió la mano de forma impersonal, como una promesa de que se ocuparía de mí en un minuto, y prestó atención a dos chicas con vestidos amarillos gemelos, que se detuvieron al pie de los escalones.

"¡Hola!", gritaron juntas. "Siento que no hayas ganado".

Eso fue por el torneo de golf. Ella había perdido en la final la semana anterior.

"No sabes quiénes somos", dijo una de las chicas de amarillo, "pero te conocimos aquí hace un mes".

"Te has teñido el pelo desde entonces", comentó Jordan, y yo empecé a hacerlo, pero las chicas se habían alejado despreocupadamente y su comentario iba dirigido a la luna prematura, producida como la cena, sin duda, de la cesta de un proveedor. Con el esbelto brazo dorado de Jordan apoyado en el mío, bajamos los escalones y paseamos por el jardín. Una bandeja de cócteles flotó hacia nosotros a través de la penumbra, y nos sentamos en una mesa con las dos chicas de amarillo y tres hombres, cada uno de los cuales se nos presentó como el señor Mumble.

"¿Vienes a menudo a estas fiestas?", preguntó Jordan a la chica que estaba a su lado.

"La última fue aquella en la que te conocí", respondió la chica, con una voz segura y alerta. Se volvió hacia su compañera: "¿No fue para ti, Lucille?"

También era para Lucille.

"Me gusta venir", dijo Lucille. "Nunca me importa lo que hago, así que siempre me lo paso bien. La última vez que estuve aquí me rompí el vestido en una silla, y me preguntó mi nombre y dirección; en una semana recibí un paquete de Croirier's con un nuevo vestido de noche".

"¿Lo guardaste?", preguntó Jordan.

"Claro que sí. Iba a ponérmelo esta noche, pero era demasiado grande en el busto y había que arreglarlo. Era azul gas con abalorios de color lavanda. Doscientos sesenta y cinco dólares".

"Hay algo curioso en un tipo que hace una cosa así", dijo la otra chica con entusiasmo. "No quiere tener problemas con nadie".

"¿Quién no quiere?" pregunté.

"Gatsby. Alguien me dijo..."

Las dos chicas y Jordan se inclinaron juntas confidencialmente.

"Alguien me dijo que creía que había matado a un hombre una vez".

Un estremecimiento nos recorrió a todos. Los tres Mr. Mumbles se inclinaron hacia delante y escucharon con entusiasmo.

"No creo que sea tanto eso", argumentó Lucille con escepticismo; "es más bien que fue un espía alemán durante la guerra".

Uno de los hombres asintió en señal de confirmación.

"Lo he oído de un hombre que lo sabía todo sobre él, creció con él en Alemania", aseguró afirmativamente.

"Oh, no", dijo la primera chica, "no puede ser eso, porque estuvo en el ejército americano durante la guerra". Cuando nuestra credulidad volvió a centrarse en ella, se inclinó hacia delante con entusiasmo. "Míralo a veces cuando cree que nadie lo está mirando. Apuesto a que mató a un hombre".

Entrecerró los ojos y se estremeció. Lucille se estremeció. Todos nos volvimos y miramos a nuestro alrededor buscando a Gatsby. Era testimonio de la especulación romántica que inspiraba el hecho de que hubiera murmullos sobre él por parte de aquellos que habían hallado poco sobre lo que era necesario susurrar en este mundo.

La primera cena -habría otra después de medianoche- se estaba sirviendo ahora, y Jordan me invitó a unirme a su propio grupo, que estaba repartido alrededor de una mesa en el otro lado del jardín. Había tres matrimonios y el acompañante de Jordan, un persistente estudiante dado a las insinuaciones violentas, y obviamente con la impresión de que tarde o temprano Jordan iba a cederle su persona en mayor o menor grado. En lugar de divagar, esta fiesta había preservado una digna homogeneidad y había asumido la función de representar a la nobleza del campo: el East Egg condescendía con el West Egg y se ponía cuidadosamente en guardia contra su espectroscópica alegría.

"Salgamos", susurró Jordan, después de una media hora en cierto modo desaprovechada e inapropiada; "esto es demasiado cortés para mí".

Nos levantamos, y ella explicó que íbamos a buscar al anfitrión: nunca lo había conocido, dijo, y eso me inquietaba. El estudiante asintió con un gesto cínico y melancólico.

El bar, donde echamos un vistazo primero, estaba lleno de gente, pero Gatsby no estaba allí. No podía encontrarlo desde lo alto de la escalera, y no estaba en la terraza. Por casualidad probamos una puerta de aspecto importante y entramos en una alta biblioteca gótica, con paneles de roble inglés tallado y probablemente transportada completa desde alguna ruina en el extranjero.

Un hombre corpulento de mediana edad, con enormes gafas de ojo de búho, estaba sentado algo borracho en el borde de una gran mesa, mirando con inestable concentración los estantes de libros. Cuando entramos, se giró con entusiasmo y examinó a Jordán de pies a cabeza.

"¿Qué piensas?", preguntó impetuosamente.

"¿Sobre qué?"

Hizo un gesto con la mano hacia los estantes de libros.

"Sobre eso. De hecho, no hace falta que te molestes en averiguarlo. Lo he comprobado. Son reales".

"¿Los libros?"

Asintió con la cabeza.

"Absolutamente reales: tienen páginas y todo. Pensé que serían de cartón resistente. De hecho, son absolutamente reales. Páginas y... ¡Aquí! Déjenme mostrarles".

Dando por sentado nuestro escepticismo, se apresuró a ir a las estanterías y volvió con el Volumen Uno de las "Conferencias Stoddard".

"¡Vean!", gritó triunfante. "Es una pieza impresa de buena fe. Me ha engañado. Este tipo es un auténtico Belasco. Es un triunfo. ¡Qué minuciosidad! ¡Qué realismo! Sabía cuándo parar, también - no cortó las páginas. ¿Pero qué quieres? ¿Qué esperas?".

Me arrebató el libro y lo volvió a colocar apresuradamente en su estante, murmurando que si se quitaba un solo ladrillo toda la biblioteca podía derrumbarse.

"¿Quién te ha traído?", preguntó. "¿O simplemente has venido? Me han traído. A la mayoría de la gente la trajeron".

Jordan le miró atento, alegre, sin responder.

"Me trajo una mujer llamada Roosevelt", continuó. "La señora Claud Roosevelt. ¿La conoces? La conocí anoche en algún lugar. Llevo una semana de borrachera y pensé que me pondría sobrio sentarme en una biblioteca."

"¿Lo ha hecho?"

"Un poco, creo. No puedo decirlo todavía. Sólo llevo una hora aquí. ¿Te he hablado de los libros? Son reales. Son..."

"Nos lo has contado".

Le estrechamos la mano con seriedad y volvimos a salir al exterior.

Ahora se bailaba en la lona del jardín; los viejos empujaban a las jóvenes hacia atrás en eternos círculos sin elegancia, las parejas superiores se abrazaban de forma tortuosa, a la moda, y se mantenían en las esquinas, y un gran número de muchachas solteras bailaban individualmente o aliviaban por un momento a la orquesta de la carga del banjo o de las trampas. A medianoche la alegría había aumentado. Un célebre tenor había cantado en italiano, y una notoria contralto había cantado en jazz, y entre los números la gente hacía "acrobacias" por todo el jardín, mientras alegres y vacuas carcajadas se elevaban hacia el cielo de verano. Un par de gemelas del escenario, que resultaron ser las chicas de amarillo, hicieron un número de bebés disfrazados, y se sirvió champán en copas más grandes que los cuencos de los dedos. La luna había subido más alto, y flotando en el estrecho había un triángulo de escamas plateadas, temblando un poco al ritmo del goteo rígido y metálico de los banjos en el césped.

Yo seguía con Jordan Baker. Estábamos sentados en una mesa con un hombre más o menos de mi edad y una niña revoltosa, que a la menor provocación daba paso a una risa incontrolable. Ahora me estaba divirtiendo.

Había tomado dos copas de champán y la escena se había transformado ante mis ojos en algo significativo, elemental y profundo.

En una pausa del espectáculo, el hombre me miró y sonrió.

"Su cara me resulta familiar", dijo amablemente. "¿No estuvo usted en la Primera División durante la guerra?"

"Pues sí. Estuve en la Vigésimo Octava de Infantería".

"Estuve en la Decimosexta hasta junio de mil novecientos dieciocho. Sabía que te había visto antes en alguna parte".

Hablamos por un momento sobre algunos pueblitos húmedos y grises de Francia. Evidentemente vivía en esta vecindad, pues me dijo que acababa de comprar un hidroavión, y que iba a probarlo por la mañana.

"¿Quieres ir conmigo, viejo amigo? Cerca de la orilla, a lo largo del estrecho".

"¿A qué hora?"

"A la hora que más te convenga".

Tenía en la punta de la lengua preguntar su nombre cuando Jordan miró a su alrededor y sonrió.

"¿Te lo estás pasando bien ahora?", inquirió.

"Mucho mejor". Me volví de nuevo hacia mi nuevo conocido. "Esta es una fiesta inusual para mí. Ni siquiera he visto al anfitrión. Vivo allí -hice un gesto con la mano hacia el seto invisible en la distancia- y este hombre, Gatsby, envió a su chófer con una invitación".

Por un momento me miró como si no entendiera.

"Soy Gatsby", dijo de repente.

"¡Qué!" exclamé. "Oh, le pido perdón".

"Pensé que lo sabías, viejo amigo. Me temo que no soy un buen anfitrión".

Sonrió comprensivamente, mucho más que comprensivamente. Era una de esas raras sonrisas con una cualidad de eterna seguridad, que uno puede encontrar cuatro o cinco veces en la vida. Se enfrentaba -o parecía enfren-

tarse- a todo el mundo eterno durante un instante, y luego se concentraba en ti con un prejuicio irresistible a tu favor. Te comprendía en la medida en que querías ser comprendido, creía en ti como te gustaría creer en ti mismo, y te aseguraba que tenía precisamente la impresión de ti que, en tu mejor momento, esperabas transmitir. Precisamente en ese momento se desvaneció, y yo estaba mirando a un joven y elegante cuello duro, de uno o dos años más que los treinta, cuya elaborada formalidad al hablar apenas rozaba lo absurdo. Un tiempo antes de que se presentara, tuve la fuerte impresión de que elegía sus palabras con cuidado.

Casi en el momento en que el señor Gatsby se identificó, un mayordomo se apresuró a acercarse a él con la información de que Chicago le estaba llamando por teléfono. Se excusó con una pequeña reverencia que incluyó a cada uno de nosotros por turno.

"Si quieres algo sólo tienes que pedirlo, viejo amigo", me instó. "Discúlpenme. Me reuniré con ustedes más tarde".

Cuando se marchó, me volví inmediatamente hacia Jordan, para asegurarle mi sorpresa. Había esperado que el señor Gatsby fuera una persona florida y corpulenta de mediana edad.

"¿Quién es?" Pregunté. "¿Lo sabes?"

"Sólo es un hombre llamado Gatsby".

"¿De dónde es, quiero decir? ¿Y a qué se dedica?"

"Ahora que has empezado con el tema", contestó con una sonrisa desganada. "Bueno, me dijo una vez que era un hombre de Oxford".

Un tenue trasfondo comenzó a tomar forma detrás de su persona, pero ante su siguiente comentario se desvaneció.

"Sin embargo, no lo creo".

"¿Por qué no?"

"No lo sé", ella insistió, "sólo creo que no fue allí".

Algo en su tono me recordó el "creo que mató a un hombre" de la otra chica, y tuvo el efecto de estimular mi curiosidad. Habría aceptado sin rechistar la información de que Gatsby procedía de los pantanos de Luisiana o del Lower East Side de Nueva York. Eso era comprensible. Pero los jóvenes

no -al menos, en mi inexperiencia provinciana, creía que no lo hacían- salen fríamente de la nada y compran un palacio en el estrecho de Long Island.

"De todos modos, da grandes fiestas", dijo Jordan, cambiando de tema con un desagrado por lo concreto. "Y a mí me gustan las fiestas grandes. Son tan íntimas. En las fiestas pequeñas no hay intimidad".

Se oyó el estruendo de un bombo, y la voz del director de la orquesta sonó de repente por encima del parloteo del jardín.

"Señoras y señores", gritó. "A petición del señor Gatsby vamos a tocar para ustedes la última obra del señor Vladmir Tostoff, que tanta atención atrajo en el Carnegie Hall el pasado mes de mayo. Si lee los periódicos sabrá que hubo una gran sensación". Sonrió con jovial condescendencia y añadió: "¡Qué sensación!". Con lo que todo el mundo se rió.

"La obra es conocida", concluyó con vehemencia, "como 'La historia del jazz de Vladmir Tostoff'".

La naturaleza de la composición del señor Tostoff se me escapó, porque justo cuando empezó mis ojos se posaron en Gatsby, que estaba solo en los escalones de mármol y miraba de un grupo a otro con ojos de aprobación. Su piel bronceada se dibujaba atractivamente en su rostro y su pelo corto parecía recortado todos los días. No veía nada siniestro en él. Me pregunté si el hecho de que no bebiera ayudaba a desmarcarse de sus invitados, pues me pareció que se volvía más correcto a medida que aumentaba la hilaridad del grupo. Cuando terminó la "Historia del Jazz en el Mundo", las chicas ponían sus cabezas sobre los hombros de los hombres de una manera cariñosa y amistosa, las chicas se desmayaban hacia atrás juguetonamente en los brazos de los hombres, incluso en grupos, sabiendo que alguien detendría sus caídas; pero nadie se desmayó hacia atrás sobre Gatsby, y ningún bob francés tocó el hombro de Gatsby, y no se formaron cuartetos de canto para la cabeza de Gatsby por un enlace.

"Le ruego que me disculpe".

El mayordomo de Gatsby se puso de repente a nuestro lado.

"¿Srta. Baker?", preguntó. "Le ruego que me disculpe, pero el Sr. Gatsby quiere hablar con usted a solas".

"¿Conmigo?", exclamó ella sorprendida.

"Sí, madame".

Se levantó lentamente, levantando las cejas con asombro, y siguió al mayordomo hacia la casa. Me di cuenta de que llevaba su vestido de noche, todos sus vestidos, como ropa de deporte; había una alegría en sus movimientos como si hubiera aprendido a caminar por los campos de golf en las mañanas limpias y frescas.

Estaba solo y eran casi las dos. Desde hacía algún tiempo se oían sonidos confusos e intrigantes procedentes de una habitación larga y con muchas ventanas que daba a la terraza. Eludiendo al licenciado Jordan, que ahora estaba enfrascado en una conversación obstinada con dos coristas, y que me imploraba que me uniera a él, entré.

La gran sala estaba llena de gente. Una de las chicas de amarillo estaba tocando el piano, y a su lado se encontraba una joven alta y pelirroja de un famoso coro, enfrascada en una canción. Había bebido una cantidad de champán, y en el transcurso de su canción había decidido, ineptamente, que todo era muy, muy triste; no sólo cantaba, sino que también lloraba. Cada vez que había una pausa en la canción, la llenaba con sollozos entrecortados y jadeantes, y luego retomaba la letra con un soprano tembloroso. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no libremente, ya que cuando entraban en contacto con sus pestañas, de gruesas cuentas, adquirían un color tinta y seguían el resto de su camino en lentos riachuelos negros. Se le sugirió con humor que cantara las notas en su cara, tras lo cual levantó las manos, se hundió en una silla y se sumió en un profundo sueño vinícola.

"Se ha peleado con un hombre que dice ser su marido", explicó una chica a mi codo.

Miré a mi alrededor. La mayoría de las mujeres que quedaban se estaban peleando con hombres que decían ser sus maridos. Incluso el grupo de Jordan, el cuarteto de East Egg, estaba dividido por las discrepancias. Uno de los hombres hablaba con curiosa intensidad con una joven actriz, y su mujer, después de intentar reírse de la situación de forma digna e indiferente, se derrumbó por completo y recurrió a los ataques por los flancos; a intervalos aparecía de repente a su lado como un diamante enfadado, y siseaba: "¡Lo prometiste!" en su oído.

La reticencia a volver a casa no se limitaba a los hombres díscolos. La sala estaba ocupada en ese momento por dos hombres deplorablemente sobrios y sus esposas muy indignadas. Las esposas se compadecían entre sí con voces ligeramente elevadas.

"Cada vez que ve que me lo paso bien quiere volver a casa".

"Nunca oí algo tan egoísta en mi vida".

"Siempre somos las primeras en irnos".

"Nosotros también".

"Bueno, casi somos los últimos esta noche", dijo uno de los hombres tímidamente. "La orquesta se fue hace media hora".

A pesar de que las esposas estaban de acuerdo en que tal malevolencia estaba más allá de la credibilidad, la disputa terminó en una corta lucha, y ambas esposas fueron levantadas, pataleando, hacia la noche.

Mientras esperaba mi sombrero en el vestíbulo, se abrió la puerta de la biblioteca y Jordan Baker y Gatsby salieron juntos. Él le estaba dirigiendo unas últimas palabras, pero el afán de sus maneras se convirtió bruscamente en formalidad cuando varias personas se acercaron a él para despedirse.

El grupo de Jordan la llamaba impacientemente desde el porche, pero ella se quedó un momento para estrechar la mano.

"Acabo de oír algo increíble", le dijo ella en un susurro. "¿Cuánto tiempo estuvimos allí?"

"Como una hora".

"Fue... simplemente increíble", repitió abstraída. "Pero juré que no lo contaría y aquí estoy tentándote". Bostezó graciosamente en mi cara. "Por favor, ven a verme. . . . La guía telefónica. . . . A nombre de la Sra. Sigourney Howard. . . . Mi tía. . . ." Mientras hablaba, se apresuraba a marcharse; su mano morena hizo un alegre saludo mientras se fundía con su grupo en la puerta.

Bastante avergonzado por haberme quedado hasta tan tarde en mi primera aparición, me uní a los últimos invitados de Gatsby, que se agrupaban a su alrededor. Quise explicarle que le había buscado a primera hora de la tarde y disculparme por no haberle conocido en el jardín.

"No lo menciones", me dijo con entusiasmo. "No lo pienses más, viejo amigo". La expresión familiar no contenía más familiaridad que la mano que rozaba tranquilamente mi hombro. "Y no olvides que subiremos en el hidroavión mañana por la mañana, a las nueve".

Luego el mayordomo, por detrás de su hombro:

"Filadelfia lo quiere al teléfono, señor".

"Muy bien, en un minuto. Dígales que iré enseguida. . . . Buenas noches".

"Buenas noches."

"Buenas noches". Sonrió, y de repente pareció tener un significado agradable el haber sido de los últimos en irse, como si lo hubiera deseado todo el tiempo. "Buenas noches, viejo amigo. . . . Buenas noches".

Pero mientras bajaba los escalones vi que la noche no había terminado del todo. A quince metros de la puerta, una docena de faros iluminaban una escena extraña y tumultuosa. En la zanja junto a la carretera, con el lado derecho hacia arriba, pero violentamente despojado de una rueda, descansaba un cupé nuevo que se había salido del camino de Gatsby no hacía ni dos minutos. El fuerte salto de un muro explicaba el desprendimiento de la rueda, que ahora recibía una atención considerable de media docena de chóferes curiosos. Sin embargo, como habían dejado sus coches bloqueando la carretera, hacía tiempo que se oía un estruendo áspero y discordante procedente de los de atrás, que se sumaba a la ya violenta confusión de la escena.

Un hombre con un largo abrigo se había apeado de los restos y ahora se encontraba en medio de la carretera, mirando del coche al neumático y del neumático a los observadores de forma agradable y desconcertada.

"¡Mira!", explicó. "Ha caído en la zanja".

El hecho le resultó infinitamente asombroso, y reconocí primero la inusual cualidad del asombro, y luego al hombre: era el último patrón de la biblioteca de Gatsby.

"¿Cómo ocurrió?"

Se encogió de hombros.

"No sé nada de mecánica", dijo con decisión.

"¿Pero cómo sucedió? ¿Se estrelló contra la pared?"

"No me preguntes", dijo Owl Eyes, lavándose las manos de todo el asunto. "Sé muy poco sobre conducción, casi nada. Sucedió, y eso es todo lo que sé".

"Bueno, si eres un mal conductor no deberías intentar conducir de noche".

"Pero ni siquiera lo estaba intentando", explicó indignado, "ni siquiera lo estaba intentando".

Un silencio asombrado cayó sobre los transeúntes.

"¿Quieres suicidarte?"

"¡Tienes suerte de que sólo haya sido una rueda! Un mal conductor y ni siquiera lo intentaba".

"No lo entendéis", explicó el criminal. "Yo no estaba conduciendo. Hay otro hombre en el coche".

La conmoción que siguió a esta declaración encontró voz en un sostenido "¡Ah-h-h!" cuando la puerta del cupé se abrió lentamente. La multitud -ahora era una multitud- retrocedió involuntariamente, y cuando la puerta se abrió de par en par hubo una pausa fantasmal. Luego, muy gradualmente, parte por parte, un individuo pálido y colgante salió de los restos, dando zarpazos al suelo con un gran zapato de baile incierto.

Cegado por el resplandor de los faros y confundido por el incesante gemido de las bocinas, la aparición permaneció balanceándose un momento antes de percibir al hombre del plumero.

"¿Qué pasa?", preguntó con calma. "¿Nos hemos quedado sin gasolina?"

"¡Mira!"

Media docena de dedos señalaron la rueda arrancada; la miró por un momento, y luego miró hacia arriba como si sospechara que había caído del cielo.

"Se desprendió", explicó alguien.

Asintió con la cabeza.

"Al principio no me di cuenta de que nos habíamos detenido".

Una pausa. Luego, tomando un largo respiro y enderezando los hombros, comentó con voz decidida

"¿Me pregunto dónde hay una gasolinera?"

Al menos una docena de hombres, algunos de ellos un poco mejor que él, le explicaron que la rueda y el coche ya no estaban unidos por ningún vínculo físico.

"Retrocede", sugirió después de un momento. "Ponga la marcha atrás".

"¡Pero la rueda no está!"

Él dudó.

"No hay nada malo en intentarlo", dijo.

Los cláxones habían alcanzado un crescendo y me di la vuelta para cruzar el césped en dirección a casa. Miré hacia atrás una vez. Una oblea de luna brillaba sobre la casa de Gatsby, haciendo que la noche fuera tan fina como antes, y sobreviviendo a las risas y al sonido de su jardín aún resplandeciente. Un súbito vacío parecía fluir ahora desde las ventanas y las grandes puertas, dotando de un completo aislamiento a la figura del anfitrión, que estaba de pie en el porche, con la mano levantada en un gesto formal de despedida.

Al leer lo que he escrito hasta ahora, veo que he dado la impresión de que los acontecimientos de tres noches con varias semanas de diferencia eran todo lo que me absorbía. Por el contrario, fueron meros acontecimientos casuales en un verano atestado de gente y, hasta mucho después, me absorbieron infinitamente menos que mis asuntos personales.

La mayor parte del tiempo trabajaba. Por la mañana temprano, el sol proyectaba mi sombra hacia el oeste mientras me apresuraba a descender por los blancos abismos de la parte baja de Nueva York hasta el Probity Trust. Conocía a los demás oficinistas y a los jóvenes vendedores de bonos por su nombre de pila, y almorzaba con ellos en restaurantes oscuros y abarrotados a base de salchichas de cerdo y puré de patatas y café. Incluso tuve un breve romance con una chica que vivía en Jersey City y trabajaba en el departamento de contabilidad, pero su hermano empezó a lanzarme miradas maliciosas, así que cuando se fue de vacaciones en julio dejé que se esfumara en silencio.

Cenaba normalmente en el Yale Club -por alguna razón era el acontecimiento más sombrío de mi día- y luego subía a la biblioteca y estudiaba inversiones y valores durante una hora concienzuda. Por lo general, había algunos alborotadores alrededor, pero nunca entraban en la biblioteca, así que era un buen lugar para trabajar. Después, si la noche era apacible, paseaba por la Avenida Madison, pasando por el viejo hotel Murray Hill, y por la calle 33d hasta la estación de Pensilvania.

Empezó a gustarme Nueva York, la sensación de picardía y aventura que desprende por la noche, y la satisfacción que produce en el ojo incansable el constante tintineo de hombres, mujeres y máquinas. Me gustaba subir por la Quinta Avenida y elegir a las mujeres más románticas entre la multitud e imaginar que en unos minutos iba a entrar en sus vidas, y que nadie lo sabría ni lo desaprobaría. A veces, en mi mente, las seguía hasta sus apartamentos en las esquinas de las calles ocultas, y ellas se volvían y me sonreían antes de desvanecerse a través de una puerta en la cálida oscuridad. En el encantador crepúsculo metropolitano sentía a veces una inquietante soledad, y la sentía en otros -pobres jóvenes oficinistas que merodeaban frente a las ventanas esperando hasta que llegara la hora de cenar en un solitario restaurante-, jóvenes oficinistas en el crepúsculo, desperdiciando los momentos más conmovedores de la noche y de la vida.

De nuevo, a las ocho, cuando las oscuras callejuelas de los años cuarenta se llenaron de taxis palpitantes con destino al barrio de los teatros, sentí que se me hundía el corazón. En los taxis, las personas se inclinaban unas sobre otras mientras esperaban, y las voces cantaban, y había risas de chistes no escuchados, y los cigarrillos encendidos hacían círculos ininteligibles en el interior. Imaginando que yo también me apresuraba hacia la alegría y compartía su íntima excitación, les deseé lo mejor.

Durante un tiempo perdí de vista a Jordan Baker, y luego, en pleno verano, volví a encontrarla. Al principio me sentí halagado por salir con ella, porque era una campeona de golf y todo el mundo conocía su nombre. Luego fue algo más. En realidad no estaba enamorado, pero sentía una especie de tierna curiosidad. El rostro aburrido y altivo que ponía ante el mundo ocultaba algo -la mayoría de las afectaciones ocultan algo con el tiempo, aunque no lo hagan al principio- y un día descubrí lo que era. Cuando estuvimos juntos en una fiesta en Warwick, dejó un coche prestado bajo la lluvia con la capota bajada, y luego mintió sobre ello, y de repente recordé la

historia sobre ella que se me había escapado aquella noche en casa de Daisy. En su primer gran torneo de golf hubo una disputa que estuvo a punto de llegar a los periódicos: una sugerencia de que había movido su bola desde una mala posición en la ronda de semifinales. El asunto se acercó a las proporciones de un escándalo, pero luego se apagó. Un caddie se retractó de su declaración, y el único otro testigo admitió que podía haberse equivocado. El incidente y el nombre permanecieron juntos en mi mente.

Jordan Baker evitaba instintivamente a los hombres inteligentes y astutos, y ahora veía que esto se debía a que se sentía más segura en un plano en el que cualquier desviación de un código se consideraría imposible. Era irremediablemente deshonesta. No era capaz de soportar estar en desventaja y, dada esta falta de voluntad, supongo que había empezado a traficar con subterfugios cuando era muy joven para mantener esa sonrisa fría e insolente dirigida al mundo y, sin embargo, satisfacer las exigencias de su cuerpo duro y alegre.

A mí me daba igual. La deshonestidad en una mujer es algo que nunca se reprocha profundamente; lo lamenté casualmente y luego lo olvidé. Fue en esa misma fiesta en casa donde tuvimos una curiosa conversación sobre la conducción de un coche. Empezó porque ella pasó tan cerca de unos obreros que nuestro guardabarros rozó un botón del abrigo de uno de ellos.

"Eres una conductora pésima", protesté. "O deberías tener más cuidado o no deberías conducir".

"Soy cuidadosa".

"No, no lo eres".

"Bueno, los demás lo son", dijo ella con ligereza.

"¿Qué tiene eso que ver?"

"Se mantendrán fuera de mi camino", insistió ella. "Hacen falta dos para que haya un accidente".

"Supón que te encuentras con alguien tan descuidado como tú".

"Espero que nunca lo haga", respondió ella. "Odio a la gente descuidada. Por eso me gustas".

Sus ojos grises y cansados por el sol miraban fijamente al frente, pero ella había cambiado intencionadamente nuestra relación, y por un momento pensé que la amaba. Pero soy de pensamiento lento y estoy lleno de reglas interiores que actúan como frenos a mis deseos, y sabía que primero tenía que salir definitivamente de esa maraña de casa. Había estado escribiendo cartas una vez a la semana y firmándolas: "Con amor, Nick", y sólo podía pensar en cómo, cuando cierta chica jugaba al tenis, le aparecía un tenue bigote de sudor en el labio superior. Sin embargo, existía un vago acuerdo que debía romperse con mucho tacto antes de que yo quedara libre.

Todo el mundo sospecha que tiene al menos una de las virtudes cardinales, y ésta es la mía: Soy una de las pocas personas honestas que he conocido.

Capítulo IV

El domingo por la mañana, mientras las campanas de la iglesia repicaban en los pueblos de la costa, el mundo y su señora volvieron a la casa de Gatsby y centellearon graciosamente en su césped.

"Es un contrabandista", dijeron las jóvenes, moviéndose entre sus cócteles y sus flores. "Una vez mató a un hombre que había descubierto que era sobrino de Von Hindenburg y primo segundo del diablo. Alcánzame una rosa, cariño, y sírveme una última gota en esa copa de cristal".

Una vez escribí en los espacios vacíos de un horario los nombres de los que vinieron a casa de Gatsby ese verano. Ahora es un viejo horario, que se desintegra en sus pliegues, y que lleva por título "Este horario en vigor el 5 de julio de 1922". Pero aún puedo leer los nombres grises, y les darán una mejor impresión que mis generalidades de quienes aceptaron la hospitalidad de Gatsby y le rindieron el sutil homenaje de no saber nada de él.

De East Egg, pues, llegaron los Chester Becker y los Leech, y un hombre llamado Bunsen, al que conocí en Yale, y el doctor Webster Civet, que se ahogó el verano pasado en Maine. Y los Hornbeams y los Willie Voltaires, y todo un clan llamado Blackbuck, que siempre se reunían en un rincón y levantaban la nariz como cabras ante cualquiera que se acercara. Y los Ismays y los Chrysties (o más bien Hubert Auerbach y la esposa del señor Chrystie), y Edgar Beaver, cuyo pelo, dicen, se volvió blanco como el algodón una tarde de invierno sin ninguna razón.

Clarence Endive era de East Egg, según recuerdo. Sólo vino una vez, en calzoncillos blancos, y se peleó con un vagabundo llamado Etty en el jar-

dín. De más lejos de la isla vinieron los Cheadles y los O. R. P. Schraeders, y los Stonewall Jackson Abrams de Georgia, y los Fishguards y los Ripley Snells. Snell estuvo allí tres días antes de ir a la penitenciaría, tan borracho en el camino de grava que el automóvil de la señora Ulysses Swett le atropelló la mano derecha. También vinieron los Dancies, y S. B. Whitebait, que tenía más de sesenta años, y Maurice A. Flink, y los Hammerheads, y Beluga, el importador de tabaco, y las chicas de Beluga.

De West Egg venían los Poles y los Mulreadys y Cecil Roebuck y Cecil Schoen y Gulick el senador del Estado y Newton Orchid, que controlaba Films Par Excellence, y Eckhaust y Clyde Cohen y Don S. Schwartze (el hijo) y Arthur McCarty, todos relacionados con el cine de una u otra manera. Y los Catlips y los Bembergs y G. Earl Muldoon, hermano de ese Muldoon que después estranguló a su mujer. Da Fontano, el promotor, acudía allí, y Ed Legros y James B. ("Rot-Gut") Ferret y los De Jongs y Ernest Lilly, venían a apostar, y cuando Ferret se metía en el jardín significaba que estaba limpio y que Associated Traction tendría que fluctuar con beneficio al día siguiente.

Un hombre llamado Klipspringer estuvo allí tan a menudo y durante tanto tiempo que llegó a ser conocido como "el huésped"; yo dudo que tuviera otra casa. De la gente del teatro se encontraban Gus Waize y Horace O'Donavan y Lester Myer y George Duckweed y Francis Bull. También eran de Nueva York los Chromes y los Backhyssons y los Dennickers y Russel Betty y los Corrigans y los Kellehers y los Dewars y los Scullys y S. W. Belcher y los Smirkes y los jóvenes Quinn, ya divorciados, y Henry L. Palmetto, que se suicidó saltando delante de un tren subterráneo en Times Square.

Benny McClenahan llegaba siempre con cuatro chicas. Nunca eran exactamente las mismas en persona, pero eran tan idénticas unas a otras que inevitablemente parecía que habían estado allí antes. He olvidado sus nombres -Jaqueline, creo, o bien Consuela, o Gloria o Judy o June, y sus apellidos eran o bien los melodiosos nombres de las flores y de los meses o bien los más severos de los grandes capitalistas americanos de los que, si se les presionaba, se confesaban ser primas.

Además de todos ellos puedo recordar que Faustina O'Brien acudió allí al menos una vez y las chicas Baedeker y el joven Brewer, al que le dispararon

la nariz en la guerra, y el señor Albrucksburger y la señorita Haag, su prometida, y Ardita Fitz-Peters y Mr. P. Jewett, antaño jefe de la Legión Americana, y la señorita Claudia Hip, con un hombre que tenía fama de ser su chófer, y un príncipe de algo, al que llamábamos Duke, y cuyo nombre, si alguna vez lo supe, he olvidado.

Todas estas personas acudían a la casa de Gatsby en verano.

A las nueve en punto, una mañana de finales de julio, el magnífico coche de Gatsby subió a trompicones por el rocoso camino hasta mi puerta y emitió una melodía con su bocina de tres notas. Era la primera vez que me llamaba, aunque había ido a dos de sus fiestas, montado en su hidroavión y, por su imperiosa invitación, utilizado con frecuencia su playa.

"Buenos días, viejo amigo. Hoy almorzarás conmigo y he pensado que podríamos viajar juntos".

Se balanceaba sobre el salpicadero de su coche con esa ingeniosidad de movimientos que es tan peculiarmente americana -que viene, supongo, con la ausencia de trabajo de elevación en la juventud y, aún más, con la gracia sin forma de nuestros juegos nerviosos y esporádicos. Esta cualidad irrumpía continuamente en sus maneras tan puntillosas en forma de agitación. Nunca estaba quieto del todo; siempre había un pie que golpeaba en alguna parte o el abrir y cerrar impaciente de una mano.

Me vio mirando con admiración su coche.

"Es bonito, ¿verdad, viejo amigo?" Se bajó de un salto para dejarme ver mejor. "¿No lo habías visto antes?"

Lo había visto. Todo el mundo lo había visto. Era de un intenso color crema, brillante por el níquel, hinchado aquí y allá en su enorme longitud con triunfantes contenedores de sombreros y cajas de comida y de herramientas, y adornado con un enorme número de parabrisas que reflejaban una docena de soles. Sentados detrás de muchas capas de cristal en una especie de invernadero de cuero verde, nos pusimos en marcha hacia la ciudad.

Había hablado con él quizás media docena de veces en el último mes y descubrí, para mi decepción, que tenía poco que decir. Así que mi primera impresión, de que era una persona de alguna importancia desconocida, se había desvanecido gradualmente y se había convertido simplemente en el propietario de un elaborado bar de carretera que estaba al lado.

Y entonces llegó ese desconcertante viaje. No habíamos llegado a West Egg Village antes de que Gatsby empezara a dejar sus elegantes frases sin terminar y a darse palmadas indecisas en la rodilla de su traje color caramelo.

"Mira, viejo amigo", me dijo sorprendentemente, "¿cuál es tu opinión sobre mí?".

Un poco abrumado, comencé las evasivas generalizadas que esa pregunta merece.

"Bueno, voy a contarte algo sobre mi vida", me interrumpió. "No quiero que te hagas una idea equivocada de mí por todas esas historias que escuchas".

Así que era consciente de las extrañas acusaciones que aderezaban la conversación en sus pasillos.

"Os diré la verdad de Dios". Su mano derecha ordenó de me preparara para el castigo divino. "Soy hijo de unos ricos del Medio Oeste, ya fallecidos. Me he criado en América pero me he educado en Oxford, porque todos mis antepasados se han educado allí durante muchos años. Es una tradición familiar".

Me miró de reojo y supe por qué Jordan Baker había creído que mentía. Apuró la frase "educado en Oxford", o se la tragó, o se atragantó con ella, como si le hubiera molestado antes. Y con esta duda, toda su afirmación se vino abajo, y me pregunté si no habría algo un poco siniestro en él, después de todo.

"¿Qué parte del Medio Oeste?" inquirí despreocupadamente.

"San Francisco".

"Ya veo".

"Toda mi familia murió y yo me hice con una buena cantidad de dinero".

Su voz era solemne, como si el recuerdo de aquella súbita extinción de un clan aún le persiguiera. Por un momento sospeché que me estaba tomando el pelo, pero una mirada suya me convenció de lo contrario.

"Después de eso viví como un joven rajá en todas las capitales de Europa -París, Venecia, Roma-, coleccionando joyas, principalmente rubíes, cazan-

do caza mayor, pintando un poco, cosas sólo para mí, y tratando de olvidar algo muy triste que me había sucedido hacía mucho tiempo".

Con un esfuerzo logré contener mi risa incrédula. Las propias frases estaban tan desgastadas que no evocaban más imagen que la de un "personaje" con turbante que goteaba serrín por todos los poros mientras perseguía a un tigre por el Bois de Boulogne.

"Entonces llegó la guerra, viejo amigo. Fue un gran alivio, y me esforcé por morir, pero parecía llevar una vida hechizada. Acepté una comisión como primer teniente cuando comenzó. En el bosque de Argonne llevé a los restos de mi batallón de ametralladoras tan al frente que había un hueco de media milla a cada lado donde la infantería no podía progresar. Permanecimos allí dos días y dos noches, ciento treinta hombres con dieciséis cañones Lewis, y cuando la infantería subió por fin encontró las insignias de tres divisiones alemanas entre los montones de muertos. Me ascendieron a mayor, y todos los gobiernos aliados me dieron una condecoración, incluso Montenegro, el pequeño Montenegro en el mar Adriático".

El pequeño Montenegro. Levantó las palabras y asintió con su sonrisa. La sonrisa comprendía la agitada historia de Montenegro y simpatizaba con las valientes luchas del pueblo montenegrino. Apreciaba plenamente la cadena de circunstancias nacionales que habían suscitado este homenaje del pequeño y cálido corazón de Montenegro. Mi incredulidad se sumergía ahora en la fascinación; era como hojear apresuradamente una docena de revistas.

Metió la mano en el bolsillo y un trozo de metal, colgado de una cinta, cayó en la palma de mi mano.

"Este es el de Montenegro".

Para mi asombro, la pieza tenía un aspecto auténtico. "Orderi di Danilo", decía la leyenda circular, "Montenegro, Nicolas Rex".

"Gíralo".

"Mayor Jay Gatsby", leí, "Por Valor Extraordinario".

"Aquí hay otra cosa que siempre llevo. Un recuerdo de los días de Oxford. Fue tomada en Trinity Quad-el hombre a mi izquierda es ahora el Conde de Doncaster".

Era una fotografía de media docena de jóvenes con chaqueta que holgazaneaban en un arco a través del cual se veía una multitud de agujas. Allí estaba Gatsby, con un aspecto un poco, no demasiado, más joven, con un bate de cricket en la mano.

Entonces todo era verdad. Vi las pieles de los tigres flameando en su palacio del Gran Canal; le vi abriendo un cofre de rubíes para aliviar, con sus profundidades de luz carmesí, los roces de su corazón roto.

"Hoy voy a hacerte una gran petición -dijo, embolsándose sus recuerdos con satisfacción-, así que pensé que debías saber algo sobre mí. No quería que pensaras que soy un don nadie. Verás, suelo encontrarme entre desconocidos porque voy de aquí para allá tratando de olvidar lo triste que me ocurrió." Vaciló. "Te enterarás esta tarde".

"¿En la comida?"

"No, esta tarde. Me he enterado por casualidad de que vas a llevar a la señorita Baker a tomar el té".

"¿Quiere decir que está enamorado de la Srta. Baker?"

"No, viejo amigo, no lo estoy. Pero la señorita Baker ha consentido amablemente en hablar con usted sobre este asunto".

No tenía la menor idea de qué era "este asunto", pero estaba más molesto que interesado. No había invitado a Jordan a tomar el té para hablar del señor Jay Gatsby. Estaba seguro de que la invitación sería algo absolutamente fantástico, y por un momento lamenté haber pisado su poblado césped.

No dijo ni una palabra más. Su corrección fue creciendo a medida que nos acercábamos a la ciudad. Pasamos por el puerto Roosevelt, donde se vislumbraron los barcos oceánicos de bandas rojas, y avanzamos a toda velocidad por una barriada empedrada, bordeada por los oscuros e indeseados bares de los descoloridos primeros años del siglo XX. Luego, el valle de las cenizas se abrió a ambos lados de nosotros, y tuve la oportunidad de ver a la Sra. Wilson, que se esforzaba en la bomba del garaje con una vitalidad jadeante mientras pasábamos.

Con los guardabarros desplegados como alas, esparcimos la luz a través de medio Astoria -sólo la mitad, porque mientras nos desviábamos entre los

pilares del tren elevado, oí el familiar "¡jug-spat!" de una motocicleta, y un frenético policía se puso al lado.

"Muy bien, viejo amigo", dijo Gatsby. Redujimos la velocidad. Sacando una tarjeta blanca de su cartera, la agitó ante los ojos del hombre.

"Tiene razón", aceptó el policía, inclinando su gorra. "Nos vemos la próxima vez, señor Gatsby. Discúlpeme".

"¿Qué fue eso?" Pregunté. "¿La foto de Oxford?"

"Una vez pude hacerle un favor al comisario, que me envía una tarjeta de Navidad todos los años".

Sobre el gran puente, con la luz del sol a través de las vigas haciendo un parpadeo constante sobre los vagones en movimiento, con la ciudad alzándose al otro lado del río en montoncitos blancos y terrones de azúcar, todo ello construido con un deseo a partir de dinero que no es productivo. La ciudad vista desde el puente de Queensboro es la que se ve por primera vez, en su primera promesa salvaje de todo el misterio y la belleza del mundo.

Un difunto pasó frente a nosotros en un coche fúnebre lleno de flores, seguido de dos carruajes con las persianas bajadas, y de otros carruajes más alegres para los amigos. Los amigos nos miraban con los ojos trágicos y el labio superior corto del sureste de Europa, y me alegré de que la vista del espléndido coche de Gatsby estuviera incluida en sus sombrías jornadas. Al cruzar Blackwell's Island nos pasó una limusina, conducida por un chófer blanco, en la que iban sentados tres negros modestos, dos gordos y una chica. Me reí en voz alta cuando las yemas de sus ojos giraron hacia nosotros en altiva rivalidad.

"Cualquier cosa puede pasar ahora que nos hemos deslizado por este puente", pensé; "cualquier cosa. . . ."

Hasta Gatsby puede pasar, sin ninguna sorpresa en particular.

Mediodía rugiente. En un sótano de la calle Cuarenta y dos, bien ventilado, quedé con Gatsby para almorzar. Al parpadear el brillo de la calle, mis ojos lo vieron en la antesala, hablando con otro hombre.

"Señor Carraway, éste es mi amigo el señor Wolfshiem".

Un judío pequeño y de nariz chata levantó su gran cabeza y me miró con dos finos pelos que se exaltaban en cada fosa nasal. Al cabo de un momento descubrí sus pequeños ojos en la penumbra.

"Así que le eché un vistazo", dijo el señor Wolfshiem, estrechando mi mano con seriedad, "¿y qué crees que hice?"

"¿Qué?" pregunté cortésmente.

Pero evidentemente no se dirigía a mí, porque dejó caer mi mano y cubrió a Gatsby con su expresiva nariz.

"Le entregué el dinero a Katspaugh y le dije: 'Muy bien, Katspaugh, no le pagues ni un centavo hasta que cierre la boca'. La cerró en ese momento".

Gatsby tomó un brazo de cada uno de nosotros y avanzó hacia el restaurante, donde el señor Wolfshiem se tragó una nueva frase que estaba empezando y cayó en una abstracción sonámbula.

"¿Whiskey con soda?", preguntó el camarero jefe.

"Este es un buen restaurante", dijo el señor Wolfshiem, mirando las ninfas presbiterianas del techo. "¡Pero me gusta más el de enfrente!"

"Sí, whiskey con soda", asintió Gatsby, y luego al Sr. Wolfshiem: "Allí hace demasiado calor".

"Caliente y pequeño, sí", dijo el señor Wolfshiem, "pero lleno de recuerdos".

"¿Qué lugar es ese?" pregunté.

"El viejo Metropole".

"El viejo Metropole", meditó sombríamente el señor Wolfshiem. "Lleno de rostros fallecidos y desaparecidos. Lleno de amigos que se han ido para siempre. No podré olvidar mientras viva la noche en que dispararon a Rosy Rosenthal allí. Éramos seis en la mesa, y Rosy había comido y bebido mucho toda la noche. Cuando ya era casi de día, el camarero se acercó con una mirada extraña y le dijo que alguien quería hablar con él fuera. 'Está bien', dice Rosy, y empieza a levantarse, y yo lo retuve en su silla.

"'Deja que los bastardos vengan aquí si te quieren, Rosy, pero no te muevas, con la ayuda de Dios, fuera de esta habitación'.

"Eran las cuatro de la mañana entonces, y si hubiéramos levantado las persianas habríamos visto la luz del día."

"¿Se fue?" Pregunté inocentemente.

"Claro que se fue". La nariz del Sr. Wolfshiem me miró con indignación. "Se dio la vuelta en la puerta y dijo: '¡Que ese camarero no me quite el café! Luego salió a la acera, y le dispararon tres veces en la barriga y se fueron."

"Cuatro fueron electrocutados", dije, recordando.

"Cinco, con Becker". Sus fosas nasales se volvieron hacia mí de forma interesada. "Tengo entendido que estás buscando una concesión de negocios".

La yuxtaposición de estos dos comentarios fue sorprendente. Gatsby respondió por mí:

"Oh, no", exclamó, "este no es el hombre".

"¿No?" El Sr. Wolfshiem parecía decepcionado.

"Este es sólo un amigo. Le dije que hablaríamos de eso en otro momento".

"Le pido perdón", dijo el Sr. Wolfshiem, "me equivoqué de hombre".

Llegó un suculento puré, y el señor Wolfshiem, olvidando el ambiente más sentimental del viejo Metropole, comenzó a comer con una delicadeza feroz. Sus ojos, mientras tanto, recorrieron muy lentamente toda la sala; completó el arco volviéndose para inspeccionar a las personas que estaban directamente detrás. Creo que, de no ser por mi presencia, habría echado una breve mirada por debajo de nuestra propia mesa.

"Mira, viejo amigo", dijo Gatsby, inclinándose hacia mí, "me temo que te he hecho enojar un poco esta mañana en el coche".

Volvió a sonreír, pero esta vez me resistí a hacerlo.

"No me gustan los misterios -respondí-, y no entiendo por qué no quieres ser franco y decirme lo que te interesa. ¿Por qué todo tiene que ser a través de la señorita Baker?"

"Oh, no es nada turbio", me aseguró. "La señorita Baker es una gran deportista, ya sabes, y nunca haría nada que no fuera correcto".

De repente miró su reloj, se levantó de un salto y salió a toda prisa de la habitación, dejándome con el señor Wolfshiem en la mesa.

"Tiene que llamar por teléfono", dijo el señor Wolfshiem, siguiéndole con la mirada. "Es un buen tipo, ¿verdad? Es guapo y un perfecto caballero".

"Sí".

"Es un hombre de Oggsford".

"¡Oh!"

"Fue al Colegio Oggsford en Inglaterra. ¿Conoces el Colegio Oggsford?"

"He oído hablar de él."

"Es uno de los colegios más famosos del mundo".

"¿Conoces a Gatsby desde hace mucho tiempo?" pregunté.

"Varios años", respondió de forma gratificante.

"Tuve el placer de conocerlo justo después de la guerra. Pero supe que había descubierto a un hombre de buena educación después de hablar con él una hora. Me dije: 'Este es el tipo de hombre que te gustaría llevar a casa y presentar a tu madre y a tu hermana'". Hizo una pausa. "Veo que estás mirando los botones de mis puños".

No los había mirado, pero lo hice ahora. Estaban compuestos por piezas de marfil extrañamente familiares.

"Los mejores especímenes de molares humanos", me informó.

" ¡Qué bien!" Los inspeccioné. "Es una idea muy interesante".

"Sí". Se subió las mangas bajo el abrigo. "Sí, Gatsby es muy cuidadoso con las mujeres. Nunca se atrevería a mirar a la mujer de un amigo".

Cuando el sujeto de esa confianza tan instintiva volvió a la mesa y se sentó, el señor Wolfshiem bebió su café de un tirón y se puso en pie.

"He disfrutado de mi almuerzo", dijo, "y voy a escaparme de vosotros dos, jóvenes, antes de alargar mi estancia".

"No te apures, Meyer", dijo Gatsby, sin entusiasmo. El señor Wolfshiem levantó la mano en una especie de bendición.

"Es usted muy educado, pero yo pertenezco a otra generación", anunció solemnemente. "Ustedes se sientan aquí y hablan de sus deportes y de sus señoritas y de sus..." Suministró un sustantivo imaginario con otro movimiento de la mano. "En cuanto a mí, tengo cincuenta años y no voy a molestarle más".

Mientras estrechaba la mano y se daba la vuelta, su trágica nariz temblaba. Me pregunté si había dicho algo que lo ofendiera.

"A veces se pone muy sentimental", explicó Gatsby. "Este es uno de sus días sentimentales. Es todo un personaje en Nueva York, un habitante de Broadway".

"¿Quién es, en todo caso, un actor?"

"No."

"¿Un dentista?"

"¿Meyer Wolfshiem? No, es un jugador". Gatsby dudó y luego añadió con frialdad: "Es el hombre que amañó las Series Mundiales en 1919".

"¿Amañó las Series Mundiales?" repetí.

La idea me sorprendió. Recordaba, por supuesto, que las Series Mundiales habían sido amañadas en 1919, pero si hubiera pensado en ello, lo habría hecho como algo que simplemente ocurrió, el final de una cadena inevitable. Nunca se me ocurrió que un hombre pudiera empezar a jugar con la fe de cincuenta millones de personas, con la determinación de un ladrón que revienta una caja fuerte.

"¿Cómo se le ocurrió hacer eso?" pregunté después de un minuto.

"Simplemente vio la oportunidad".

"¿Por qué no está en la cárcel?"

"No pueden atraparlo, viejo amigo. Es un hombre inteligente".

Insistí en pagar la cuenta. Cuando el camarero me trajo el cambio, vi a Tom Buchanan al otro lado de la sala llena de gente.

"Acompáñame un momento", le dije; "tengo que saludar a alguien".

Cuando nos vio, Tom se levantó de un salto y dio media docena de pasos en nuestra dirección.

"¿Dónde has estado?", preguntó ansiosamente. "Daisy está furiosa porque no has llamado".

"Este es el señor Gatsby, señor Buchanan".

Se estrecharon la mano brevemente, y en el rostro de Gatsby apareció una mirada tensa y desconocida de vergüenza.

" ¿Qué tal has estado, de todos modos?", me preguntó Tom. "¿Cómo se te ocurrió venir hasta aquí a comer?"

"He estado comiendo con el señor Gatsby".

Me volví hacia el señor Gatsby, pero ya no estaba allí.

Un día de octubre de mil novecientos diecisiete-

(dijo Jordan Baker aquella tarde, sentándose muy derecha en una silla recta en el jardín de té del Hotel Plaza)

-Paseaba de un lugar a otro, mitad en las aceras y mitad en el césped. Estaba más contenta en el césped porque llevaba unos zapatos ingleses con tacos de goma en las suelas que se clavaban en el suelo blando. Llevaba también una falda de cuadros nueva que se movía un poco con el viento, y siempre que esto ocurría, las banderas rojas, blancas y azules que había delante de todas las casas se tensaban y decían "tut-tut-tut-tut", en tono de desaprobación.

La mayor de las pancartas y el mayor de los céspedes pertenecía a la casa de Daisy Fay. Tenía sólo dieciocho años, dos más que yo, y era, con mucho, la más popular de todas las jóvenes de Louisville. Vestía de blanco y tenía un pequeño roadster blanco, y durante todo el día el teléfono sonaba en su casa y los excitados jóvenes oficiales de Camp Taylor exigían el privilegio de acaparar su atención esa noche. "¡Como sea, por una hora!"

Cuando llegué frente a su casa aquella mañana, su roadster blanco estaba al lado de la acera, y ella estaba sentada en él con un teniente que nunca había visto antes. Estaban tan absortos el uno en el otro que ella no me vio hasta que estuve a metro y medio.

"Hola, Jordan", llamó inesperadamente. "Por favor, ven aquí".

Me sentí halagada de que quisiera hablar conmigo, porque de todas las chicas mayores era la que más admiraba. Me preguntó si iba a ir a la Cruz

Roja a hacer vendajes. Sí, lo iba a hacer. Entonces, ¿les diría que ella no podía ir ese día? El oficial miró a Daisy mientras ella hablaba, de una manera que toda joven quiere que la miren alguna vez, y como me pareció romántico he recordado el incidente desde entonces. Se llamaba Jay Gatsby, y no volví a poner los ojos en él durante más de cuatro años; incluso después de haberlo conocido en Long Island no me di cuenta de que era el mismo hombre.

Eso fue en mil novecientos diecisiete. Al año siguiente, yo ya tenía unos cuantos pretendientes y empecé a jugar en torneos, así que no veía a Daisy muy a menudo. Ella iba con un grupo un poco mayor, cuando iba con alguien. Circulaban rumores sobre ella, como que su madre la había encontrado haciendo la maleta una noche de invierno para ir a Nueva York a despedirse de un soldado que se iba al extranjero. Se lo impidieron, pero no se habló con su familia durante varias semanas. Después de eso, no volvió a juguetear con los soldados, sino sólo con unos cuantos jóvenes de la ciudad, de pies planos y cortos de miras, que no consiguieron entrar en el ejército.

En el otoño siguiente volvió a ser feliz, tan feliz como siempre. Tuvo un debut en sociedad después del armisticio, y en febrero se comprometió presumiblemente con un hombre de Nueva Orleans. En junio se casó con Tom Buchanan de Chicago, con más pompa y ceremonia de lo que Louisville había conocido nunca. Vino con cien personas en cuatro coches privados, y alquiló toda una planta del Hotel Muhlbach, y el día antes de la boda le regaló un collar de perlas valorado en trescientos cincuenta mil dólares.

Yo era la dama de honor. Entré en su habitación media hora antes de la cena nupcial y la encontré tumbada en su cama, tan encantadora como la noche de junio, con su vestido floreado, y tan borracha como un mono. Tenía una botella de Sauterne en una mano y una carta en la otra.

"Congratulame", murmuró. "Nunca he bebido antes, pero oh, cómo lo disfruto".

"¿Qué pasa, Daisy?"

Estaba asustada, te lo aseguro; nunca había visto a una chica así.

"Toma, querida". Rebuscó en una papelera que tenía sobre la cama y sacó el collar de perlas. Llévalas abajo y devuélveselas a quien sea que pertenez-

can. Diles que Daisy cambió de opinión. Di: "¡Daisy ha cambiado su opinión"

Empezó a llorar, lloró y lloró. Salí corriendo a buscar a la criada de su madre, cerramos la puerta y la metimos en un baño frío. No quería soltar la carta. La metió en la bañera y la hizo una bola húmeda, y sólo me dejó dejarla en la jabonera cuando vio que se hacía pedazos como la nieve.

Pero no dijo nada más. Le proporcionamos alcohol de amoníaco y le pusimos hielo en la frente y la volvimos a colocar en su vestido, y media hora después, cuando salimos de la habitación, las perlas estaban alrededor de su cuello y el incidente había terminado. Al día siguiente, a las cinco, se casó con Tom Buchanan sin ni siquiera temblar, y emprendió un viaje de tres meses a los Mares del Sur.

Los vi en Santa Bárbara cuando volvieron, y pensé que nunca había visto a una chica tan loca por su marido. Si él salía de la habitación durante un minuto, ella miraba a su alrededor con inquietud y decía: "¿Adónde ha ido Tom?", y ponía la expresión más abstraída hasta que lo veía entrar por la puerta. Ella solía sentarse en la arena con la cabeza de él en su regazo por la hora, frotando sus dedos sobre sus ojos y mirándolo con insondable deleite. Era conmovedor verlos juntos; te hacía sonreír de una manera silenciosa y fascinada. Eso fue en agosto. Una semana después de dejar Santa Bárbara, Tom chocó una noche con un carro en la carretera de Ventura y arrancó una rueda delantera de su coche. La chica que iba con él también salió en los periódicos, porque se rompió el brazo; era una de las camareras del Hotel Santa Bárbara.

En abril del año siguiente, Daisy tuvo a su hija, y se fueron a Francia durante un año. Los vi una primavera en Cannes, y más tarde en Deauville, y luego volvieron a Chicago para establecerse. Daisy era muy popular en Chicago, como sabes. Se movían con una multitud acelerada, todos ellos jóvenes y ricos y salvajes, pero ella salió con una reputación absolutamente perfecta. Quizá porque no bebe. Es una gran ventaja no beber entre gente que bebe mucho. Puedes contener la lengua y, además, puedes cronometrar cualquier pequeña irregularidad tuya de modo que todos los demás están tan ciegos que no ven ni les importa. Tal vez Daisy nunca se interesó por el amor, y sin embargo hay algo en su voz. . . .

Bueno, hace unas seis semanas, escuchó el nombre de Gatsby por primera vez en años. Fue cuando le pregunté -¿lo recuerda? - si conocía a Gatsby en West Egg. Después de que te hubieras ido a casa, ella entró en mi habitación y me despertó, y dijo: "¿Qué Gatsby?" y cuando lo describí -estaba medio dormida- dijo con la más extraña voz que debía ser el hombre que solía conocer. No fue hasta entonces que relacioné a este Gatsby con el oficial de su coche blanco.

Cuando Jordan Baker terminó de contar todo esto, habíamos dejado el Plaza durante media hora y estábamos conduciendo en una victoria a través de Central Park. El sol se había puesto detrás de los altos apartamentos de las estrellas de cine en el West Fifties, y las claras voces de los niños, ya reunidos como grillos en la hierba, se elevaban a través del caluroso crepúsculo:

"Soy el jeque de Arabia.

Tu amor me pertenece.

Por la noche, cuando estés dormida

En tu carpa me arrastraré..."

"Fue una extraña coincidencia", dije.

"Pero no fue una coincidencia en absoluto".

"¿Por qué no?"

"Gatsby compró esa casa de modo que Daisy estuviera al otro lado de la bahía".

Entonces no habían sido sólo las estrellas a las que había ascendido en aquella noche de junio. Entonces Gatsby cobró vida para mí, liberado de repente del vientre de su esplendor sin finalidad.

"Quiere saber", continuó Jordán, "si invitarías a Daisy a tu casa alguna tarde y luego le permitieses a Gatsby venir".

La modestia de la petición me estremeció. Había esperado cinco años y había comprado una mansión en la que dispensaba la luz de las estrellas a las polillas casuales, para poder "venir" alguna tarde al jardín de un extraño.

"¿Tenía que saber todo eso para que me pidiera una cosa tan insignificante?"

"Tiene miedo, ha esperado tanto tiempo. Pensó que podrías ofenderte. Ya ves, en el fondo es un tipo duro".

Algo me preocupó.

"¿Por qué no te pidió que organizaras una reunión?"

" Él quiere que ella vea su casa ", explicó. "Y tu casa está justo al lado".

"¡Oh!"

"Creo que él esperaba que ella fuera a una de sus fiestas, alguna noche", continuó Jordan, "pero nunca lo hizo. Entonces empezó a preguntar a la gente casualmente si la conocían, y yo fui la primera que encontró. Fue esa noche cuando me mandó llamar a su baile, y tendrías que haber oído la forma tan elaborada en que lo hizo. Por supuesto, inmediatamente sugerí un almuerzo en Nueva York, y pensé que se volvería loco:

"'¡No quiero hacer nada extraño!', repetía. 'Quiero verla justo al lado'.

"Cuando le dije que era un amigo particular de Tom, empezó a abandonar toda la idea. No sabe mucho sobre Tom, aunque dice que ha leído un periódico de Chicago durante años sólo por la posibilidad de vislumbrar el nombre de Daisy".

Ya era de noche, y mientras nos sumergíamos bajo un pequeño puente, pasé el brazo por el hombro dorado de Jordan, la atraje hacia mí y la invité a cenar. De repente, ya no pensaba en Daisy y Gatsby, sino en esta persona limpia, dura y limitada, que trataba con escepticismo universal, y que se inclinaba alegremente hacia atrás justo dentro del círculo de mi brazo. Una frase comenzó a latir en mis oídos con una especie de excitación embriagadora: "Sólo existen los perseguidos, los que persiguen, los ocupados y los cansados".

"Y Daisy debería tener algo en su vida", me murmuró Jordan.

"¿Quiere ver a Gatsby?"

"Ella no debe saberlo. Gatsby no quiere que lo sepa. Sólo debe invitarla a tomar el té".

Pasamos una barrera de árboles oscuros, y luego la fachada de la calle Cincuenta y Nueve, un bloque de delicada luz pálida, se asomó al parque. A diferencia de Gatsby y Tom Buchanan, yo no tenía ninguna chica cuyo rostro incorpóreo flotara a lo largo de las cornisas oscuras y los letreros cegadores, por lo que atraje a la chica a mi lado, apretando los brazos. Su boca pálida y desdeñosa sonrió, y entonces la acerqué de nuevo, esta vez a mi cara.

Capítulo V

Cuando llegué a casa, a West Egg, aquella noche, temí por un momento que mi casa estuviera en llamas. Eran las dos de la tarde y todo el rincón de la península ardía de luz, que caía irreal sobre los arbustos y producía finos destellos alargados sobre los cables del borde de la carretera. Al doblar una esquina, vi que era la casa de Gatsby, iluminada desde la torre hasta el sótano.

Al principio creí que se trataba de otra fiesta, de un alboroto que se había resuelto en un "escondite" o "sardinas en la caja" con toda la casa abierta al juego. Pero no se oía nada. Sólo el viento en los árboles, que movía los cables y hacía que las luces se apagaran y se encendieran como si la casa hubiera hecho un guiño a la oscuridad. Mientras mi taxi se alejaba, vi a Gatsby caminando hacia mí a través de su césped.

"Tu casa parece la Feria Mundial", le dije.

"¿Ah, sí?" Volvió los ojos hacia ella distraídamente. "He estado echando un vistazo a algunas de las habitaciones. Vamos a Coney Island, viejo amigo. En mi coche".

"Es demasiado tarde".

"Bueno, supongamos que nos damos un chapuzón en la piscina. No he hecho uso de ella en todo el verano".

"Tengo que ir a la cama."

"De acuerdo".

Esperó, mirándome con reprimida impaciencia.

"He hablado con la señorita Baker", dije después de un momento. "Voy a llamar a Daisy mañana y la invitaré a tomar el té aquí".

"Oh, eso está bien", dijo sin cuidado. "No quiero causarte ninguna molestia".

"¿Qué día te vendría bien?"

"¿Qué día te conviene?", me corrigió rápidamente. "No quiero ponerte en ningún aprieto, ya ves".

"¿Qué tal pasado mañana?"

Se lo pensó un momento. Luego, con reticencia:

"Quiero cortar el césped", dijo.

Los dos miramos la hierba: había una línea nítida en la que terminaba mi césped desgarrado y comenzaba la extensión más oscura y bien cuidada del suyo. Sospeché que se refería a mi césped.

"Hay otra cosita", dijo inseguro, y dudó.

"¿Prefieres dejarlo para dentro de unos días?" le pregunté.

"Oh, no se trata de eso. Al menos... Tanteó con una serie de comienzos. "Por qué, pensé-por qué, mira aquí, viejo amigo, no ganas mucho dinero, ¿verdad?"

"No mucho".

Esto pareció tranquilizarlo y continuó con más confianza.

"Pensé que no, si me perdonas... verás, tengo un pequeño negocio aparte, una especie de línea lateral, entiendes. Y pensé que si no ganabas mucho... Estás vendiendo bonos, ¿no es así, viejo amigo?"

"Lo intento."

"Bueno, esto te interesaría. No te quitaría mucho tiempo y podrías ganar un buen dinero. Resulta que es una cosa bastante confidencial".

Ahora me doy cuenta de que en otras circunstancias esa conversación podría haber sido una de las crisis de mi vida. Pero, como la oferta era obviamente y con poco tacto por un servicio a prestar, no tuve más remedio que cortarle ahí.

"Tengo las manos ocupadas", le dije. " Estoy muy agradecido, pero no podría aceptar más trabajo".

"No tendrías que hacer ningún negocio con Wolfshiem". Evidentemente, pensó que yo estaba rehuyendo las "connegsiones" mencionadas en el almuerzo, pero le aseguré que estaba equivocado. Esperó un momento más, con la esperanza de que yo iniciara una conversación, pero yo estaba demasiado absorto como para responder, así que se fue a casa de mala gana.

La noche me había dejado aturdido y feliz; creo que entré en un profundo sueño al entrar por la puerta de mi casa. Así que no sé si Gatsby fue o no a Coney Island, ni durante cuántas horas "echó un vistazo a las habitaciones" mientras su casa brillaba llamativamente. A la mañana siguiente llamé a Daisy desde la oficina y la invité a venir a tomar el té.

"No traigas a Tom", le advertí.

"¿Qué?"

"No traigas a Tom".

"¿Quién es 'Tom'?", preguntó inocentemente.

El día acordado llovía a cántaros. A las once, un hombre con gabardina, arrastrando una cortadora de césped, llamó a la puerta de mi casa y dijo que el señor Gatsby lo había enviado a cortar mi césped. Esto me recordó que había olvidado decirle a mi ayudante finlandesa que volviera, así que conduje hasta West Egg Village para buscarla entre las empapadas callejuelas encaladas y para comprar algunas tazas, limones y flores.

Las flores fueron innecesarias, pues a las dos llegó un invernadero de Gatsby's, con innumerables recipientes para contenerlo. Una hora más tarde, la puerta principal se abrió nerviosamente, y Gatsby, con un traje de fra-

nela blanco, camisa plateada y corbata dorada, entró a toda prisa. Estaba pálido, y había oscuros signos de insomnio bajo sus ojos.

"¿Está todo bien?", preguntó inmediatamente.

"La hierba parece estar bien, si a eso te refieres".

"¿Qué hierba?", preguntó sin comprender. "Oh, la hierba del patio". Miró por la ventana, pero, a juzgar por su expresión, no creo que haya visto nada.

"Tiene muy buena pinta", comentó vagamente. "Uno de los periódicos dijo que creía que la lluvia cesaría hacia las cuatro. Creo que era The Journal. ¿Tienes todo lo que necesitas para el té?"

Lo llevé a la despensa, donde miró con un poco de reproche a la finlandesa. Juntos escudriñamos los doce pasteles de limón de la tienda de productos delicatessen.

"¿Servirán?" pregunté.

"¡Por supuesto, por supuesto! Están bien", y añadió con voz hueca: "El viejo deporte".

La lluvia se había calmado hacia las tres y media hasta convertirse en una niebla húmeda, a través de la cual ocasionales gotas finas nadaban como el rocío. Gatsby miraba con ojos vacíos a través de un ejemplar de "Economía" de Clay, arrancando a la pisada finlandesa que sacudía el suelo de la cocina, y asomándose de vez en cuando a las ventanas ennegrecidas como si una serie de sucesos invisibles pero alarmantes estuvieran ocurriendo fuera. Finalmente se levantó y me informó, con voz insegura, de que se iba a casa.

"¿Por qué?"

"Nadie va a venir a tomar el té. Es demasiado tarde". Miró su reloj como si hubiera alguna demanda urgente de su tiempo en otro lugar. "No puedo esperar todo el día".

"No seas tonto; sólo faltan dos minutos para las cuatro".

Se sentó miserablemente, como si yo le hubiera empujado, y simultáneamente se oyó el sonido de un motor que giraba hacia mi carril. Los dos nos levantamos de un salto y, un poco contrariado, salí al patio.

Bajo los árboles de lilas desnudas, un gran coche abierto se acercaba a la entrada. Se detuvo. La cara de Daisy, inclinada de lado bajo un sombrero lavanda de tres picos, me miró con una brillante sonrisa de éxtasis.

"¿Es aquí donde vives, mi querido?"

La estimulante ondulación de su voz era un tónico salvaje en la lluvia. Tuve que seguir su sonido durante un momento, arriba y abajo, sólo con el oído, antes de que me llegara alguna palabra. Un mechón de pelo húmedo se extendía como una mancha de pintura azul sobre su mejilla, y su mano estaba mojada con gotas brillantes cuando la cogí para ayudarla a salir del coche.

"¿Estás enamorado de mí?", me dijo en voz baja al oído, "¿o por qué he tenido que venir sola?".

"Ese es el secreto de Castle Rackrent. Dile a tu chófer que se vaya lejos y que pase una hora".

"Vuelve en una hora, Ferdie". Luego, en un murmullo grave: "Se llama Ferdie".

"¿La gasolina le afecta a la nariz?"

"No lo creo", dijo inocentemente. "¿Por qué?"

Entramos. Para mi abrumadora sorpresa, el salón estaba desierto.

"Qué curioso", exclamé.

"¿Qué es lo gracioso?"

Ella giró la cabeza cuando se oyeron unos ligeros y dignos golpes en la puerta principal. Salí y la abrí. Gatsby, pálido como la muerte, con las manos metidas como pesas en los bolsillos del abrigo, estaba de pie en un charco de agua mirándome trágicamente a los ojos.

Con las manos aún en los bolsillos del abrigo, pasó junto a mí por el vestíbulo, se giró bruscamente como si estuviera en un alambre y desapareció en el salón. No me hizo ninguna gracia. Consciente de los fuertes latidos de mi propio corazón, cerré la puerta contra la creciente lluvia.

Durante medio minuto no se oyó nada. Luego, desde el salón, oí una especie de murmullo ahogado y parte de una carcajada, seguida de la voz de

Daisy con una clara nota artificial:

"Me alegro mucho de volver a verte".

Una pausa; aguantó horriblemente. No tenía nada que hacer en el vestíbulo, así que entré en la habitación.

Gatsby, con las manos aún en los bolsillos, estaba recostado contra la repisa de la chimenea en una esforzada falsificación de perfecta tranquilidad, incluso de aburrimiento. Su cabeza estaba tan inclinada hacia atrás que se apoyaba en la esfera de un antiguo reloj de la chimenea, y desde esta posición sus ojos angustiados miraban a Daisy, que estaba sentada, temerosa pero elegante, en el borde de una silla rígida.

"Nos hemos visto antes", murmuró Gatsby. Sus ojos me miraron momentáneamente, y sus labios se separaron con un intento fallido de sonrisa. Por suerte, el reloj aprovechó este momento para inclinarse peligrosamente ante la presión de su cabeza, con lo cual se volvió y lo cogió con dedos temblorosos, y lo volvió a colocar en su sitio. Luego se sentó, rígido, con el codo apoyado en el brazo del sofá y la barbilla en la mano.

"Siento lo del reloj", dijo.

Mi propia cara había adquirido una profunda quemadura de color tropical. No pude reunir un solo lugar común de los mil que tenía en la cabeza.

"Es un reloj antiguo", les dije de forma idiota.

Creo que todos creímos por un momento que se había hecho pedazos en el suelo.

"Hace muchos años que no nos vemos", dijo Daisy, con la voz más seria posible.

"El próximo noviembre se cumplirán cinco años".

La cualidad automática de la respuesta de Gatsby nos hizo retroceder a todos por lo menos un minuto más. Los puse en pie con la desesperada sugerencia de que me ayudaran a preparar el té en la cocina cuando la demoníaca finlandesa lo trajo en una bandeja.

En medio de la bienvenida confusión de tazas y pasteles se estableció una cierta dignidad física. Gatsby se puso a la sombra y, mientras Daisy y yo hablábamos, nos miraba concienzudamente de uno a otro con ojos tensos y

poco felices. Sin embargo, como la calma no era un fin en sí mismo, me excusé en el primer momento posible y me puse en pie.

" ¿A dónde vas?", preguntó Gatsby alarmado de inmediato.

"Ya vuelvo".

"Tengo que hablarte de algo antes de que te vayas".

Me siguió salvajemente hasta la cocina, cerró la puerta y susurró: "¡Oh, Dios!" de forma miserable.

"¿Qué pasa?"

"Es un terrible error", dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro, "un terrible, terrible error".

"Estás avergonzado, eso es todo", y por suerte añadí: "Daisy también está avergonzada".

"¿Ella está avergonzada?", repitió incrédulo.

"Tanto como tú".

"No hables tan alto".

"Te estás comportando como un niño pequeño", solté impaciente. "No sólo eso, sino que eres un maleducado. Daisy está sentada ahí sola".

Levantó la mano para detener mis palabras, me miró con un reproche inolvidable y, abriendo la puerta con cautela, volvió a entrar en la otra habitación.

Salí por la parte de atrás -tal como lo había hecho Gatsby cuando había hecho su nervioso circuito por la casa media hora antes- y corrí hacia un enorme árbol de nudos negros, cuyas hojas en masa formaban un entramado contra la lluvia. Una vez más llovía a cántaros, y mi irregular césped, bien afeitado por el jardinero de Gatsby, abundaba en pequeños pantanos fangosos y ciénagas de la prehistoria. No había nada que mirar desde debajo del árbol, excepto la enorme casa de Gatsby, así que me quedé mirándola, como Kant al campanario de su iglesia, durante media hora. Un cervecero la había construido al inicio de la moda de la "época", una década antes, y se contaba que había acordado pagar los impuestos de cinco años de todas las casas de campo vecinas si los propietarios hacían que sus tejados tuvieran paja.

Tal vez la negativa de los propietarios le quitó el ánimo a su plan de fundar una familia, y entró en un declive inmediato. Sus hijos vendieron su casa con la corona negra aún en la puerta. Los americanos, aunque dispuestos, incluso deseosos, de ser siervos, siempre se han obstinado en ser campesinos.

Al cabo de media hora, el sol volvió a brillar, y el automóvil del tendero rodeó el camino de Gatsby con la mercancía para la cena de sus sirvientes; estaba seguro de que no comería ni una cucharada. Una criada comenzó a abrir las ventanas superiores de su casa, apareció momentáneamente en cada una de ellas y, asomándose desde el gran vano central, escupió meditabundamente hacia el jardín. Ya era hora de que volviera. Mientras continuaba la lluvia había parecido el murmullo de sus voces, que se elevaba y se hinchaba un poco de vez en cuando con ráfagas de emoción. Pero en el nuevo silencio sentí que el silencio había caído también dentro de la casa.

Entré -después de hacer todo el ruido posible en la cocina, menos empujar la estufa-, pero no creo que hayan oído ningún ruido. Estaban sentados a ambos lados del sofá, mirándose como si se hubieran hecho alguna pregunta, o estuvieran en el aire, y todo vestigio de vergüenza había desaparecido. La cara de Daisy estaba manchada de lágrimas, y cuando entré se levantó de un salto y empezó a limpiársela con el pañuelo ante un espejo. Pero hubo un cambio en Gatsby que fue sencillamente desconcertante. Literalmente brillaba; sin una palabra o un gesto de exultación, un nuevo bienestar irradiaba de él y llenaba la pequeña habitación.

"Oh, hola, viejo amigo", dijo, como si no me hubiera visto en años. Por un momento pensé que iba a darme la mano.

"Ha dejado de llover".

"¿Ha dejado de llover?" Cuando se dio cuenta de lo que estaba hablando, de que había destellos de sol en la habitación, sonrió como un hombre del tiempo, como un patrón extático de la luz recurrente, y repitió la noticia a Daisy. "¿Qué te parece? Ha dejado de llover".

"Me alegro, Jay". Su garganta, llena de belleza doliente y afligida, sólo hablaba de su inesperada alegría.

"Quiero que tú y Daisy vengáis a mi casa", dijo, "me gustaría enseñarle la casa".

"¿Estás seguro de que quieres que vaya?"

"Absolutamente, viejo amigo".

Daisy subió a lavarse la cara -demasiado tarde pensé con vergüenza en mis toallas- mientras Gatsby y yo esperábamos en el césped.

"Mi casa tiene buen aspecto, ¿verdad?", preguntó. "Mira cómo toda la fachada capta la luz".

Estuve de acuerdo en que era espléndida.

"Sí". Sus ojos la recorrieron, cada puerta arqueada y cada torre cuadrada. "Me llevó sólo tres años ganar el dinero que la compró".

"Pensé que habías heredado tu dinero".

"Sí, viejo amigo", dijo automáticamente, "pero perdí la mayor parte en el gran pánico, el pánico de la guerra".

Creo que apenas sabía lo que estaba diciendo, porque cuando le pregunté en qué negocio estaba, respondió: "Eso es cosa mía", antes de darse cuenta de que no era una respuesta apropiada.

"Oh, he estado en varias cosas", se corrigió. "Estuve en el negocio de la droga y luego en el del petróleo. Pero ahora no estoy en ninguno". Me miró con más atención. "¿Quieres decir que has estado pensando en lo que te propuse la otra noche?"

Antes de que pudiera responder, Daisy salió de la casa y dos hileras de botones de latón de su vestido brillaron a la luz del sol.

"¿Ese lugar enorme de ahí?", gritó señalando.

"¿Te gusta?"

"Me encanta, pero no entiendo cómo puedes vivir allí solo".

"Lo mantengo siempre lleno de gente interesante, de noche y de día. Gente que hace cosas interesantes. Gente célebre".

En lugar de tomar el atajo a lo largo del estrecho, bajamos a la carretera y entramos por el gran poste. Con encantadores murmullos, Daisy admiraba este aspecto o aquel de la silueta feudal contra el cielo, admiraba los jardines, el olor chispeante de los junquillos y el olor espumoso de las flores de espino y ciruelo y el olor a oro pálido de "bésame en la puerta". Era extraño

llegar a los escalones de mármol y no encontrar ningún movimiento de vestidos brillantes dentro y fuera de la puerta, y no oír más sonido que las voces de los pájaros en los árboles.

Y en el interior, mientras paseábamos por las salas de música de María Antonieta y los salones de la Restauración, me pareció que había invitados ocultos detrás de cada sofá y mesa, con órdenes de guardar un silencioso silencio hasta que hubiéramos pasado. Cuando Gatsby cerró la puerta de la "Biblioteca del Merton College", habría jurado que oí al hombre de los ojos de búho soltar una risa fantasmal.

Subimos las escaleras, a través de dormitorios de época envueltos en seda rosa y lavanda y llenos de flores nuevas, a través de vestuarios y salas de billar, y baños con bañeras hundidas, entrando en una habitación donde un hombre desaliñado en pijama estaba haciendo ejercicios para el hígado en el suelo. Era el señor Klipspringer, el "huésped". Lo había visto deambular hambriento por la playa esa mañana. Finalmente llegamos al propio apartamento de Gatsby, un dormitorio y un baño, y un estudio de tipo Adán, donde nos sentamos y bebimos un vaso de un poco de Chartreuse que sacó de un armario en la pared.

No había dejado de mirar a Daisy ni una sola vez, y creo que revalorizaba todo lo que había en su casa en función de la medida de la respuesta que suscitaba en sus bien amados ojos. A veces, también, miraba aturdido sus posesiones, como si en su presencia real y asombrosa nada fuera ya real. Una vez estuvo a punto de caerse por las escaleras.

Su dormitorio era la habitación más sencilla de todas, salvo que la cómoda estaba adornada con un juego de tocador de oro puro y mate. Daisy cogió el cepillo con deleite y se alisó el pelo, tras lo cual Gatsby se sentó, se sombreó los ojos y empezó a reír.

"Es la cosa más divertida, viejo amigo", dijo divertido. "No puedo... cuando intento..."

Había pasado visiblemente por dos estados y estaba entrando en un tercero. Después de su vergüenza y de su alegría desmedida, le consumía el asombro por su presencia. Había estado con la idea durante mucho tiempo, la había soñado hasta el final, había esperado con los dientes puestos, por

así decirlo, en un nivel de tensión inconcebible. Ahora, con la reacción, estaba corriendo como un reloj de cuerda.

Al recuperarse en un minuto, abrió para nosotros dos enormes armarios de cristal que contenían sus trajes, batas y corbatas, y sus camisas, apiladas como ladrillos en pilas de una docena de alturas.

"Tengo un hombre en Inglaterra que me compra ropa. Me envía una selección de cosas al principio de cada temporada, primavera y otoño".

Sacó una pila de camisas y comenzó a arrojarlas, una por una, ante nosotros, camisas de lino puro y seda gruesa y franela fina, que perdían sus pliegues al caer y cubrían la mesa en un desorden de muchos colores. Mientras nosotros admirábamos, él traía más y el rico y suave montón aumentaba: camisas con rayas y volutas y cuadros en coral y verde manzana y lavanda y naranja tenue, con monogramas de azul indio. De repente, con un sonido tenso, Daisy agachó la cabeza hacia las camisas y empezó a llorar con fuerza.

"Son unas camisas tan bonitas", sollozó, con la voz apagada en los gruesos pliegues. "Me entristece porque nunca había visto unas camisas tan bonitas".

Después de la casa, íbamos a ver los terrenos y la piscina, y el hidroavión y las flores de verano, pero por la ventana de Gatsby empezó a llover de nuevo, así que nos quedamos en fila mirando la superficie ondulada del estrecho.

"Si no fuera por la niebla, podríamos ver tu casa al otro lado de la bahía", dijo Gatsby. "Siempre tienes una luz verde que arde toda la noche al final de tu muelle".

Daisy pasó su brazo por el de él bruscamente, pero él parecía absorto en lo que acababa de decir. Posiblemente se le había ocurrido que la colosal importancia de esa luz se había desvanecido ahora para siempre. En comparación con la gran distancia que le había separado de Daisy, le había parecido muy cercana, casi tocándola. Había parecido tan cercana como una estrella a la luna. Ahora era de nuevo una luz verde en un muelle. Su número de objetos encantados había disminuido en uno.

Empecé a pasear por la habitación, examinando varios objetos indeterminados en la media oscuridad. Me atrajo una gran fotografía de un hombre

mayor en traje de marinero, colgada en la pared sobre su escritorio.

"¿Quién es éste?"

"¿Eso? Es el Sr. Dan Cody, viejo amigo".

El nombre me resultaba ligeramente familiar.

"Ahora está muerto. Solía ser mi mejor amigo hace años".

Había una pequeña foto de Gatsby, también en traje de yate, sobre el escritorio -Gatsby con la cabeza echada hacia atrás desafiantemente-, tomada al parecer cuando tenía unos dieciocho años.

"Lo adoro", exclamó Daisy. "¡El peinado tipo tupé! Nunca me dijiste que tenías un tupé... o un yate".

"Mira esto", dijo Gatsby rápidamente. "Aquí hay un montón de recortes... sobre ti".

Se pusieron uno al lado del otro examinándolo. Iba a pedir ver los rubíes cuando sonó el teléfono y Gatsby cogió el auricular.

"Sí. . . . Bueno, ahora no puedo hablar. . . . No puedo hablar ahora, viejo amigo. . . . Dije un pueblo pequeño. . . . Debe saber lo que es un pueblo pequeño. . . . Bueno, no nos sirve si Detroit es su idea de una ciudad pequeña. . . . ." Se marchó.

"¡Vengan rápido!" gritó Daisy en la ventana.

La lluvia seguía cayendo, pero la oscuridad se había separado en el oeste, y había un oleaje rosado y dorado de nubes espumosas sobre el mar.

"Mira eso", susurró, y después de un momento: "Me gustaría coger una de esas nubes rosas y meterte en ella y empujarte".

Intenté entonces marcharme, pero no quisieron ni oírlo; tal vez mi presencia les hacía sentirse más satisfactoriamente solos.

"Ya sé lo que haremos", dijo Gatsby, "haremos que Klipspringer toque el piano".

Salió de la habitación llamando a "¡Ewing!" y regresó a los pocos minutos acompañado de un joven avergonzado y algo ajado, con gafas de montura de concha y escaso pelo rubio. Ahora estaba decentemente vestido con

una "camisa deportiva", abierta en el cuello, zapatillas deportivas y pantalones de pato de un tono nebuloso.

"¿Interrumpimos sus ejercicios?", preguntó Daisy amablemente.

"Estaba dormido", gritó el señor Klipspringer, en un espasmo de vergüenza. "Es decir, había estado durmiendo. Luego me levanté..."

"Klipspringer toca el piano", dijo Gatsby, cortándolo. "¿No es así, Ewing, viejo amigo?"

"No toco bien. Apenas toco. No tengo práctica..."

"Bajaremos las escaleras", interrumpió Gatsby. Accionó un interruptor. Las ventanas grises desaparecieron y la casa se llenó de luz.

En la sala de música, Gatsby encendió una solitaria lámpara junto al piano. Encendió el cigarrillo de Daisy con una cerilla temblorosa, y se sentó con ella en un sofá situado al otro lado de la habitación, donde no había más luz que la que el suelo reluciente despedía del vestíbulo.

Cuando Klipspringer hubo tocado "El nido de amor", se dio la vuelta en el banco y buscó infelizmente a Gatsby en la penumbra.

"Me he quedado sin práctica, ya ves. Te dije que no podía tocar. Estoy sin práctica..."

"No hables tanto, viejo amigo", le ordenó Gatsby. " ¡Toca!"

"Por la mañana,

Por la noche,

¿No nos divertimos...?"

Afuera el viento era fuerte y había un débil fluir de truenos a lo largo del Estrecho. Todas las luces estaban encendidas en West Egg; los trenes eléctricos, que transportaban hombres, volvían a casa a través de la lluvia desde Nueva York. Era la hora de un profundo intercambio humano, y la excitación se generaba en el aire.

"Una cosa es segura y nada es más seguro

Los ricos se hacen más ricos y los pobres se hacen niños.

Mientras tanto,

Mientras tanto-"

Cuando me acerqué a despedirme, vi que la expresión de desconcierto había vuelto a aparecer en el rostro de Gatsby, como si se le hubiera presentado una leve duda sobre la naturaleza de su felicidad actual. ¡Casi cinco años! Debió de haber momentos, incluso aquella tarde, en los que Daisy se alejó de sus sueños, no por su propia culpa, sino por la colosal vitalidad de su ilusión. Había ido más allá de ella, más allá de todo. Se había volcado en ella con una pasión creativa, añadiéndole continuamente, adornándola con todas las plumas brillantes que le salían al paso. Ninguna cantidad de fuego o frescura puede desafiar lo que un hombre puede almacenar en su corazón fantasmal.

Mientras la observaba, se acomodó un poco, visiblemente. Su mano se aferró a la de ella, y cuando ella le dijo algo en voz baja al oído, se volvió hacia ella con una ráfaga de emoción. Creo que esa voz fue la que más lo retuvo, con su calor fluctuante y febril, porque no se podía soñar demasiado: esa voz era una canción sin muerte.

Se habían olvidado de mí, pero Daisy levantó la vista y me tendió la mano; Gatsby no me reconocía ahora en absoluto. Los miré una vez más y ellos me devolvieron la mirada, remotamente, poseídos por una intensa vivacidad. Entonces salí de la habitación y bajé los escalones de mármol hacia la lluvia, dejándolos allí juntos.

CAPÍTULO VI

Por aquel entonces, un joven y ambicioso reportero de Nueva York llegó una mañana a la puerta de Gatsby y le preguntó si tenía algo que decir.

"¿Algo que decir sobre qué?", preguntó Gatsby cortésmente.

"Por qué: cualquier declaración que dar".

Tras cinco minutos de confusión, se supo que el hombre había escuchado el nombre de Gatsby en su oficina con una relación que, o bien no quería revelar, o bien no entendía del todo. Era su día libre y con loable iniciativa se había apresurado a salir "a ver".

Fue una toma al azar y, sin embargo, el instinto del reportero era correcto. La notoriedad de Gatsby, difundida por los centenares de personas que habían aceptado su hospitalidad y se habían convertido así en expertos en su pasado, había ido aumentando durante todo el verano hasta quedarse a las puertas de ser noticia. Leyendas contemporáneas como la de la "tubería subterránea a Canadá" se vincularon a él, y hubo una historia persistente de que no vivía en una casa, sino en un barco que parecía una casa y que se movía en secreto por la costa de Long Island. No es fácil decir por qué estos inventos eran una fuente de satisfacción para James Gatz, de Dakota del Norte.

James Gatz era realmente, o al menos legalmente, su nombre. Se lo había cambiado a la edad de diecisiete años y en el momento concreto que presenció el inicio de su carrera: cuando vio cómo el yate de Dan Cody echaba el ancla sobre el llano más insidioso del lago Superior. Era James Gatz quien

había estado holgazaneando por la playa aquella tarde con un jersey verde roto y unos pantalones de lona, pero ya era Jay Gatsby quien pidió prestado un bote de remos, se acercó al Tuolomee e informó a Cody de que el viento podría alcanzarle y hacerle pedazos en media hora.

Supongo que ya tenía el nombre preparado desde hacía tiempo, incluso entonces. Sus padres eran unos granjeros vacilantes y sin éxito; su imaginación nunca los había aceptado como sus padres en absoluto. La verdad es que Jay Gatsby de West Egg, Long Island, surgió de su concepción platónica de sí mismo. Era un hijo de Dios -una frase que, si significa algo, significa precisamente eso- y debía dedicarse a los asuntos de su Padre, al servicio de una belleza vasta, vulgar y meretriz. Así que se inventó justo el tipo de Jay Gatsby que un chico de diecisiete años podría inventarse, y a esta concepción fue fiel hasta el final.

Llevaba más de un año abriéndose camino por la orilla sur del lago Superior como pescador de almejas y salmones o en cualquier otra función que le proporcionara comida y cama. Su cuerpo moreno y endurecido vivía con naturalidad el trabajo mitad feroz, mitad perezoso de los días calurosos. Conoció pronto a las mujeres, y como éstas lo consentían, llegó a despreciarlas, a las jóvenes vírgenes por su ignorancia, a las otras por su histeria ante cosas que en su aplastante ensimismamiento daba por supuestas.

Pero su corazón estaba en un constante y turbulento tumulto. Las más grotescas y fantásticas concepciones le perseguían por la noche en su cama. Un universo de inefable extravagancia se desarrollaba en su cerebro mientras el reloj hacía tictac en el lavabo y la luna empapaba con luz húmeda sus ropas enredadas en el suelo. Cada noche aumentaba el patrón de sus fantasías hasta que la somnolencia se cerraba sobre alguna escena vívida con un abrazo inconsciente. Durante un tiempo estos ensueños proporcionaron una salida a su imaginación; eran un indicio satisfactorio de la irrealidad de la realidad, una promesa de que la roca del mundo estaba fundada con seguridad en el ala de un hada.

Un instinto hacia su futura gloria le había llevado, unos meses antes, al pequeño colegio luterano de St. Olaf, en el norte de Minnesota. Permaneció allí dos semanas, consternado por su feroz indiferencia hacia los tambores de su destino, hacia el destino mismo, y despreciando el trabajo de conserje con el que debía pagarse el viaje. Luego volvió a la deriva al Lago Superior,

y todavía estaba buscando algo que hacer el día en que el yate de Dan Cody echó el ancla en los bajíos de la costa.

Cody tenía entonces cincuenta años, un producto de los campos de plata de Nevada, del Yukón, de todas las prisas por el metal desde los setenta y cinco. Las transacciones de cobre de Montana que le hicieron varias veces millonario le encontraron físicamente fuerte pero al borde de la debilidad mental, y, sospechando esto, infinidad de mujeres trataron de separarle de su dinero. Las ramificaciones no demasiado sabrosas por las que Ella Kaye, la mujer del periódico, jugaba con Madame de Maintenon a su debilidad y lo enviaba al mar en un yate, eran propiedad común del periodismo turbio de 1902. Llevaba cinco años navegando por costas demasiado hospitalarias cuando apareció como destino de James Gatz en Little Girl Bay.

Para el joven Gatz, apoyado en sus remos y mirando hacia la cubierta con barandilla, aquel yate representaba toda la belleza y el glamour del mundo. Supongo que le sonrió a Cody; probablemente había descubierto que a la gente le gustaba cuando sonreía. En cualquier caso, Cody le hizo unas cuantas preguntas (una de ellas le sonsacó el flamante nombre) y descubrió que era rápido y extravagantemente ambicioso. Unos días más tarde lo llevó a Duluth y le compró un abrigo azul, seis pantalones de pato blanco y una gorra de yate. Y cuando el Tuolomee partió hacia las Indias Occidentales y la Costa de Berbería, Gatsby partió también.

Se le empleó a título personal y vago: mientras permaneció con Cody, fue a su vez mayordomo, oficial, capitán, secretario e incluso carcelero, pues Dan Cody sobrio sabía las fastuosas acciones que podría llevar a cabo Dan Cody borracho, y previó tales contingencias depositando cada vez más confianza en Gatsby. El acuerdo duró cinco años, durante los cuales el barco dio tres veces la vuelta al continente. Podría haber durado indefinidamente de no ser porque Ella Kaye subió a bordo una noche en Boston y una semana después Dan Cody murió de manera inhóspita.

Recuerdo su retrato en el dormitorio de Gatsby, un hombre gris y florido con un rostro duro y vacío: el libertino pionero que, durante una fase de la vida americana, devolvió a la costa oriental la violencia salvaje de los burdeles y salones de la frontera. Se debió indirectamente a Cody que Gatsby bebiera tan poco. A veces, en el transcurso de las fiestas más alegres, las

mujeres solían frotarle el champán en el pelo; para sí mismo, adquirió el hábito de no beber alcohol.

Y fue de Cody de quien heredó dinero: un legado de veinticinco mil dólares. No lo recibió. Nunca entendió el artilugio legal que se utilizó contra él, pero lo que quedó de los millones fue intacto para Ella Kaye. Se quedó con su educación singularmente apropiada; el vago contorno de Jay Gatsby se había llenado hasta alcanzar la sustancialidad de un hombre.

Todo esto me lo contó mucho más tarde, pero lo he plasmado aquí con la idea de desmentir aquellos primeros rumores descabellados sobre sus antecedentes, que no eran ni remotamente ciertos. Además me lo contó en un momento de confusión, cuando yo había llegado al punto de creer todo y nada sobre él. Así que aproveché este breve parón, mientras Gatsby, por así decirlo, recuperaba el aliento, para despejar este conjunto de ideas erróneas.

Fue un parón, también, en mi relación con sus asuntos. Durante varias semanas no le vi ni oí su voz por teléfono -la mayor parte del tiempo estuve en Nueva York, trotando con Jordan y tratando de congraciarme con su tía anciana-, pero finalmente fui a su casa un domingo por la tarde. No llevaba ni dos minutos allí cuando alguien hizo entrar a Tom Buchanan a tomar una copa. Me sobresalté, naturalmente, pero lo realmente sorprendente fue que no hubiera ocurrido antes.

Se trataba de un grupo de tres personas a caballo: Tom, un hombre llamado Sloane y una bonita mujer con un traje de montar marrón, que ya había estado allí antes.

"Estoy encantado de verte", dijo Gatsby, de pie en su porche. "Estoy encantado de que hayan venido".

¡Como si les importara!

"Siéntense. Tomen un cigarrillo o un puro". Caminó rápidamente por la habitación, haciendo sonar las campanas. "Tendré algo de beber para usted en un minuto".

Estaba profundamente afectado por el hecho de que Tom estuviera allí. Pero de todos modos se sentiría incómodo hasta que les diera algo, comprendiendo de una manera vaga que eso era todo lo que habían venido a buscar. El Sr. Sloane no quería nada. ¿Una limonada? No, gracias. ¿Un poco de champán? Nada en absoluto, gracias. . . . Lo siento...

"¿Tuviste un buen viaje?"

"Muy buenas carreteras por aquí".

"Supongo que los automóviles-"

"Sí".

Movido por un impulso irresistible, Gatsby se volvió hacia Tom, que había aceptado la presentación como un extraño.

"Creo que nos hemos visto antes en algún sitio, señor Buchanan".

"Ah, sí", dijo Tom, bruscamente educado, pero evidentemente sin recordarlo. "Así es. Lo recuerdo muy bien".

"Hace unas dos semanas".

"Así es. Estabas con Nick aquí".

"Conozco a su mujer", continuó Gatsby, casi con agresividad.

"¿Así es?"

Tom se volvió hacia mí.

"¿Vives cerca de aquí, Nick?"

"En la puerta de al lado".

"¿Así es?

El Sr. Sloane no entró en la conversación, sino que se recostó con altivez en su silla; la mujer tampoco dijo nada, hasta que inesperadamente, después de dos tragos, se volvió cordial.

"Vamos todos a su próxima fiesta, señor Gatsby", sugirió. "¿Qué le parece?"

"Por supuesto; estaré encantado de recibirlos".

"Sería muy amable", dijo el Sr. Sloane, sin gratitud. "Bueno, creo que deberíamos empezar a ir a casa".

"Por favor, no se apresuren", les instó Gatsby. Ahora tenía el control de sí mismo, y quería ver más de Tom. "¿Por qué no se quedan a cenar? No me sorprendería que vinieran otras personas de Nueva York".

"Ven a cenar conmigo", dijo la señora con entusiasmo. "Los dos".

Esto me incluía a mí. El señor Sloane se puso en pie.

"Acompáñame", dijo, pero sólo a ella.

"Lo digo en serio", insistió. "Me encantaría tenerte. Hay mucho espacio".

Gatsby me miró interrogativamente. Quería ir, y no veía que el Sr. Sloane había determinado que no debía ir.

"Me temo que no podré", dije.

"Pues venga usted", instó, concentrándose en Gatsby.

El señor Sloane murmuró algo cerca de su oído.

"No llegaremos tarde si empezamos ahora", insistió ella en voz alta.

"No tengo caballo", dijo Gatsby. "Solía montar en el ejército, pero nunca he comprado un caballo. Tendré que seguirte en mi coche. Discúlpenme un momento".

Los demás salimos al porche, donde Sloane y la señora iniciaron una apasionada conversación aparte.

"Dios mío, creo que el hombre viene", dijo Tom. "¿No sabe él que ella no desea que venga?"

"Ella dice que sí lo desea".

"Ella da una gran cena y él no conocerá a nadie allí". Frunció el ceño. "Me pregunto en qué lugar del diablo conoció a Daisy. Por Dios, puede que sea anticuado en mis ideas, pero las mujeres andan demasiado por ahí hoy en día para que me parezca bien. Se encuentran con toda clase de locos".

De repente, el señor Sloane y la señora bajaron los escalones y montaron en sus caballos.

"Vamos", dijo el señor Sloane a Tom, "llegamos tarde. Tenemos que irnos". Y luego a mí: "Dile que no podíamos esperar, ¿quieres?"

Tom y yo nos dimos la mano, los demás intercambiamos una fría inclinación de cabeza, y trotaron rápidamente por el camino, desapareciendo bajo el follaje de agosto justo cuando Gatsby, con sombrero y abrigo ligero en la mano, salía por la puerta principal.

Evidentemente, a Tom le molestó que Daisy anduviera sola, pues el sábado siguiente por la noche acudió con ella a la fiesta de Gatsby. Tal vez su presencia dio a la velada su peculiar cualidad de agobio, que se distingue en mi memoria de las demás fiestas de Gatsby de aquel verano. Había la misma gente, o al menos el mismo tipo de gente, la misma profusión de champán, el mismo alboroto multicolor, pero sentí un malestar en el aire, una dureza penetrante que no había existido antes. O tal vez simplemente me había acostumbrado a ello, a aceptar West Egg como un mundo completo en sí mismo, con sus propias normas y sus propias grandes figuras, secundario porque no tenía conciencia de serlo, y ahora lo estaba viendo de nuevo, a través de los ojos de Daisy. Es siempre triste mirar con ojos nuevos las cosas en las que uno ha invertido su propio esfuerzo de adaptación.

Llegaron al crepúsculo y, mientras paseábamos entre los centenares de estrellas, la voz de Daisy jugaba con sus murmullos en la garganta.

"Estas cosas me emocionan tanto", susurró. "Si quieres besarme en cualquier momento de la noche, Nick, sólo tienes que decírmelo y estaré encantada de organizarlo para ti. Sólo menciona mi nombre. O presenta una tarjeta verde. Estoy dando la tarjeta verde..."

"Mira alrededor", sugirió Gatsby

"Estoy mirando alrededor. Estoy teniendo una experiencia maravillosa..."

"Debes ver las caras de mucha gente de la que has oído hablar".

Los ojos arrogantes de Tom recorrieron la multitud.

"No vamos mucho por ahí", dijo; "de hecho, estaba pensando que no conozco a un alma aquí".

"Tal vez conozcas a esa dama" -Gatsby señaló a una hermosa y apenas humana orquídea de mujer que estaba sentada en estado bajo un árbol de ciruelas blancas. Tom y Daisy se quedaron mirando, con esa sensación peculiarmente irreal que acompaña al reconocimiento de una hasta ahora fantasmal celebridad de las películas.

"Es encantadora", dijo Daisy.

"El hombre que se inclina sobre ella es su director".

Los llevó ceremoniosamente de un grupo a otro:

"La Sra. Buchanan... y el Sr. Buchanan..." Tras un instante de vacilación, añadió: "el jugador de polo".

"Oh no", objetó Tom rápidamente, "yo no".

Pero, evidentemente, el sonido le gustó a Gatsby, porque Tom siguió siendo "el jugador de polo" durante el resto de la velada.

"Nunca he conocido a tantos famosos", exclamó Daisy, "me gustó ese hombre -¿cómo se llamaba?- con esa especie de nariz azul".

Gatsby lo identificó y añadió que era un pequeño productor.

"Bueno, a mí me gustaba de todos modos".

"Prefiero no ser el jugador de polo", dijo Tom agradablemente, "prefiero contemplar a toda esa gente famosa desde el desconocimiento".

Daisy y Gatsby bailaron. Recuerdo que me sorprendió su elegante y conservador fox-trot -nunca lo había visto bailar-. Luego se dirigieron a mi casa y se sentaron en los escalones durante media hora, mientras, a petición de ella, yo permanecía vigilante en el jardín. "Por si hay un incendio o una inundación", explicó ella, "o cualquier acto de Dios".

Tom apareció de su olvido cuando nos sentábamos a cenar juntos. "¿Te importa si como con algunas personas de aquí?", dijo. "Un tipo está haciendo cosas divertidas".

"Adelante", contestó Daisy gentilmente, "y si quieres anotar alguna dirección aquí tienes mi pequeño lápiz de oro". . . . Miró a su alrededor al cabo de un momento y me dijo que la chica era "común pero bonita", y supe que, salvo la media hora que había estado a solas con Gatsby, no lo estaba pasando bien.

Estábamos en una mesa especialmente achispada. Eso era culpa mía -Gatsby había sido llamado por teléfono, y yo había disfrutado de esta misma gente sólo dos semanas antes. Pero lo que me había divertido entonces se volvió séptico en el aire ahora.

"¿Cómo se siente, señorita Baedeker?"

La chica a la que me dirigía intentaba, sin éxito, desplomarse contra mi hombro. Ante esta pregunta se incorporó y abrió los ojos.

"¿Qué?"

Una mujer maciza y aletargada, que había estado instando a Daisy a jugar mañana al golf con ella en el club local, habló en defensa de la señorita Baedeker:

"Oh, ella está bien ahora. Cuando se toma cinco o seis cócteles siempre empieza a gritar así. Le digo que debería dejarlo estar".

"Sí que lo dejo en paz", afirmó el acusado de forma tajante.

"Te oímos gritar, así que le dije a Doc Civet aquí presente: 'Hay alguien que necesita su ayuda, Doc'"

"Está muy agradecida, estoy seguro", dijo otro amigo, sin gratitud, "pero le mojaste el vestido cuando le metiste la cabeza en la piscina".

"Todo lo que odio es que me metan la cabeza en una piscina", murmuró la señorita Baedeker. "Casi me ahogan una vez en Nueva Jersey".

"Entonces debería dejarla en paz", replicó el doctor Civet.

"¡Hable por usted!", gritó violentamente la señorita Baedeker. "Le tiembla la mano. No dejaría que me operara".

Así fue. Lo último que recuerdo es que estaba de pie con Daisy y observaba al director de cine y a su estrella. Seguían bajo el árbol de ciruelas blancas y sus rostros se tocaban, excepto por un pálido y delgado rayo de luz de luna entre ellos. Se me ocurrió que él había estado inclinándose muy lentamente hacia ella durante toda la tarde para lograr esta proximidad, e incluso mientras miraba le vi inclinarse un último grado y besar su mejilla.

"Me gusta", dijo Daisy, "creo que es encantadora".

Pero el resto la ofendió, y con razón, porque no era un gesto sino una emoción. Le horrorizaba West Egg, ese "lugar" sin precedentes que Broadway había engendrado sobre un pueblo pesquero de Long Island; le horrorizaba su crudo dinamismo, que se resentía de los viejos eufemismos, y el destino, demasiado intrusivo, que arreaba a sus habitantes por un atajo de la nada a la nada. Veía algo horrible en la misma sencillez que no entendía.

Me senté con ellos en los escalones de la entrada mientras esperaban el coche. Estaba muy oscuro aquí delante; sólo la brillante puerta enviaba tres metros cuadrados de luz hacia la suave y negra mañana. A veces una som-

bra se movía contra la persiana del vestidor de arriba, y daba paso a otra sombra, a una procesión indefinida de sombras, que se enroscaban y empolvaban en un cristal invisible.

"¿Quién es ese Gatsby?", preguntó Tom de repente. "¿Un gran contrabandista?"

"¿Dónde has oído eso?" Pregunté.

"No lo he oído. Me lo imaginé. Muchos de estos nuevos ricos son grandes contrabandistas, ya sabes".

"Gatsby no", dije brevemente.

Se quedó en silencio un momento. Los guijarros del camino crujían bajo sus pies.

"Bueno, ciertamente debe haberse esforzado para reunir esta colección de objetos".

Una brisa agitó la bruma gris del cuello de piel de Daisy.

"Al menos son más interesantes que la gente que conocemos", dijo con un esfuerzo.

"No parecías tan interesado".

"Bueno, lo estaba".

Tom se rió y se volvió hacia mí.

"¿Te fijaste en la cara de Daisy cuando esa chica le pidió que la pusiera bajo una ducha fría?"

Daisy comenzó a cantar con la música en un ronco y rítmico susurro, haciendo que cada palabra adquiriera un significado que nunca antes había tenido y que nunca volvería a tener. Cuando la melodía se elevaba, su voz se quebraba dulcemente, siguiéndola, de una manera que tienen las voces de contralto, y cada cambio volcaba un poco de su cálida magia humana en el aire.

"Viene mucha gente que no ha sido invitada", dijo de repente. "Esa chica no había sido invitada. Simplemente entran a la fuerza y es demasiado educado para objetar".

"Me gustaría saber quién es y qué hace", insistió Tom. "Y creo que me empeñaré en averiguarlo".

"Puedo decírtelo ahora mismo", respondió ella. "Era dueño de algunas farmacias, muchas farmacias. Él mismo se encargó de construirlas".

La demorada limusina llegó rodando por el camino.

"Buenas noches, Nick", dijo Daisy.

Su mirada se alejó de mí y buscó la parte superior iluminada de los escalones, donde "Three o'Clock in the Morning", un pequeño vals pulcro y triste de ese año, estaba saliendo por la puerta abierta. Al fin y al cabo, en el mismo desenfado de la fiesta de Gatsby había posibilidades románticas totalmente inexistentes en su mundo. ¿Qué era lo que había en la canción que parecía llamarla a entrar? ¿Qué pasaría ahora en las horas oscuras e incalculables? Tal vez llegaría algún invitado increíble, una persona infinitamente rara y digna de admiración, alguna joven auténticamente radiante que con una nueva mirada a Gatsby, un momento de encuentro mágico, borraría esos cinco años de devoción inquebrantable.

Aquella noche me quedé hasta tarde, Gatsby me pidió que esperara hasta que estuviera libre, y me quedé en el jardín hasta que el inevitable grupo de bañistas subió, frío y exaltado, desde la playa negra, hasta que se apagaron las luces de las habitaciones de invitados. Cuando bajó por fin los escalones, la piel bronceada se dibujaba inusualmente tensa en su rostro, y sus ojos estaban brillantes y cansados.

"No le gustó", dijo inmediatamente.

"Por supuesto que sí".

"No le gustó", insistió. "No lo pasó bien".

Se quedó en silencio y adiviné su indecible depresión.

"Me siento lejos de ella", dijo. "Es difícil hacerla entender".

"¿Te refieres a lo del baile?"

"¿El baile?" Descartó todos los bailes que había dado con un chasquido de dedos. "Viejo amigo, el baile no tiene importancia".

Lo único que quería de Daisy era que fuera a ver a Tom y le dijera: "Nunca te amé". Después de que ella hubiera borrado cuatro años con esa frase, podrían decidir las medidas más prácticas a tomar. Una de ellas era que, después de que ella fuera libre, debían volver a Louisville y casarse en su casa, como si fuera hace cinco años.

"Y ella no lo entiende", dijo él. "Ella solía ser capaz de entender. Nos sentábamos durante horas..."

Se interrumpió y comenzó a caminar por un sendero desolado de cáscaras de fruta y recuerdos desechados y flores aplastadas.

"Yo no le pediría demasiado", aventuré. "No se puede repetir el pasado".

"¿No se puede repetir el pasado?", gritó incrédulo. "¡Pues claro que se puede!"

Miró a su alrededor salvajemente, como si el pasado estuviera acechando aquí en la sombra de su casa, justo fuera del alcance de su mano.

"Voy a arreglar todo tal y como estaba antes", dijo, asintiendo con determinación. "Ya lo verá".

Hablaba mucho del pasado, y deduje que quería recuperar algo, alguna idea de sí mismo tal vez, que había pasado por amar a Daisy. Su vida había sido confusa y desordenada desde entonces, pero si una vez pudiera volver a un cierto punto de partida y repasarlo todo lentamente, podría descubrir qué era esa cosa. . . .

. . . Una noche de otoño, cinco años antes, habían estado caminando por la calle cuando las hojas estaban cayendo, y llegaron a un lugar donde no había árboles y la acera estaba blanca con la luz de la luna. Se detuvieron aquí y se volvieron el uno hacia el otro. Ahora era una noche fresca con esa misteriosa excitación que se produce en los dos cambios de año. Las silenciosas luces de las casas zumbaban en la oscuridad y había un movimiento y bullicio entre las estrellas. Por el rabillo del ojo, Gatsby vio que los bloques de las aceras formaban realmente una escalera y ascendían a un lugar secreto por encima de los árboles; podía subir hasta él, si trepaba solo, y una vez allí podría chupar la papilla de la vida, engullir la incomparable leche de la maravilla.

Su corazón latía cada vez más rápido cuando el rostro blanco de Daisy se acercaba al suyo. Sabía que cuando besara a esta chica, y casara para siempre sus visiones indecibles con su aliento perecedero, su mente no volvería a retozar como la mente de Dios. Así que esperó, escuchando por un momento más el diapasón que había sido golpeado sobre una estrella. Entonces la besó. Al contacto con sus labios, ella se abrió para él como una flor y la encarnación fue completa.

A través de todo lo que dijo, incluso a través de su espantoso sentimentalismo, recordé algo: un ritmo esquivo, un fragmento de palabras perdidas, que había escuchado en algún lugar hace mucho tiempo. Por un momento, una frase trató de tomar forma en mi boca y mis labios se separaron como los de un hombre mudo, como si hubiera algo más que una brizna de aire sobresaltado luchando en ellos. Pero no emitieron ningún sonido, y lo que casi había recordado quedó incomunicado para siempre.

CAPÍTULO VII

Cuando la curiosidad por Gatsby estaba en su punto más alto, las luces de su casa no se encendieron un sábado por la noche y, tan oscuramente como había empezado, su carrera como Trimalción había terminado. Sólo poco a poco me di cuenta de que los automóviles que giraban expectantes en su entrada se quedaban sólo un minuto y luego se alejaban enfurruñados. Me pregunté si estaba enfermo y me acerqué para averiguarlo; un mayordomo desconocido con cara de villano me miró con desconfianza desde la puerta.

"¿Está enfermo el Sr. Gatsby?"

"No". Tras una pausa añadió "señor" de forma demorada y rencorosa.

"No lo había visto por aquí y estaba bastante preocupado. Dígale que ha venido el señor Carraway".

"¿Quién?", exigió con rudeza.

"Carraway".

"Carraway. Muy bien, se lo diré".

Bruscamente dio un portazo.

Mi finlandesa me informó de que Gatsby había despedido a todos los sirvientes de su casa hacía una semana y los había sustituido por media docena más, que nunca iban a West Egg Village para ser sobornados por los comerciantes, sino que pedían suministros de forma moderada por teléfono. El chico de la tienda de comestibles informó de que la cocina parecía una po-

cilga, y la opinión general en el pueblo era que los nuevos no eran criados en absoluto.

Al día siguiente Gatsby me llamó por teléfono.

"¿Se va?" Pregunté.

"No, viejo amigo".

"He oído que has despedido a todos tus sirvientes".

"Quería a alguien que no cotilleara. Daisy viene a menudo, por las tardes".

Así que todo el caravansario se había derrumbado como un castillo de naipes ante la desaprobación de sus ojos.

"Son algunas personas por las que Wolfshiem quería hacer algo. Son todos hermanos y hermanas. Solían dirigir un pequeño hotel".

"Ya veo".

Estaba llamando a petición de Daisy: ¿podría ir a comer a su casa mañana? La señorita Baker estaría allí. Media hora más tarde, la propia Daisy llamó por teléfono y pareció aliviada al saber que yo iba a ir. Algo pasaba. Y sin embargo, no podía creer que hubieran elegido esta ocasión para una escena, especialmente para la escena bastante angustiosa que Gatsby había esbozado en el jardín.

El día siguiente era caluroso, casi el último, sin duda el más cálido, del verano. Cuando mi tren salió del túnel a la luz del sol, sólo los silbidos calientes de la National Biscuit Company rompieron el silencio que se respiraba a mediodía. Los asientos de paja del vagón estaban al borde de la combustión; la mujer que estaba a mi lado sudó delicadamente durante un rato en su camisa blanca, y luego, cuando su periódico se humedeció bajo sus dedos, cayó desesperadamente en el calor profundo con un grito desolado. Su libro de bolsillo cayó al suelo.

"¡Oh, Dios!", jadeó.

Lo recogí con una inclinación de cansancio y se lo devolví, sosteniéndolo a la distancia del brazo y por la punta de las esquinas para indicar que no tenía intenciones de usarlo, pero todos los que estaban cerca, incluida la mujer, sospecharon de mí igualmente.

"¡Calor!", dijo el revisor a las caras conocidas. "¡Qué tiempo! . . . ¡Caliente! . . . ¡Caliente! . . . ¡Caliente! . . . ¿Está lo suficientemente caliente para ti? ¿Está caliente? ¿Está. . .?"

Mi billete de transporte volvió a mí con una mancha oscura de su mano. ¡Que a alguien le importara en este calor los labios sonrojados que besaba, o la cabeza que humedecía el bolsillo del pijama sobre el corazón!

. . . A través del vestíbulo de la casa de los Buchanan sopló un viento débil, que llevó el sonido del timbre del teléfono hasta Gatsby y yo mientras esperábamos en la puerta.

"¡El cuerpo del señor!", rugió el mayordomo en el auricular. "Lo siento, señora, pero no podemos suministrarlo: ¡está demasiado caliente para tocarlo este mediodía!"

Lo que realmente dijo fue: "Sí... Sí... Voy a ver".

Dejó el auricular y se acercó a nosotros, brillando ligeramente, para tomar nuestros rígidos sombreros de paja.

"¡La señora os espera en el salón!", gritó, indicando inútilmente la dirección. Con este calor, cada gesto extra era una afrenta a la reserva normal de la vida.

El salón, bien sombreado con toldos, era oscuro y fresco. Daisy y Jordan estaban tumbadas en un enorme sofá, como ídolos de plata que pesaban sobre sus propios vestidos blancos contra la brisa cantarina de los ventiladores.

"No podemos movernos", dijeron juntas.

Los dedos de Jordan, empolvados de blanco sobre su bronceado, se posaron por un momento en los míos.

"¿Y el señor Thomas Buchanan, el atleta?" pregunté.

Simultáneamente oí su voz, ronca, apagada, ronca, en el teléfono del vestíbulo.

Gatsby se situó en el centro de la alfombra carmesí y miró a su alrededor con ojos fascinados. Daisy le observaba y reía, su dulce y excitante risa; una pequeña ráfaga de polvo se elevó desde su pecho al aire.

"Se rumorea", susurró Jordan, "que es la chica de Tom la que habla por teléfono".

Nos quedamos en silencio. La voz de la sala se elevó con fastidio: "Muy bien, entonces, no te venderé el coche en absoluto. . . . No tengo ninguna obligación con usted... y en cuanto a que me moleste por ello a la hora de comer, ¡no lo soportaré en absoluto!"

"Sosteniendo el aparato", dijo Daisy cínicamente.

"No, no lo está", le aseguré. "Es un trato de buena fe. Resulta que lo conozco".

Tom abrió la puerta de golpe, bloqueó su espacio por un momento con su grueso cuerpo y se apresuró a entrar en la habitación.

"¡Sr. Gatsby!" Extendió su mano ancha y plana con una antipatía bien disimulada. "Me alegro de verle, señor. . . . Nick. . . ."

"Prepáranos una bebida fría", gritó Daisy.

Cuando él salió de nuevo de la habitación, ella se levantó y se acercó a Gatsby y le bajó la cara, besándole en la boca.

"Sabes que te quiero", murmuró.

"Olvidas que hay una dama presente -dijo Jordan.

Daisy miró a su alrededor, dudosa.

"Tú también besas a Nick".

"¡Qué chica tan baja y vulgar!"

"¡No me importa!", gritó Daisy, y comenzó a zapatear en la chimenea de ladrillos. Luego se acordó del calor y se sentó culpablemente en el sofá justo cuando entraba en la habitación una enfermera recién lavada que llevaba a una niña.

"Ben-dita pre-ciosidad", canturreó, extendiendo los brazos. "Ven con tu propia madre que te quiere".

La niña, cedida por la enfermera, corrió por la habitación y se metió tímidamente en el vestido de su madre.

"¡La ben-dita preciosa! ¿Mamá se puso polvo en tu viejo pelo amarillento? Levántate ahora, y di-Cómo-Como".

Gatsby y yo, a su vez, nos inclinamos y tomamos la pequeña mano renuente. Después, él no dejaba de mirar a la niña con sorpresa. Creo que nunca había creído realmente en su existencia.

"Me vestí antes del almuerzo", dijo el niño, volviéndose ansioso hacia Daisy.

"Eso es porque tu madre quería presumir de ti". Su rostro se inclinó hacia la única arruga del pequeño cuello blanco. "Sueñas, tú. Tú, pequeño sueño absoluto".

"Sí", admitió la niña con calma. "La tía Jordan también se ha puesto un vestido blanco".

"¿Qué te parecen los amigos de mamá?" Daisy la hizo girar para que mirara a Gatsby. "¿Crees que son guapos?"

"¿Dónde está papá?"

"No se parece a su padre", explicó Daisy. "Se parece a mí. Tiene mi pelo y la forma de la cara".

Daisy se sentó de nuevo en el sofá. La enfermera dio un paso adelante y le tendió la mano.

"Ven, Pammy".

"¡Adiós, cariño!"

Con una reticente mirada hacia atrás, la bien disciplinada niña se aferró a la mano de su enfermera y fue sacada por la puerta, justo cuando Tom regresaba, precediendo cuatro gin rickeys que chasqueaban llenos de hielo.

Gatsby tomó su bebida.

"Desde luego, parecen geniales", dijo, con visible tensión.

Bebimos en largos y ávidos tragos.

"Leí en alguna parte que el sol es cada vez más caliente de año en año", dijo Tom genialmente. "Parece que muy pronto la tierra va a caer en el sol... o espera un minuto... es justo lo contrario... el sol se enfría cada año".

"Ven afuera", sugirió a Gatsby, "me gustaría que echaras un vistazo al lugar".

Salí con ellos a la terraza. En el verde Estrecho, estancado por el calor, una pequeña vela se arrastraba lentamente hacia el mar más fresco. Los ojos de Gatsby la siguieron momentáneamente; levantó la mano y señaló al otro lado de la bahía.

"Estoy justo enfrente de ti".

"Así es".

Nuestros ojos se alzaron sobre los rosales y el césped caliente y los desechos de la maleza de los días de verano a lo largo de la costa. Lentamente, las alas blancas del barco se movieron contra el límite azul del cielo. Por delante estaba el océano ondulado y las abundantes islas benditas.

"Hay un deporte para ti", dijo Tom, asintiendo con la cabeza. "Me gustaría estar ahí fuera con él durante una hora".

Almorzamos en el comedor, oscurecido también contra el calor, y bajamos la excitación nerviosa con la cerveza fría.

"¿Qué haremos con nosotros esta tarde?", gritó Daisy, "y el día siguiente, y los próximos treinta años?"

"No seas morbosa", dijo Jordan. "La vida vuelve a empezar cuando refresca en otoño".

"Pero hace tanto calor", insistió Daisy, al borde de las lágrimas, "y todo es tan confuso. Vayamos todos a la ciudad".

Su voz luchaba contra el calor, golpeando contra él, moldeando su falta de sensatez en las formas.

"He escuchado hablar de hacer un garaje de un establo", le decía Tom a Gatsby, "pero soy el primer hombre que ha hecho un establo de un garaje".

"¿Quién quiere ir a la ciudad?", exigió Daisy con insistencia. Los ojos de Gatsby flotaron hacia ella. "Ah", exclamó ella, "te ves tan bien".

Sus ojos se encontraron y se quedaron mirando juntos, solos en el espacio. Con un esfuerzo, ella miró hacia la mesa.

"Siempre estás muy bien", repitió.

Ella le había dicho que lo amaba, y Tom Buchanan lo vio. Estaba asombrado. Abrió un poco la boca y miró a Gatsby y luego de nuevo a Daisy como si acabara de reconocerla como alguien a quien conocía desde hacía mucho tiempo.

"Te pareces al anuncio del hombre", continuó inocentemente. Ya conoces el anuncio del hombre..."

"De acuerdo", interrumpió Tom rápidamente, "estoy perfectamente dispuesto a ir a la ciudad. Vamos, todos vamos a la ciudad".

Se levantó, con los ojos aún centrados en Gatsby y su esposa. Nadie se movió.

"¡Vamos!" Su temperamento se quebró un poco. "¿Qué pasa, de todos modos? Si vamos a la ciudad, pongámonos en marcha".

Su mano, temblorosa por su esfuerzo de autocontrol, se llevó a los labios el último vaso de cerveza. La voz de Daisy nos hizo ponernos en pie y salir al camino de grava.

"¿Nos vamos a ir sin más?", objetó. "¿Así? ¿No vamos a dejar que alguno se fume un cigarrillo antes?"

"Todo el mundo fumó durante todo el almuerzo".

"Oh, vamos a divertirnos", le rogó ella. "Hace demasiado calor como para fastidiar".

Él no respondió.

"Hazlo a tu manera", dijo ella. "Vamos, Jordan".

Subieron a prepararse mientras los tres hombres nos quedamos de pie arrastrando los guijarros calientes con los pies. Una curva plateada de la luna se asomaba ya en el cielo occidental. Gatsby empezó a hablar, cambió de opinión, pero no antes de que Tom se girara y lo mirara expectante.

"¿Tienes los establos aquí?", preguntó Gatsby con un esfuerzo.

"A un cuarto de milla por el camino".

"Oh."

Una pausa.

"No veo la idea de ir a la ciudad", estalló Tom salvajemente. "A las mujeres se les meten esas ideas en la cabeza..."

"¿Tomamos algo para beber?" llamó Daisy desde una ventana superior.

"Traeré un poco de whisky", respondió Tom. Entró en la casa.

Gatsby se volvió hacia mí con rigidez:

"No puedo decir nada en su casa, viejo amigo".

"Tiene una forma de hablar indiscreta", comenté. "Está llena de..." Dudé.

"Su voz está llena de dinero", dijo de repente.

Eso fue todo. Nunca lo había entendido. Estaba llena de dinero; ése era el inagotable encanto que subía y bajaba en ella, su tintineo, su canto de platillos. . . . En lo alto de un palacio blanco la hija del rey, la chica de oro. . . .

Tom salió de la casa envolviendo una botella de un cuarto de galón en una toalla, seguido por Daisy y Jordan que llevaban pequeños sombreros ajustados de tela metalizada y capas ligeras sobre los brazos.

"¿Vamos todos en mi coche?", sugirió Gatsby. Tocó el cuero verde y caliente del asiento. "Debería haberlo dejado a la sombra".

"¿Es el cambio de marchas normal?", preguntó Tom.

"Sí".

" Bien, coge mi coupé y déjame conducir tu coche hasta la ciudad".

La sugerencia no le gustó a Gatsby.

"No creo que haya mucha gasolina", objetó.

"Suficiente gasolina", dijo Tom con brío. Miró el indicador. "Y si se acaba puedo parar en una droguería. Hoy en día se puede comprar cualquier cosa en una droguería".

Una pausa siguió a este comentario aparentemente inútil. Daisy miró a Tom con el ceño fruncido, y una expresión indefinible, a la vez definitivamente desconocida y vagamente reconocible, como si sólo la hubiera oído describir con palabras, pasó por el rostro de Gatsby.

"Vamos, Daisy", dijo Tom, empujándola con la mano hacia el coche de Gatsby. "Te llevaré en este vagón de circo".

Abrió la puerta, pero ella se apartó del círculo de su brazo.

"Llévate a Nick y a Jordan. Nosotros te seguiremos en el cupé".

Se acercó a Gatsby, tocando su abrigo con la mano. Jordan, Tom y yo subimos al asiento delantero del coche de Gatsby, Tom empujó tímidamente las marchas poco conocidas y salimos disparados hacia el calor opresivo, dejándolos atrás fuera de la vista.

"¿Has visto eso?", preguntó Tom.

"¿Ver qué?"

Me miró con agudeza, dándose cuenta de que Jordan y yo debíamos saberlo todo el tiempo.

"Crees que soy bastante tonto, ¿no?", sugirió. "Tal vez lo sea, pero tengo una... casi una segunda vista, a veces, que me dice lo que tengo que hacer. Tal vez no lo creas, pero la ciencia..."

Hizo una pausa. La urgencia se apoderó de él, lo sacó del borde del abismo teórico.

"He hecho una pequeña investigación de este tipo", continuó. "Podría haber profundizado más si hubiera sabido..."

"¿Quiere decir que ha acudido a un médium?", inquirió Jordan con humor.

"¿Qué?" Confundido, nos miró fijamente mientras nos reíamos. "¿Una médium?"

"Sobre Gatsby".

"¡Sobre Gatsby! No, no lo he hecho. Dije que había estado haciendo una pequeña investigación sobre su pasado".

"Y descubriste que era un hombre de Oxford", dijo Jordan de forma servicial.

"¡Un hombre de Oxford!" Estaba incrédulo. "¡Claro que sí! Lleva un traje rosa".

"Sin embargo, es un hombre de Oxford".

"Oxford, Nuevo México", resopló Tom despectivamente, "o algo así".

"Escucha, Tom. Si eres tan snob, ¿por qué le has invitado a comer?", preguntó Jordan con sorna.

"Daisy lo invitó; lo conoció antes de que nos casáramos, ¡sabe Dios dónde!"

Todos estábamos ahora irritados por la cerveza que se estaba desvaneciendo, y conscientes de ello condujimos durante un rato en silencio. Entonces, cuando los ojos descoloridos del doctor T. J. Eckleburg aparecieron en la carretera, recordé la advertencia de Gatsby sobre la gasolina.

"Tenemos suficiente para llegar a la ciudad", dijo Tom.

"Pero aquí mismo hay un taller", objetó Jordan. "No quiero quedarme parado con este calor abrasador".

Tom pisó los dos frenos con impaciencia, y nos deslizamos hasta un abrupto lugar polvoriento bajo el cartel de Wilson. Al cabo de un momento, el propietario salió del interior de su establecimiento y miró con ojos hundidos el coche.

"¡Vamos a echar gasolina!", gritó Tom con aspereza. "¿Para qué cree que nos hemos detenido, para admirar la vista?"

"Estoy enfermo", dijo Wilson sin moverse. "He estado enfermo todo el día".

"¿Qué pasa?"

"Estoy agotado".

"Bueno, ¿me sirvo yo mismo?" Preguntó Tom. "Parecías bastante bien por teléfono".

Con un esfuerzo, Wilson abandonó la sombra y el apoyo de la puerta y, respirando con dificultad, desenroscó el tapón del depósito. A la luz del sol su rostro estaba verde.

"No quería interrumpir tu almuerzo", dijo. "Pero necesito bastante dinero y me preguntaba qué ibas a hacer con tu viejo coche".

"¿Qué te parece éste?", preguntó Tom. "Lo compré la semana pasada".

"Es un bonito coche amarillo", dijo Wilson, mientras tiraba de la manivela.

"¿Te gustaría comprarlo?"

" Una gran oportunidad", Wilson sonrió débilmente. "No, pero podría ganar algo de dinero con el otro".

"¿Para qué quieres dinero, de repente?"

"Llevo demasiado tiempo aquí. Quiero alejarme. Mi mujer y yo queremos ir al Oeste".

"Tu mujer quiere", exclamó Tom, sorprendido.

"Lleva diez años hablando de ello". Se apoyó un momento en la bomba, sombreando los ojos. "Y ahora va a ir, quiera o no. Voy a llevarla lejos".

El cupé pasó junto a nosotros con una ráfaga de polvo y el destello de una mano agitándose.

"¿Qué te debo?" exigió Tom con dureza.

"Es que me he dado cuenta de algo curioso en los dos últimos días", comentó Wilson. "Por eso quiero alejarme. Por eso te he estado molestando con lo del coche".

"¿Cuánto te debo?"

" Un dólar con veinte".

El implacable calor que golpeaba empezaba a confundirme y tuve un mal momento antes de darme cuenta de que hasta ahora sus sospechas no se habían posado sobre Tom. Había descubierto que Myrtle tenía algún tipo de vida aparte de él en otro mundo, y la conmoción lo había enfermado físicamente. Lo miré fijamente y luego a Tom, que había hecho un descubrimiento paralelo menos de una hora antes, y se me ocurrió que no había ninguna diferencia entre los hombres, en inteligencia o raza, tan profunda como la diferencia entre los enfermos y los sanos. Wilson estaba tan enfermo que parecía culpable, imperdonablemente culpable, como si acabara de dejar embarazada a una pobre chica.

"Te dejaré ese coche", dijo Tom. "Lo enviaré mañana por la tarde".

Aquella localidad era siempre vagamente inquietante, incluso en el amplio resplandor de la tarde, y ahora volví la cabeza como si me hubieran advertido de que había algo detrás. Por encima de los montones de ceniza, los

gigantescos ojos del doctor T. J. Eckleburg seguían vigilando, pero percibí, al cabo de un momento, que otros ojos nos observaban con peculiar intensidad a menos de seis metros de distancia.

En una de las ventanas del garaje se habían corrido un poco las cortinas y Myrtle Wilson estaba mirando el coche. Estaba tan absorta que no tenía conciencia de ser observada, y una emoción tras otra se deslizaba en su rostro como los objetos en un cuadro que se va revelando lentamente. Su expresión me resultaba curiosamente familiar; era una expresión que yo había visto a menudo en los rostros de las mujeres, pero en el de Myrtle Wilson parecía carente de propósito e inexplicable hasta que me di cuenta de que sus ojos, abiertos de par en par por el terror de los celos, no estaban fijos en Tom, sino en Jordan Baker, a quien ella consideraba su esposa.

No hay confusión como la de una mente simple, y mientras nos alejábamos Tom sentía los latigazos calientes del pánico. Su mujer y su amante, hasta hacía una hora seguras e inviolables, se le escapaban precipitadamente del control. El instinto le hizo pisar el acelerador con el doble propósito de adelantar a Daisy y dejar atrás a Wilson, y aceleramos hacia Astoria a ochenta kilómetros por hora, hasta que, entre las vigas de acero del puente elevado, vimos el desenfadado cupé azul.

"Esas grandes películas de la calle Cincuenta son geniales", sugirió Jordan. "Me encanta Nueva York en las tardes de verano, cuando todo el mundo está fuera. Hay algo muy sensual en ella: sobremaduro, como si todo tipo de frutas extrañas fueran a caer en tus manos."

La palabra "sensual" tuvo el efecto de inquietar aún más a Tom, pero antes de que pudiera inventar una protesta, el cupé se detuvo y Daisy nos indicó que nos pusiéramos a su lado.

"¿Adónde vamos?", gritó.

"¿Qué tal el cine?"

"Hace mucho calor", se quejó. "Vayan ustedes. Nosotros daremos una vuelta y nos encontraremos después". Con un esfuerzo, su ingenio se elevó débilmente: "Nos encontraremos en alguna esquina. Yo seré el hombre que fuma dos cigarrillos".

"No podemos discutir aquí", dijo Tom con impaciencia, mientras un camión emitía un pitido de maldición detrás de nosotros. "Sígueme hasta el

lado sur de Central Park, frente al Plaza".

Varias veces giró la cabeza y miró hacia atrás en busca de su coche, y si el tráfico los retrasaba, reducía la velocidad hasta que los tenía a la vista. Creo que temía que salieran corriendo por una calle lateral y se alejaran de su vida para siempre.

Pero no lo hicieron. Y todos dimos el paso poco explicable de acudir al salón de una suite del Hotel Plaza.

Se me escapa la prolongada y tumultuosa discusión que terminó metiéndonos en esa habitación, aunque tengo el agudo recuerdo físico de que, en el transcurso de la misma, mi ropa interior seguía trepando como una serpiente húmeda por las piernas y las intermitentes gotas de sudor recorrían frescas mi espalda. La idea se originó con la sugerencia de Daisy de que alquiláramos cinco cuartos de baño y nos bañáramos en frío, y luego asumió una forma más tangible como "un lugar para tomar un julepe de menta". Cada una de nosotros dijo una y otra vez que era una "idea descabellada"; todos hablamos a la vez con un empleado desconcertado y pensamos, o fingimos pensar, que estábamos siendo muy graciosos...

La habitación era grande y sofocante y, aunque ya eran las cuatro, al abrir las ventanas sólo entraba una ráfaga de ardor procedente del Parque. Daisy se acercó al espejo y se puso de espaldas a nosotros, arreglándose el pelo.

"Es una suite estupenda", susurró Jordan respetuosamente, y todos rieron.

"Abre otra ventana", ordenó Daisy, sin volverse.

"No hay más".

"Bueno, será mejor que llamemos por teléfono para pedir un hacha..."

"Lo que hay que hacer es olvidarse del calor", dijo Tom con impaciencia. "Lo empeoras diez veces más si te quejas de ello".

Desenrolló la botella de whisky de la toalla y la puso sobre la mesa.

"¿Por qué no la dejas en paz, viejo amigo?", comentó Gatsby. "Tú eres el que quería venir a la ciudad".

Hubo un momento de silencio. La guía telefónica se soltó de su clavo y fue a parar al suelo, tras lo cual Jordan susurró: "Disculpen", pero esta vez nadie se rió.

"Yo lo recogeré", me ofrecí.

"Ya lo tengo". Gatsby examinó la cuerda separada, murmuró "¡Hum!" de manera interesada, y arrojó el libro sobre una silla.

"Esa es una gran expresión tuya, ¿no?", dijo Tom bruscamente.

"¿Qué es?"

"Todo este asunto del 'antiguo compañero'. ¿De dónde has sacado eso?"

"Mira, Tom", dijo Daisy, volviéndose del espejo, "si vas a hacer comentarios personales no me quedaré aquí ni un minuto. Llama y pide hielo para el julepe de menta".

Cuando Tom cogió el auricular, el calor comprimido estalló en sonido y escuchamos los portentosos acordes de la Marcha Nupcial de Mendelssohn desde el salón de baile de abajo.

"¡Imagínate casarte con alguien con este calor!", gritó Jordan con desazón.

"Aun así, me casé a mediados de junio", recordó Daisy, "¡Louisville en junio! Alguien se desmayó. ¿Quién se desmayó, Tom?"

"Biloxi", respondió brevemente.

"Un hombre llamado Biloxi. 'Blocks' Biloxi, y hacía cajas-eso es un hecho-y era de Biloxi, Tennessee".

"Lo llevaron a mi casa", añadió Jordan, "porque vivíamos a dos puertas de la iglesia. Y se quedó tres semanas, hasta que papá le dijo que tenía que irse. Al día siguiente de irse, papá murió". Después de un momento añadió. "No había ninguna conexión".

"Yo conocía a un Bill Biloxi de Memphis", comenté.

"Era su primo. Conocía toda su historia familiar antes de que se fuera. Me regaló un palo de golf de aluminio que uso hoy en día".

La música se había apagado al comenzar la ceremonia y ahora una larga ovación flotaba en la ventana, seguida por gritos intermitentes de "¡Yea-ea-ea!" y finalmente por un estallido de jazz al comenzar el baile.

"Nos estamos haciendo viejos", dijo Daisy. "Si fuéramos jóvenes nos levantaríamos y bailaríamos".

"Recuerda a Biloxi", le advirtió Jordan. "¿De dónde lo conoces, Tom?"

"¿Biloxi?" Se concentró con un esfuerzo. "No lo conocía. Era un amigo de Daisy".

"No lo era", negó ella. "Nunca lo había visto. Bajó en el coche privado".

"Bueno, dijo que te conocía. Dijo que se había criado en Louisville. Asa Bird le trajo en el último momento y le preguntó si teníamos sitio para él".

Jordan sonrió.

"Probablemente estaba haciendo el camino de vuelta a casa. Me dijo que fue presidente de su clase en Yale".

Tom y yo nos miramos sin comprender.

"¿Biloxi?"

"En primer lugar, no teníamos ningún presidente..."

El pie de Gatsby hizo un corto e inquieto movimiento y Tom lo miró de repente.

"Por cierto, señor Gatsby, tengo entendido que es usted un hombre de Oxford".

"No exactamente".

"Oh, sí, tengo entendido que fue a Oxford".

"Sí, fui allí".

Una pausa. Luego la voz de Tom, incrédula e insultante:

"Debes haber ido allí más o menos cuando Biloxi fue a New Haven".

Otra pausa. Un camarero llamó a la puerta y entró con menta triturada y hielo, pero el silencio no fue roto por su "gracias" ni por el suave cierre de la puerta. Este tremendo detalle iba a ser aclarado por fin.

"Te dije que había ido allí", dijo Gatsby.

"Te he oído, pero me gustaría saber cuándo".

"Fue en mil novecientos diecinueve, sólo estuve cinco meses. Por eso no puedo llamarme realmente un hombre de Oxford".

Tom miró a su alrededor para ver si reflejábamos su incredulidad. Pero todos mirábamos a Gatsby.

"Fue una oportunidad que les dieron a algunos de los oficiales después del armisticio", continuó. "Podíamos ir a cualquiera de las universidades de Inglaterra o Francia".

Me dieron ganas de levantarme y darle una palmada en la espalda. Tuve una de esas renovaciones de fe completa en él que había experimentado antes.

Daisy se levantó, sonriendo débilmente, y se dirigió a la mesa.

"Abre el whisky, Tom", ordenó, "y te prepararé un julepe de menta. Así no parecerás tan estúpido. . . . ¡Mira la menta!"

"Espera un momento", espetó Tom, "quiero hacerle una pregunta más al señor Gatsby".

"Adelante", dijo Gatsby amablemente.

"¿Qué clase de escándalo estás tratando de causar en mi casa, de todos modos?"

Por fin habían salido a la luz y Gatsby estaba contento.

"No está causando una pelea", Daisy miró desesperadamente de uno a otro. "Tú estás provocando una pelea. Por favor, ten un poco de autocontrol".

"¡Autocontrol!", repitió Tom con incredulidad. "Supongo que lo último es sentarse y dejar que el señor Nadie de Ninguna Parte le haga el amor a tu mujer. Bueno, si esa es la idea puedes contar conmigo. . . . Hoy en día la gente empieza por despreciar la vida familiar y las instituciones familiares, y lo siguiente es tirarlo todo por la borda y tener matrimonios mixtos entre blancos y negros."

Sonrojado por su apasionado galimatías, se vio solo ante la última barrera de la civilización.

"Aquí todos somos blancos", murmuró Jordan.

"Sé que no soy muy popular. No doy grandes fiestas. Supongo que tienes que convertir tu casa en una pocilga para tener amigos, en el mundo

moderno".

Enfadado como estaba, como estábamos todos, estaba tentado de reír cada vez que abría la boca. La transición de libertino a mojigato era tan completa.

"Tengo algo que decirte, viejo amigo...", comenzó Gatsby. Pero Daisy adivinó su intención.

"¡Por favor, no!", interrumpió sin poder evitarlo. "Por favor, vayamos todos a casa. ¿Por qué no nos vamos todos a casa?"

"Es una buena idea". Me levanté. "Vamos, Tom. Nadie quiere un trago".

"Quiero saber qué tiene que decirme el Sr. Gatsby".

"Tu mujer no te quiere", dijo Gatsby. "Ella nunca te ha amado. Me ama a mí".

"¡Debes estar loco!", exclamó Tom automáticamente.

Gatsby se puso en pie de un salto, vivo de excitación.

"Ella nunca te ha amado, ¿me oyes?", gritó. "Sólo se casó contigo porque yo era pobre y estaba cansada de esperarme. Fue un terrible error, pero en su corazón nunca amó a nadie más que a mí".

En ese momento Jordan y yo intentamos irnos, pero Tom y Gatsby insistieron con una firmeza competitiva en que nos quedáramos, como si ninguno de ellos tuviera nada que ocultar y fuera un privilegio participar indirectamente de sus emociones.

"Siéntate, Daisy", la voz de Tom buscó infructuosamente la nota paternal. "¿Qué ha pasado? Quiero oírlo todo".

"Ya te he dicho lo que ha pasado", dijo Gatsby. "Desde hace cinco años, y tú no lo sabías".

Tom se volvió hacia Daisy bruscamente.

"¿Has estado viendo a este tipo durante cinco años?"

"No nos vemos", dijo Gatsby. "No, no podíamos vernos. Pero los dos nos hemos querido todo ese tiempo, viejo amigo, y tú no lo sabías. A veces me reía" -pero no había risa en sus ojos- "de pensar que no lo sabías".

"Oh, eso es todo". Tom golpeó sus gruesos dedos como un clérigo y se recostó en su silla.

"¡Estás loco!", explotó. "No puedo hablar de lo que pasó hace cinco años, porque no conocía a Daisy entonces, y que me aspen si veo cómo te acercaste a menos de una milla de ella, a no ser que llevaras la compra a la puerta de atrás. Pero todo lo demás es una maldita mentira. Daisy me amaba cuando se casó conmigo y me ama ahora".

"No", dijo Gatsby, sacudiendo la cabeza.

"Pero lo hace. El problema es que a veces se le meten ideas tontas en la cabeza y no sabe lo que hace". Asintió sabiamente. "Y lo que es más, yo también quiero a Daisy. De vez en cuando me voy de juerga y hago el ridículo, pero siempre vuelvo, y en mi corazón la quiero siempre."

"Eres repugnante", dijo Daisy. Se volvió hacia mí, y su voz, bajando una octava, llenó la habitación de emocionante desprecio: "¿Sabes por qué dejamos Chicago? Me sorprende que no te hayan contado la historia de esa pequeña juerga".

Gatsby se acercó y se puso a su lado.

"Daisy, eso ya se ha acabado", dijo con seriedad. "Ya no importa. Sólo tienes que decirle la verdad -que nunca le has amado- y todo se borrará para siempre".

Ella lo miró ciegamente. "¿Por qué? ¿Cómo podría amarlo?"

"Nunca le has amado".

Ella dudó. Sus ojos se posaron en Jordan y en mí con una especie de apelación, como si por fin se diera cuenta de lo que estaba haciendo, y como si nunca hubiera tenido la intención de hacer nada en absoluto. Pero ya estaba hecho. Era demasiado tarde.

"Nunca lo he amado", dijo ella, con perceptible reticencia.

"¿No en Kapiolani?", preguntó Tom de repente.

"No".

Desde el salón de baile de abajo, unos acordes apagados y sofocantes subían en oleadas de aire caliente.

"¿No fue aquel día que te bajé del Punch Bowl para mantener tus zapatos secos?" Había una ternura ronca en su tono. . . . "¿Daisy?"

"Por favor, no". Su voz era fría, pero el rencor había desaparecido de ella. Miró a Gatsby. "Ya está, Jay", dijo, pero su mano, al intentar encender un cigarrillo, temblaba. De repente tiró el cigarrillo y la cerilla encendida a la alfombra.

"¡Oh, quieres demasiado!", le gritó a Gatsby. "Ahora te quiero, ¿no es suficiente? No puedo evitar lo que ha pasado". Comenzó a sollozar sin poder evitarlo. "Lo amé una vez, pero también te amé a ti".

Los ojos de Gatsby se abrieron y se cerraron.

"¿También me querías?", repitió.

"Incluso eso es una mentira", dijo Tom salvajemente. "Ella no sabía que estabas vivo. Hay cosas entre Daisy y yo que nunca sabrás, cosas que ninguno de nosotros podrá olvidar".

Las palabras parecían morder físicamente a Gatsby.

"Quiero hablar con Daisy a solas", insistió. "Ahora está muy excitada..."

"Ni siquiera a solas puedo decir que nunca amé a Tom", admitió ella con voz lastimera. "No sería cierto".

"Por supuesto que no lo sería", convino Tom.

Se volvió hacia su marido.

"Como si te importara", dijo ella.

"Claro que importa. Voy a cuidar mejor de ti a partir de ahora".

"No lo entiendes", dijo Gatsby, con un toque de pánico. "Ya no vas a cuidar de ella".

"¿No voy a hacerlo?" Tom abrió mucho los ojos y se rió. Ahora podía permitirse el lujo de controlarse. "¿Por qué?"

"Daisy te va a dejar".

"Tonterías".

"Sin embargo, sí que lo hago", dijo con un visible esfuerzo.

"¡No me va a dejar!" Las palabras de Tom se inclinaron repentinamente sobre Gatsby. "Ciertamente no por un vulgar estafador que tendría que robar el anillo que le puso en el dedo".

"¡No soportaré esto!" gritó Daisy. "Oh, por favor, salgamos".

"¿Quiénes son ustedes, de todos modos?", estalló Tom. "Eres uno de los que andan con Meyer Wolfshiem, eso sí lo sé. He hecho una pequeña investigación sobre vuestros asuntos, y la llevaré a cabo mañana".

"Puedes hacer lo que quieras al respecto, viejo amigo", dijo Gatsby con firmeza.

"He averiguado lo que eran sus 'droguerías'". Se volvió hacia nosotros y habló rápidamente. "Él y este Wolfshiem compraron un montón de droguerías en las calles de aquí y de Chicago y vendieron alcohol de grano en el mostrador. Esa es una de sus pequeñas maniobras. Lo consideré un contrabandista la primera vez que lo vi, y no me equivoqué mucho".

"¿Y qué hay de eso?", dijo Gatsby amablemente. "Supongo que tu amigo Walter Chase no estuvo muy orgulloso de participar en ello".

"Y le dejaste en la estacada, ¿verdad? Le dejaste ir a la cárcel durante un mes en Nueva Jersey. ¡Dios! Deberías escuchar a Walter hablar de ti".

"Vino a nosotros sin blanca. Se alegró mucho de conseguir algo de dinero, viejo amigo".

"¡No me llames 'viejo amigo'!", gritó Tom. Gatsby no dijo nada. "Walter también podría haberte puesto al tanto de las leyes de apuestas, pero Wolfshiem lo asustó para que cerrara la boca".

Esa mirada desconocida pero reconocible volvió a aparecer en el rostro de Gatsby.

"Aquel negocio de la droguería no era más que calderilla -continuó Tom lentamente-, pero ahora tienes algo que Walter teme contarme".

Miré a Daisy, que miraba aterrada entre Gatsby y su marido, y a Jordan, que había empezado a balancear un objeto invisible pero absorbente en la punta de la barbilla. Luego me volví hacia Gatsby y me sorprendió su expresión. Parecía -y esto se dice con todo el desprecio por las balbuceantes calumnias de su jardín- como si hubiera "matado a un hombre". Por un mo-

mento, la expresión de su rostro pudo describirse de esa manera excepcional.

Se le pasó, y empezó a hablar animadamente con Daisy, negando todo, defendiendo su nombre contra acusaciones que no se habían hecho. Pero con cada palabra ella se replegaba más y más en sí misma, así que él renunció a eso, y sólo el difunto sueño luchó mientras la tarde se alejaba, tratando de tocar lo que ya no era tangible, luchando infelizmente, sin desesperación, hacia esa voz perdida al otro lado de la habitación.

La voz suplicó de nuevo que se fuera.

"¡Por favor, Tom! No puedo soportar más esto".

Sus ojos asustados decían que cualquier intención, cualquier valor que hubiera tenido, se había esfumado definitivamente.

" Vosotras dos, empezad a ir a casa, Daisy", dijo Tom. "En el coche del señor Gatsby".

Ella miró a Tom, alarmada ahora, pero él insistió con magnánimo desprecio.

"Vete. No te molestará. Creo que se da cuenta de que su presuntuoso coqueteo ha terminado".

Se fueron, sin decir una palabra, arrebatados, accidentados, aislados, como fantasmas, incluso de nuestra piedad.

Después de un momento, Tom se levantó y comenzó a envolver la botella de whisky sin abrir en la toalla.

"¿Quieres algo de esto? ¿Jordan? . . ¿Nick?"

No contesté.

"¿Nick?" Volvió a preguntar.

"¿Qué?"

"¿Quieres algo?"

"No... Acabo de recordar que hoy es mi cumpleaños".

Tenía treinta años. Ante mí se extendía el camino portentoso y amenazante de una nueva década.

Eran las siete cuando subimos al cupé con él y partimos hacia Long Island. Tom hablaba sin cesar, exultante y risueño, pero su voz estaba tan alejada de Jordan y de mí como el clamor de los extranjeros en la acera o el tumulto de los puentes elevados. La simpatía humana tiene sus límites, y nos contentamos con dejar que todas sus trágicas discusiones se desvanecieran con las luces de la ciudad detrás. Treinta años: la promesa de una década de soledad, una lista cada vez más escasa de hombres solteros que conocer, un maletín cada vez más escaso de entusiasmo, un cabello cada vez más escaso. Pero allí estaba Jordan a mi lado, que, a diferencia de Daisy, era demasiado sabia como para cargar con sueños bien olvidados de una época a otra. Cuando pasamos por el oscuro puente, su rostro pálido se posó perezosamente sobre el hombro de mi abrigo y el formidable golpe de los treinta años se apagó con la tranquilizadora presión de su mano.

Así que nos dirigimos hacia la muerte a través del fresco crepúsculo.

El joven griego, Michaelis, que regentaba el café junto a los vertederos, fue el principal testigo de la investigación. Había dormido durante el calor hasta pasadas las cinco, cuando se acercó al garaje y encontró a George Wilson enfermo en su despacho, realmente enfermo, pálido como su propio pelo pálido y temblando por todas partes. Michaelis le aconsejó que se fuera a la cama, pero Wilson se negó, diciendo que se perdería muchos negocios si lo hacía. Mientras su vecino intentaba persuadirle, se produjo un violento estruendo en el techo.

"Tengo a mi mujer encerrada ahí arriba", explicó Wilson con calma. "Se va a quedar allí hasta pasado mañana, y luego nos mudaremos".

Michaelis se quedó asombrado; habían sido vecinos durante cuatro años, y Wilson nunca había parecido ni remotamente capaz de semejante declaración. Por lo general, era uno de esos hombres agotados: cuando no estaba trabajando, se sentaba en una silla en el portal y miraba a la gente y a los coches que pasaban por la carretera. Cuando alguien le hablaba, se reía invariablemente de forma agradable e incolora. Era el hombre de su mujer y no el suyo propio.

Así que, naturalmente, Michaelis trató de averiguar lo que había sucedido, pero Wilson no decía ni una palabra, sino que empezó a lanzar miradas curiosas y sospechosas a su visitante y a preguntarle qué había estado haciendo a ciertas horas en ciertos días. En el momento en que éste se inquie-

taba, pasaron por la puerta unos obreros que se dirigían a su restaurante, y Michaelis aprovechó para alejarse, con la intención de volver más tarde. Pero no lo hizo. Supuso que se había olvidado, eso es todo. Cuando volvió a salir, un poco más tarde de las siete, se acordó de la conversación porque oyó la voz de la señora Wilson, fuerte y reñida, abajo, en el garaje.

"¡Pégame!", la oyó gritar. "¡Tírame al suelo y pégame, pequeño y sucio cobarde!"

Un momento después, ella se lanzó al crepúsculo, agitando las manos y gritando; antes de que él pudiera moverse de su puerta, el asunto había terminado.

El "coche de la muerte", como lo llamaron los periódicos, no se detuvo; salió de la creciente oscuridad, vaciló trágicamente por un momento y luego desapareció en la siguiente curva. Michaelis ni siquiera estaba seguro de su color: le dijo al primer policía que era verde claro. El otro coche, el que iba en dirección a Nueva York, se detuvo unos cien metros más allá, y su conductor se apresuró a volver al lugar donde Myrtle Wilson, con su vida violentamente extinguida, permanecía arrodillada en la carretera y mezclaba su espesa sangre oscura con el polvo.

Michaelis y este hombre llegaron primero a ella, pero cuando le abrieron la cintura de la camisa, todavía húmeda de sudor, vieron que el pecho izquierdo se balanceaba suelto como un colgajo, y no hubo necesidad de escuchar el corazón que había debajo. La boca estaba muy abierta y se rasgaba un poco en las comisuras, como si se hubiera atragantado un poco al entregar la tremenda vitalidad que había almacenado durante tanto tiempo.

Vimos los tres o cuatro automóviles y la multitud cuando aún estábamos a cierta distancia

"¡Un accidente!", dijo Tom. "Eso es bueno. Wilson tendrá por fin un pequeño negocio".

Aminoró la marcha, pero todavía sin intención de detenerse, hasta que, al acercarnos, los rostros callados e intencionados de la gente en la puerta del garaje le hicieron pisar automáticamente el freno.

"Echaremos un vistazo", dijo dudoso, "sólo un vistazo".

Ahora me di cuenta de un sonido hueco y ululante que salía incesantemente del garaje, un sonido que, cuando salimos del cupé y nos dirigimos a la puerta, se convirtió en las palabras "¡Oh, Dios mío!", pronunciadas una y otra vez en un gemido jadeante.

"Hay un problema muy grave aquí", dijo Tom con entusiasmo.

Se puso de puntillas y miró por encima de un círculo de cabezas hacia el garaje, que sólo estaba iluminado por una luz amarilla en un canasto metálico oscilante en lo alto. Luego emitió un sonido áspero en su garganta y con un violento movimiento de empuje de sus poderosos brazos se abrió paso.

El círculo se cerró de nuevo con un murmullo de protesta; pasó un minuto antes de que pudiera ver algo. Entonces, nuevas llegadas desordenaron la fila, y Jordan y yo fuimos empujados repentinamente hacia el interior.

El cuerpo de Myrtle Wilson, envuelto en una manta, y luego en otra manta, como si sufriera un escalofrío en la calurosa noche, yacía sobre una mesa de trabajo junto a la pared, y Tom, de espaldas a nosotros, estaba inclinado sobre ella, inmóvil. A su lado había un policía motorizado que anotaba los nombres con mucho sudor y corrección en un pequeño libro. Al principio no pude encontrar el origen de las palabras altisonantes y quejumbrosas que resonaban clamorosamente por el garaje desnudo; entonces vi a Wilson de pie en el umbral elevado de su despacho, balanceándose de un lado a otro y sujetándose a los postes de la puerta con ambas manos. Un hombre le hablaba en voz baja e intentaba, de vez en cuando, ponerle la mano en el hombro, pero Wilson ni oía ni veía. Sus ojos bajaban lentamente de la luz oscilante a la mesa cargada junto a la pared, y luego volvían a la luz de nuevo, y emitía incesantemente su llamada alta y horrible:

"¡Oh, Dios mío! ¡Oh, mi Dios! ¡Oh, Dios mío! Oh, mi Ga-od!"

En ese momento, Tom levantó la cabeza con una sacudida y, después de mirar alrededor del garaje con ojos vidriosos, dirigió un comentario incoherente al policía.

"M-a-v-", decía el policía, "-o-".

"No, r-" corrigió el hombre, "M-a-v-r-o-"

"¡Escúchame!", murmuró Tom con fiereza.

"r-" decía el policía, "o-"

"g-"

"g-" Levantó la vista cuando la ancha mano de Tom cayó bruscamente sobre su hombro. "¿Qué quieres, amigo?"

"¿Qué pasó? - eso es lo que quiero saber".

"El automóvil la atropelló. Murió instantáneamente".

"Murió instantáneamente", repitió Tom, mirando fijamente.

"Salió corriendo a la carretera. El hijo de puta ni siquiera paró el coche".

"Había dos coches", dijo Michaelis, "uno que iba y otro que venía, ¿ves?"

"¿Adónde van?", preguntó el policía con entusiasmo.

"Uno va en cada dirección. Bueno, ella" -su mano se levantó hacia las mantas, pero se detuvo a mitad de camino y cayó a su lado- "salió corriendo y el que venía de Nueva York chocó con ella, yendo a treinta o cuarenta millas por hora."

"¿Cómo se llama este lugar?", preguntó el oficial.

"No tiene ningún nombre".

Un negro pálido y bien vestido se acercó.

"Era un coche amarillo", dijo, "un gran coche amarillo. Nuevo".

"¿Viste el accidente?", preguntó el policía.

"No, pero el coche me pasó por la carretera, yendo a más de cuarenta. Iba a cincuenta, sesenta".

"Ven aquí y danos tu nombre. Cuidado ahora. Quiero saber su nombre".

Algunas palabras de esta conversación debieron llegar a Wilson, balanceándose en la puerta de la oficina, porque de repente un nuevo tema encontró voz entre sus gritos jadeantes:

"¡No tienes que decirme qué tipo de coche era! Ya sé qué tipo de coche era".

Observando a Tom, vi que el fajo de músculos de su espalda se tensaba bajo el abrigo. Se acercó rápidamente a Wilson y, poniéndose delante de él, lo agarró firmemente por la parte superior de los brazos.

"Tienes que recomponerte", dijo con una brusquedad tranquilizadora.

Los ojos de Wilson se posaron en Tom; se puso de puntillas y luego habría caído de rodillas si Tom no lo hubiera sostenido.

"Escucha", dijo Tom, sacudiéndolo un poco. "Acabo de llegar aquí hace un minuto, desde Nueva York. Te traía el cupé del que habíamos hablado. El coche amarillo que conducía esta tarde no era mío, ¿lo oyes? No lo he visto en toda la tarde".

Sólo el negro y yo estábamos lo suficientemente cerca para oír lo que decía, pero el policía captó algo en el tono y miró con ojos truculentos.

"¿Qué es todo eso?", preguntó.

"Soy un amigo suyo". Tom giró la cabeza pero mantuvo las manos firmes sobre el cuerpo de Wilson. "Dice que conoce el coche que lo hizo. . . . Era un coche amarillo".

Algún tenue impulso movió al policía a mirar con suspicacia a Tom.

"¿Y de qué color es su coche?"

"Es un coche azul, un coupé".

"Venimos directamente de Nueva York", dije.

Alguien que venía conduciendo un poco detrás de nosotros lo confirmó, y el policía se apartó.

"Ahora, si me permite tener ese nombre de nuevo correctamente-"

Tom levantó a Wilson como a un muñeco, lo llevó a la oficina, lo dejó en una silla y volvió.

"Si alguno se acercara y se sentara con él", espetó autoritariamente. Observó mientras los dos hombres que estaban más cerca se miraban entre sí y entraban de mala gana en la habitación. Entonces Tom les cerró la puerta y bajó el único escalón, evitando con la mirada la mesa. Al pasar cerca de mí, susurró: "Salgamos".

Cohibidos, con sus brazos autoritarios abriendo el camino, nos abrimos paso entre la multitud que aún se reunía, pasando junto a un médico apresurado, maletín en mano, que había sido mandado a buscar con una esperanza salvaje hacía media hora.

Tom condujo despacio hasta que pasamos la curva; entonces pisó a fondo el acelerador y el cupé se puso en marcha a través de la noche. Al poco rato oí un sollozo ronco y vi que las lágrimas se desbordaban por su rostro.

"¡El maldito cobarde!", gimió. "Ni siquiera detuvo su coche".

La casa de los Buchanan se elevó súbitamente hacia nosotros a través de los oscuros árboles que crujían. Tom se detuvo junto al porche y miró hacia el segundo piso, donde dos ventanas florecían con luz entre las enredaderas.

"Daisy está en casa", dijo. Cuando bajamos del coche me miró y frunció ligeramente el ceño.

"Debería haberte dejado en West Egg, Nick. No hay nada que podamos hacer esta noche".

Se había producido un cambio en él y hablaba con seriedad y decisión. Mientras caminábamos por la grava a la luz de la luna hasta el porche, resolvió la situación con unas pocas frases enérgicas.

"Llamaré por teléfono a un taxi para que te lleve a casa, y mientras esperas, tú y Jordan será mejor que vayáis a la cocina y hagáis que os traigan algo de cenar, si es que queréis". Abrió la puerta. "Entra".

"No, gracias. Pero me encantaría que me pidieras el taxi. Esperaré fuera".

Jordan me puso la mano en el brazo.

"¿No vas a entrar, Nick?"

"No, gracias".

Me sentía un poco mal y quería estar solo. Pero Jordan se quedó un momento más.

"Sólo son las nueve y media", dijo.

Que me condenen si entro; ya había tenido suficiente de todos ellos por un día, y de repente eso incluía también a Jordan. Ella debió de ver algo de esto en mi expresión, porque se dio la vuelta bruscamente y subió corriendo los escalones del porche hasta la casa. Me senté durante unos minutos con la cabeza entre las manos, hasta que oí que cogían el teléfono dentro y la voz del mayordomo llamando a un taxi. Entonces bajé lentamente por el camino de la casa, con la intención de esperar junto a la puerta.

No había avanzado ni veinte metros cuando oí mi nombre y Gatsby salió de entre dos arbustos hacia el camino. Debía de sentirme bastante raro en ese momento, porque no podía pensar en nada más que en la luminosidad de su traje rosa bajo la luna.

"¿Qué estás haciendo?" pregunté.

"Sólo estoy aquí, viejo amigo".

De alguna manera, eso parecía una tarea despreciable. Por lo que yo sabía, habría robado la casa en un momento; no me habría sorprendido ver rostros siniestros, los rostros de la "gente de Wolfshiem", detrás de él en los oscuros arbustos.

"¿Viste algún problema en el trayecto?", preguntó después de un minuto.

"Sí".

Dudó.

"¿La mataron?"

"Sí".

"Lo pensé; le dije a Daisy que lo pensaba. Es mejor que la conmoción llegue de una vez. Ella lo soportó bastante bien".

Habló como si la reacción de Daisy fuera lo único importante.

"Llegué a West Egg por un camino lateral", continuó, "y dejé el coche en mi garaje. Creo que nadie nos vio, pero por supuesto no puedo estar seguro".

A estas alturas me caía tan mal que no me pareció necesario decirle que estaba equivocado.

"¿Quién era la mujer?", preguntó.

"Se llamaba Wilson. Su marido es el dueño del garaje. ¿Cómo diablos sucedió?"

"Bueno, intenté girar el volante..." Se interrumpió, y de repente adiviné la verdad.

"¿Conducía Daisy?"

"Sí", dijo después de un momento, "pero por supuesto diré que era yo. Verá, cuando salimos de Nueva York estaba muy nerviosa y pensó que la tranquilizaría conducir, y esta mujer se abalanzó sobre nosotros justo cuando pasábamos un coche que venía en sentido contrario. Todo sucedió en un minuto, pero me pareció que quería hablar con nosotros, pensó que éramos alguien que conocía. Bueno, primero Daisy se apartó de la mujer hacia el otro coche, y luego perdió los nervios y se volvió. En el momento en que mi mano alcanzó el volante, sentí el impacto, que debió matarla al instante".

"La abrió de par en par..."

"No me lo digas, viejo amigo". Hizo una mueca de dolor. "De todos modos, Daisy lo pisó. Traté de hacer que se detuviera, pero no pudo, así que tiré del freno de emergencia. Entonces se cayó en mi regazo y yo seguí conduciendo.

"Estará bien mañana", dijo enseguida. "Voy a esperar aquí a ver si intenta molestarla por el disgusto de esta tarde. Ella se ha encerrado en su habitación, y si él intenta alguna brutalidad, ella apagará y encenderá la luz".

"No la tocará", dije. "No está pensando en ella".

"No confío en él, viejo amigo".

"¿Cuánto tiempo vas a esperar?"

"Toda la noche, si es necesario. En cualquier caso, hasta que todos se vayan a la cama".

Se me ocurrió un nuevo punto de vista. Supongamos que Tom descubriera que Daisy había estado conduciendo. Podría pensar que vio una conexión en ello; podría pensar cualquier cosa. Miré la casa; había dos o tres ventanas brillantes en la planta baja y el resplandor rosado de la habitación de Daisy en el segundo piso.

"Espera aquí", dije. "Voy a ver si hay alguna señal de conmoción".

Volví a caminar por el borde del césped, atravesé la grava suavemente y subí de puntillas los escalones de la terraza. Las cortinas del salón estaban abiertas y vi que la habitación estaba vacía. Cruzando el porche donde habíamos cenado aquella noche de junio de tres meses atrás, llegué a un pequeño rectángulo de luz que supuse era la ventana de la despensa. La persiana estaba bajada, pero encontré una grieta en el alféizar.

Daisy y Tom estaban sentados uno frente al otro en la mesa de la cocina, con un plato de pollo frito frío entre ellos y dos botellas de cerveza. Él hablaba atentamente al otro lado de la mesa con ella, y en su seriedad su mano había caído sobre la de ella y la cubría. De vez en cuando, ella le miraba y asentía con la cabeza.

No estaban contentos, y ninguno de los dos había tocado el pollo o la cerveza, pero tampoco eran infelices. Había un inconfundible aire de intimidad natural en el cuadro, y cualquiera habría dicho que estaban conspirando juntos.

Cuando salí del porche de puntillas, oí cómo mi taxi se abría paso por el oscuro camino hacia la casa. Gatsby estaba esperando donde lo había dejado en el camino.

"¿Está todo tranquilo ahí arriba?", preguntó ansioso.

"Sí, está todo tranquilo". Dudé. "Será mejor que vuelvas a casa y duermas un poco".

Negó con la cabeza.

"Quiero esperar aquí hasta que Daisy se acueste. Buenas noches, viejo amigo".

Se metió las manos en los bolsillos del abrigo y volvió con ganas a su escrutinio de la casa, como si mi presencia estropeara lo sagrado de la vigilia. Así que me alejé y lo dejé allí, a la luz de la luna, vigilando nada.

CAPÍTULO VIII

No pude dormir en toda la noche; una sirena de la niebla gemía incesantemente en el estrecho, y yo daba vueltas entre la grotesca realidad y los sueños salvajes y aterradores. Hacia el amanecer oí que un taxi subía por el camino de Gatsby, e inmediatamente salté de la cama y empecé a vestirme; sentía que tenía algo que decirle, algo que advertirle, y la mañana sería demasiado tarde.

Al cruzar su jardín, vi que la puerta de entrada seguía abierta y que él estaba apoyado en una mesa del vestíbulo, agobiado por el abatimiento o el sueño.

"No ha pasado nada", dijo con desgana. "Esperé, y a eso de las cuatro se acercó a la ventana y se quedó allí un minuto y luego apagó la luz".

Su casa nunca me había parecido tan enorme como aquella noche, cuando buscamos cigarrillos en las grandes habitaciones. Apartamos cortinas que parecían pabellones, y tanteamos sobre innumerables metros de pared oscura en busca de interruptores de luz eléctrica; una vez caí con una especie de chapoteo sobre las teclas de un piano fantasmal. Había una cantidad inexplicable de polvo por todas partes, y las habitaciones estaban mohosas, como si no se hubieran ventilado durante muchos días. Encontré el fumador en una mesa desconocida, con dos cigarrillos rancios y secos dentro. Abriendo las ventanas francesas del salón, nos sentamos a fumar en la oscuridad.

"Deberías irte", dije. "Es bastante probable que rastreen tu coche".

"¿Irme ahora, viejo amigo?"

"Ve a Atlantic City por una semana, o a Montreal".

No lo consideró. No podía dejar a Daisy hasta saber qué iba a hacer. Se aferraba a una última esperanza y yo no podía soportar liberarlo.

Fue esta noche cuando me contó la extraña historia de su juventud con Dan Cody; me la contó porque "Jay Gatsby" se había roto como un cristal contra la dura malicia de Tom, y la larga extravagancia secreta se había consumado. Creo que ahora habría reconocido cualquier cosa, sin reservas, pero quería hablar de Daisy.

Era la primera chica "buena" que había conocido. En diversas actividades no reveladas había estado en contacto con gente así, pero siempre con un

imperceptible alambre de espino de por medio. La encontró excitantemente deseable. Fue a su casa, al principio con otros oficiales de Camp Taylor, luego solo. Le sorprendió: nunca había estado en una casa tan hermosa. Pero lo que le daba un aire de intensidad sin precedentes era que Daisy vivía allí; era algo tan casual para ella como su tienda en el campamento lo era para él. Había un misterio intenso en ella, un atisbo de habitaciones en el piso de arriba más hermosas y frescas que otras habitaciones, de actividades alegres y radiantes que tenían lugar en sus pasillos, y de romances que no eran rancios ni estaban ya cubiertos de lavanda, sino que eran frescos y respiraban y tenían el aroma de los brillantes coches de este año y de los bailes cuyas flores apenas se habían marchitado. También le excitaba el hecho de que muchos hombres ya hubieran amado a Daisy, lo que aumentaba su valor a sus ojos. Sintió su presencia en toda la casa, impregnando el aire con los matices y los ecos de emociones aún vibrantes.

Pero sabía que estaba en la casa de Daisy por un colosal accidente. Por muy glorioso que fuera su futuro como Jay Gatsby, en ese momento era un joven sin dinero y sin pasado, y en cualquier momento el manto invisible de su uniforme podría resbalar de sus hombros. Así que aprovechó al máximo su tiempo. Tomó lo que pudo, vorazmente y sin escrúpulos; finalmente, tomó a Daisy una noche de octubre, la tomó porque no tenía ningún derecho real a tocar su mano.

Podría haberse despreciado a sí mismo, porque ciertamente la había tomado bajo falsos pretextos. No quiero decir que hubiera comerciado con sus millones ficticios, sino que había dado deliberadamente a Daisy una sensación de seguridad; le hizo creer que era una persona de un estrato muy parecido al suyo, que era plenamente capaz de cuidar de ella. En realidad, no tenía tales facilidades: no tenía una familia confortable detrás de él, y estaba expuesto al capricho de un gobierno impersonal para ser enviado a cualquier parte del mundo.

Pero no se despreciaba a sí mismo y no resultó como había imaginado. Había tenido la intención, probablemente, de tomar lo que pudiera e irse; pero ahora se daba cuenta de que se había comprometido a seguir un grial. Sabía que Daisy era extraordinaria, pero no se había dado cuenta de lo extraordinaria que podía ser una chica "agradable". Ella desapareció en su rica casa, en su rica y plena vida, dejando a Gatsby sin nada. Él se sentía casado con ella, eso era todo.

Cuando se volvieron a encontrar, dos días después, fue Gatsby quien se quedó sin aliento, quien se sintió, de alguna manera, traicionado. El porche de ella brillaba con el lujo comprado del brillo de las estrellas; el mimbre del sofá chirriaba a la moda cuando ella se volvió hacia él y él besó su curiosa y encantadora boca. Había cogido un resfriado, y eso hacía que su voz fuera más ronca y encantadora que nunca, y Gatsby era abrumadoramente consciente de la juventud y el misterio que la riqueza aprisiona y conserva, de la frescura de muchas ropas, y de Daisy, reluciente como la plata, segura y orgullosa por encima de las ardientes luchas de los pobres.

"No puedo describirte la sorpresa que tuve al descubrir que la amaba, viejo amigo. Incluso esperé durante un tiempo que me echara, pero no lo hizo, porque ella también estaba enamorada de mí. Ella pensaba que yo sabía mucho porque sabía cosas diferentes a las de ella... Bueno, ahí estaba yo, 'lejos de mis ambiciones, enamorándome más cada minuto, y de repente no me importaba. ¿De qué servía hacer grandes cosas si podía pasarlo mejor diciéndole lo que iba a hacer?".

La última tarde antes de marcharse al extranjero, se sentó con Daisy en brazos durante un largo y silencioso rato. Era un día frío de otoño, con fuego en la habitación y las mejillas de ella sonrojadas. De vez en cuando ella se movía y él cambiaba un poco el brazo, y una vez besó su pelo oscuro y brillante. La tarde los había tranquilizado por un rato, como para darles un recuerdo profundo para la larga despedida que el día siguiente prometía. Nunca habían estado más cerca en su mes de amor, ni se habían comunicado más profundamente el uno con el otro, que cuando ella rozaba con sus labios silenciosos el hombro de su abrigo o cuando él tocaba la punta de sus dedos, suavemente, como si estuviera dormida.

Le fue extraordinariamente bien en la guerra. Era capitán antes de ir al frente, y tras las batallas de Argonne obtuvo la mayoría de edad y el mando de las ametralladoras de la división. Tras el armisticio, intentó frenéticamente volver a casa, pero alguna complicación o malentendido lo envió a Oxford. Ahora estaba preocupado; había una especie de desesperación nerviosa en las cartas de Daisy. No entendía por qué no podía venir. Estaba sintiendo la presión del mundo exterior, y quería verlo y sentir su presencia a su lado y que le asegurara que, después de todo, estaba haciendo lo correcto.

Porque Daisy era joven y su mundo artificial estaba impregnado de orquídeas y de un agradable y alegre esnobismo y de orquestas que marcaban el ritmo del año, resumiendo la tristeza y la sugestión de la vida en nuevas melodías. Toda la noche los saxofones gemían el comentario desesperado del "Beale Street Blues" mientras cien pares de zapatillas doradas y plateadas revolvían el polvo brillante. A la hora gris del té siempre había habitaciones que palpitaban incesantemente con esta baja y dulce fiebre, mientras que rostros frescos vagaban aquí y allá como pétalos de rosa soplados por las tristes trompetas alrededor del suelo.

A través de este universo crepuscular, Daisy comenzó a moverse de nuevo con la estación; de repente, volvía a tener media docena de citas al día con media docena de hombres, y se dormía al amanecer con los abalorios y la gasa de un vestido de noche enredados entre orquídeas moribundas en el suelo junto a su cama. Y todo el tiempo algo dentro de ella clamaba por una decisión. Quería que su vida tomara forma ahora, inmediatamente, y la decisión debía ser tomada por alguna fuerza -de amor, de dinero, de incuestionable practicidad- que estuviera cerca.

Esa fuerza tomó forma en plena primavera con la llegada de Tom Buchanan. Su persona y su posición eran de un volumen saludable, y Daisy se sintió halagada. Sin duda, hubo una cierta lucha y un cierto alivio. La carta llegó a Gatsby cuando aún estaba en Oxford.

Amanecía ahora en Long Island y fuimos abriendo el resto de las ventanas de la planta baja, llenando la casa de luz cambiante, gris y dorada. La sombra de un árbol cayó abruptamente sobre el rocío y unos pájaros fantasmales comenzaron a cantar entre las hojas azules. Había un movimiento lento y agradable en el aire, apenas un viento, que prometía un día fresco y encantador.

"Creo que ella nunca lo amó". Gatsby se volvió desde una ventana y me miró desafiante. "Debes recordar, viejo amigo, que ella estaba muy excitada esta tarde. Le dijo esas cosas de una manera que la asustó, que hizo que pareciera que yo era una especie de afilador barato. Y el resultado fue que ella apenas sabía lo que estaba diciendo".

Se sentó sombríamente.

"Por supuesto que ella pudo haberlo amado sólo por un minuto, cuando se casaron por primera vez, y me amó más incluso entonces, ¿lo ves?"

De repente salió con un comentario curioso.

"En cualquier caso", dijo, "era sólo personal".

¿Qué podía hacer con eso, excepto sospechar alguna importancia en su concepto del asunto que no podía medirse?

Volvió de Francia cuando Tom y Daisy aún estaban de viaje de novios, e hizo un miserable pero irresistible viaje a Louisville con lo último de su paga del ejército. Se quedó allí una semana, caminando por las calles donde sus pasos habían chasqueado juntos a través de la noche de noviembre y revisando los lugares apartados a los que habían ido en el coche blanco de ella. Al igual que la casa de Daisy siempre le había parecido más misteriosa y alegre que otras casas, su idea de la propia ciudad, aunque ella ya no estuviera, estaba impregnada de una belleza melancólica.

Se marchó con la sensación de que si hubiera buscado con más ahínco, podría haberla encontrado, pero que la dejaba atrás. El tren diurno -ahora no tenía dinero- era caluroso. Salió al vestíbulo abierto y se sentó en una silla plegable, y la estación se alejó y las espaldas de edificios poco familiares se movieron. Luego salió a los campos primaverales, donde un tranvía amarillo los persiguió durante un minuto con gente en él que podría haber visto alguna vez la pálida magia del rostro de ella a lo largo de una calle cualquiera.

La vía se curvaba y ahora se alejaba del sol, que, a medida que se hundía, parecía extenderse en bendición sobre la ciudad que se desvanecía y en la que ella había respirado. Extendió la mano desesperadamente, como si quisiera arrebatar una brizna de aire, para salvar un fragmento del lugar que ella había hecho encantador para él. Pero todo pasaba demasiado rápido para sus ojos borrosos y supo que había perdido esa parte, la más fresca y la mejor, para siempre.

Eran las nueve al terminar de desayunar y salir al porche. La noche había marcado una fuerte diferencia en el clima y había un sabor otoñal en el aire. El jardinero, el último de los antiguos sirvientes de Gatsby, llegó al pie de los escalones.

"Hoy voy a vaciar la piscina, señor Gatsby. Las hojas empezarán a caer muy pronto, y luego siempre hay problemas con las tuberías".

"No lo hagas hoy", respondió Gatsby. Se volvió hacia mí disculpándose. "¿Sabes, viejo amigo, que no he usado la piscina en todo el verano?"

Miré mi reloj y me levanté.

"Faltan doce minutos para mi tren".

No quería ir a la ciudad. No podría trabajar como es debido, pero era más que eso: no quería dejar a Gatsby. Perdí ese tren, y luego otro, antes de poder alejarme.

"Te llamaré", dije finalmente.

"Hazlo, viejo amigo".

"Te llamaré sobre el mediodía".

Bajamos lentamente los escalones.

"Supongo que Daisy también llamará". Me miró con ansiedad, como si esperara que yo lo corroborara.

"Supongo que sí".

"Bueno, adiós".

Nos dimos la mano y me puse en marcha. Justo antes de llegar al seto recordé algo y me di la vuelta.

"Son una multitud asquerosa", grité a través del césped. " Tú vales más que toda la maldita pandilla junta".

Siempre me he alegrado de haber dicho eso. Fue el único cumplido que le hice, porque lo desaprobé de principio a fin. Primero asintió cortésmente, y luego su rostro se convirtió en esa sonrisa radiante y comprensiva, como si hubiéramos estado en connivencia extática sobre ese hecho todo el tiempo. Su precioso traje rosa era un punto de color brillante contra los escalones blancos, y pensé en la noche en que llegué por primera vez a su casa solariega, tres meses antes. El césped y el camino de entrada se habían llenado de rostros de aquellos que adivinaban su corrupción, y él había permanecido en aquellos escalones, ocultando su sueño incorruptible, mientras les decía adiós.

Le agradecí su hospitalidad. Siempre le agradecíamos eso, yo y los demás.

"Adiós", dije. "He disfrutado del desayuno, Gatsby".

En la ciudad, intenté durante un rato enumerar las cotizaciones de una cantidad interminable de acciones, y luego me quedé dormido en mi sillón giratorio. Justo antes del mediodía me despertó el teléfono, y me levanté con el sudor brotando en la frente. Era Jordan Baker; a menudo me llamaba a esa hora porque la incertidumbre de sus propios movimientos entre hoteles y clubes y casas particulares la hacía difícil de encontrar. de cualquier otra manera. Por lo general, su voz llegaba a través del cable como algo fresco y frío, como si hubiera entrado un trozo de césped de un campo de golf verde por la ventana de la oficina, pero esta mañana parecía áspera y seca.

"He dejado la casa de Daisy", dijo. "Estoy en Hempstead, y voy a bajar a Southampton esta tarde".

Probablemente había tenido tacto al dejar la casa de Daisy, pero el acto me molestó, y su siguiente comentario me puso rígido.

"No fuiste muy amable conmigo anoche".

"¿Qué importancia tenía eso entonces?"

Silencio por un momento. Luego:

"Sin embargo, quiero verte".

"Yo también quiero verte".

"¿Supongamos que no voy a Southampton y vengo a la ciudad esta tarde?"

"No, no creo poder estar esta tarde".

"Muy bien."

"Es imposible esta tarde. Varias..."

Hablamos así durante un rato, y luego, abruptamente, dejamos de hablar. No sé quién de los dos colgó con un fuerte chasquido, pero sé que no me importó. No podría haber hablado con ella al otro lado de la mesa de té ese día aunque no volviera a hablar con ella en este mundo.

Llamé a la casa de Gatsby unos minutos después, pero la línea estaba ocupada. Lo intenté cuatro veces; finalmente, una exasperada central me dijo que el cable se mantenía abierto para larga distancia desde Detroit. Sacando mi horario, dibujé un pequeño círculo alrededor del tren de las tres y cincuenta. Luego me recosté en mi silla y traté de pensar. Era justo el mediodía.

Cuando pasé por las ceniceras en el tren aquella mañana, había cruzado deliberadamente al otro lado del vagón. Supuse que habría una multitud de curiosos por allí todo el día, con niños pequeños buscando manchas oscuras en el polvo, y algún hombre gárrulo contando una y otra vez lo que había sucedido, hasta que se volviera cada vez menos real incluso para él y no pudiera contarlo más, y la trágica hazaña de Myrtle Wilson se olvidara. Ahora quiero retroceder un poco y contar lo que ocurrió en el garaje después de que saliéramos de allí la noche anterior.

Tuvieron dificultades para localizar a la hermana, Catherine. Debía de haber infringido su norma de no beber esa noche, pues cuando llegó estaba embriagada por el licor y era incapaz de comprender que la ambulancia ya había ido a Flushing. Cuando la convencieron de ello, se desmayó de inmediato, como si esa fuera la parte más intolerable del asunto. Alguien, bondadoso o curioso, la subió a su coche y la condujo tras el cadáver de su hermana.

Hasta mucho después de la medianoche, una multitud variable se arremolinó contra la fachada del garaje, mientras George Wilson se mecía de un lado a otro en el sofá del interior. Durante un rato la puerta de la oficina estuvo abierta, y todos los que entraban en el garaje echaban una mirada irresistible a través de ella. Finalmente, alguien dijo que era una pena y cerró la puerta. Michaelis y varios otros hombres estaban con él; primero, cuatro o cinco hombres, después dos o tres. Más tarde, Michaelis tuvo que pedir al último desconocido que esperara allí quince minutos más, mientras él volvía a su casa y preparaba una cafetera. Después, se quedó allí solo con Wilson hasta el amanecer.

Hacia las tres, la calidad del murmullo incoherente de Wilson cambió: se volvió más tranquilo y empezó a hablar del coche amarillo. Anunció que tenía una forma de averiguar a quién pertenecía el coche amarillo, y luego

soltó que hacía un par de meses su mujer había llegado de la ciudad con la cara magullada y la nariz hinchada.

Pero cuando se oyó a sí mismo decir esto, se estremeció y comenzó a gritar "¡Oh, Dios mío!" de nuevo con su voz quejumbrosa. Michaelis hizo un torpe intento de distraerlo.

"¿Cuánto tiempo llevas casado, George? Vamos, intenta quedarte quieto un minuto y responde a mi pregunta. ¿Cuánto tiempo llevas casado?"

"Doce años".

"¿Has tenido hijos? Vamos, George, quédate quieto. Te he hecho una pregunta. ¿Has tenido alguna vez hijos?"

Los rígidos escarabajos marrones seguían repiqueteando contra la luz mortecina, y cada vez que Michaelis oía que un coche recorría la carretera de fuera le sonaba como el coche que no había parado unas horas antes. No le gustaba entrar en el garaje, porque el banco de trabajo estaba manchado donde había estado tendido el cadáver, así que se movía incómodo por el despacho -conocía todos los objetos que había en él antes de la mañana- y de vez en cuando se sentaba junto a Wilson intentando que estuviera más tranquilo.

"¿Tienes una iglesia a la que vas a veces, George? ¿Tal vez incluso si no has ido durante mucho tiempo? Tal vez podría llamar a la iglesia y conseguir que un sacerdote viniera y pudiera hablar contigo, ¿ves?"

"No pertenezco a ninguna."

"Deberías tener una iglesia, George, para momentos como éste. Debes haber ido a la iglesia alguna vez. ¿No te casaste en una iglesia? Escucha, George, escúchame. ¿No te casaste en una iglesia?"

"Eso fue hace mucho tiempo".

El esfuerzo de responder rompió el ritmo de su balanceo; por un momento se quedó en silencio. Luego, la misma mirada medio sabia, medio desconcertada, volvió a sus ojos descoloridos.

"Mira en ese cajón", dijo señalando el escritorio.

"¿Qué cajón?"

"Ese cajón... ese".

Michaelis abrió el cajón más cercano a su mano. No había nada más que una pequeña y costosa correa de perro, hecha de cuero y plata trenzada. Aparentemente era nueva.

"¿Esto?", preguntó, sosteniéndolo.

Wilson se quedó mirando y asintió.

"Lo encontré ayer por la tarde. Intentó hablarme de ella, pero supe que era algo raro".

"¿Quiere decir que su esposa lo compró?"

"Lo tenía envuelto en papel de seda en su buró".

Michaelis no vio nada extraño en eso, y le dio a Wilson una docena de razones por las que su esposa podría haber comprado la correa para perros. Pero es de suponer que Wilson había escuchado algunas de esas mismas explicaciones antes, de boca de Myrtle, porque empezó a decir "¡Dios mío!" de nuevo en un susurro: su consolador dejó varias explicaciones en el aire.

"Entonces la mató", dijo Wilson. Su boca se abrió de repente.

"¿Quién lo hizo?"

"Tengo una forma de averiguarlo".

"Eres morboso, George", dijo su amigo. "Esto ha sido una tensión para ti y no sabes lo que dices. Será mejor que intentes estar tranquilo hasta mañana".

"Él la asesinó".

"Fue un accidente, George".

Wilson sacudió la cabeza. Sus ojos se entrecerraron y su boca se ensanchó ligeramente con el fantasma de un "¡Hm!" superior.

"Lo sé", dijo definitivamente, "soy uno de esos tipos confiados y no pienso en el mal de nadie, pero cuando llego a saber una cosa la sé. Era el hombre del coche. Salió corriendo para hablar con él y no se detuvo".

Michaelis también había visto esto, pero no se le había ocurrido que hubiera ningún significado especial en ello. Creía que la Sra. Wilson había es-

tado huyendo de su marido, más que tratando de detener algún coche en particular.

"¿Cómo pudo ser así?"

"Es una mujer profunda", dijo Wilson, como si eso respondiera a la pregunta. "Ah-h-h-"

Comenzó a mecerse de nuevo, y Michaelis se puso de pie retorciendo la correa en su mano.

"¿Tal vez tengas algún amigo al que pueda llamar por teléfono, George?"

Esta era una esperanza desesperada; estaba casi seguro de que Wilson no tenía ningún amigo: no había bastante de él para su esposa. Se alegró un poco más tarde cuando notó un cambio en la habitación, un aceleramiento azul junto a la ventana, y se dio cuenta de que el amanecer no estaba lejos. A eso de las cinco, el exterior estaba lo suficientemente azul como para apagar la luz.

Los ojos vidriosos de Wilson se volvieron hacia los montones de ceniza, donde las pequeñas nubes grises adquirían formas fantásticas y se movían aquí y allá con el débil viento del amanecer.

"Hablé con ella", murmuró tras un largo silencio. "Le dije que podía engañarme a mí, pero que no podía engañar a Dios. La llevé a la ventana -con un esfuerzo se levantó y caminó hacia la ventana trasera y se apoyó con la cara pegada a ella- y le dije: "Dios sabe lo que has estado haciendo, todo lo que has estado haciendo. Puedes engañarme a mí, pero no puedes engañar a Dios'".

De pie detrás de él, Michaelis vio con sobresalto que estaba mirando los ojos del doctor T. J. Eckleburg, que acababan de emerger, pálidos y enormes, de la noche que se disolvía.

"Dios lo ve todo", repitió Wilson.

"Eso es un anuncio", le aseguró Michaelis. Algo le hizo apartarse de la ventana y volver a mirar hacia la habitación. Pero Wilson permaneció allí mucho tiempo, con la cara pegada al cristal de la ventana, asintiendo en la penumbra.

A las seis, Michaelis estaba agotado y agradeció el sonido de un coche que se detenía fuera. Era uno de los vigilantes de la noche anterior que había prometido volver, así que preparó un desayuno para tres, que él y el otro hombre comieron juntos. Wilson estaba más tranquilo ahora, y Michaelis se fue a casa a dormir; cuando se despertó cuatro horas más tarde y se apresuró a volver al garaje, Wilson se había ido.

Sus movimientos -estuvo a pie todo el tiempo- fueron rastreados después hasta Port Roosevelt y luego hasta Gad's Hill, donde compró un sándwich que no comió, y una taza de café. Debía de estar cansado y caminar despacio, pues no llegó a Gad's Hill hasta el mediodía. Hasta ese momento no hubo dificultad para contabilizar su tiempo: había chicos que habían visto a un hombre "actuando como un loco", y automovilistas a los que miraba extrañamente desde el lado de la carretera. Luego, durante tres horas, desapareció de la vista. La policía, basándose en lo que le dijo a Michaelis, que "tenía una forma de averiguarlo", supuso que pasó ese tiempo yendo de garaje en garaje por los alrededores, preguntando por un coche amarillo. Por otra parte, ningún taller que lo hubiera visto se presentó, y quizás tenía una forma más fácil y segura de averiguar lo que quería saber. A las dos y media estaba en West Egg, donde preguntó a alguien el camino a la casa de Gatsby. Para entonces ya sabía el nombre de Gatsby.

A las dos, Gatsby se puso el traje de baño y dejó dicho al mayordomo que si alguien llamaba por teléfono le avisara en la piscina. Se detuvo en el garaje a por un colchón hinchable que había divertido a sus invitados durante el verano, y el chófer le ayudó a hincharlo. Luego dio instrucciones de que el coche abierto no debía salir bajo ninguna circunstancia, lo cual era extraño, porque el guardabarros delantero derecho necesitaba ser reparado.

Gatsby se echó el colchón al hombro y arrancó hacia la piscina. Una vez se detuvo y lo movió un poco, y el chófer le preguntó si necesitaba ayuda, pero él negó con la cabeza y en un momento desapareció entre los árboles amarillentos.

No llegó ningún mensaje telefónico, pero el mayordomo se quedó sin dormir y lo esperó hasta las cuatro, hasta que hubo alguien a quien dárselo si llegaba. Tengo la idea de que el propio Gatsby no creía que fuera a llegar, y tal vez ya no le importaba. Si eso era cierto, debió de sentir que había perdido el viejo y cálido mundo, que había pagado un alto precio por vivir de-

masiado tiempo con un solo sueño. Debió de mirar a un cielo desconocido a través de unas hojas espantosas y se estremeció al comprobar lo grotesca que es una rosa y lo cruda que era la luz del sol sobre la hierba apenas nacida. Un mundo nuevo, material sin ser real, donde los pobres fantasmas, respirando sueños como el aire, vagaban fortuitamente... como aquella figura cenicienta y fantástica que se deslizaba hacia él a través de los árboles amorfos.

El chófer -era uno de los protegidos de Wolfshiem- oyó los disparos; después sólo pudo decir que no había pensado mucho en ellos. Conduje desde la estación directamente a la casa de Gatsby, y mi subida ansiosa a la escalinata de la entrada fue lo primero que alarmó a cualquiera. Pero ellos lo sabían entonces, lo creo firmemente. Sin decir apenas una palabra, cuatro de nosotros, el chófer, el mayordomo, el jardinero y yo, nos apresuramos a bajar a la piscina.

El agua se movía débilmente, apenas perceptible, a medida que el flujo fresco de un extremo se abría paso hacia el desagüe del otro. Con pequeñas ondulaciones que apenas eran sombras de olas, el colchón cargado se movía irregularmente por la piscina. Una pequeña ráfaga de viento que apenas ondulaba la superficie fue suficiente para perturbar su curso accidental con su carga accidental. El roce de un racimo de hojas lo hacía girar lentamente, trazando, como la pata del tránsito, un fino círculo rojo en el agua.

Fue después de que nos pusiéramos en marcha con Gatsby hacia la casa cuando el jardinero vio el cuerpo de Wilson un poco alejado en la hierba, y el holocausto fue completo.

CAPÍTULO IX

Después de dos años, recuerdo el resto de ese día, y de esa noche y del día siguiente, sólo como un ejercicio interminable de policías y fotógrafos y periodistas que entraban y salían de la puerta principal de Gatsby. Una cuerda tendida a través de la puerta principal y un policía junto a ella mantenían alejados a los curiosos, pero los niños pequeños pronto descubrieron que podían entrar a través de mi patio, y siempre había unos cuantos agrupados con la boca abierta alrededor de la piscina. Alguien con un talante positivo, tal vez un detective, utilizó la expresión "loco" mientras se inclinaba sobre el cuerpo de Wilson aquella tarde, y la adventicia autoridad de su voz dio la clave para los informes periodísticos de la mañana siguiente.

La mayoría de esos informes eran una pesadilla: grotescos, circunstanciales, ansiosos y falsos. Cuando el testimonio de Michaelis en la investigación sacó a la luz las sospechas de Wilson sobre su esposa, pensé que toda la historia se serviría en breve en una revista, pero Catherine, que podría haber dicho cualquier cosa, no dijo ni una palabra. Mostró un carácter sorprendente al respecto: miró al forense con ojos decididos bajo esa ceja corregida y juró que su hermana nunca había visto a Gatsby, que su hermana era completamente feliz con su marido, que su hermana no había hecho ninguna travesura. Se convenció de ello y lloró en su pañuelo, como si la mera sugerencia fuera más de lo que podía soportar. Así que Wilson quedó reducido a un hombre "trastornado por el dolor" para que el caso quedara en su forma más simple. Y ahí quedó.

Pero toda esta parte me pareció remota y sin importancia. Me encontré del lado de Gatsby, y solo. Desde el momento en que llamé por teléfono al

pueblo de West Egg con la noticia de la catástrofe, todas las conjeturas sobre él y todas las cuestiones prácticas me fueron remitidas. Al principio me sorprendí y me confundí; luego, mientras él yacía en su casa y no se movía, ni respiraba, ni hablaba, hora tras hora, creció en mí la idea de que yo era el responsable, porque nadie más se interesaba, quiero decir, con ese intenso interés personal al que todo el mundo tiene algún vago derecho al final.

Llamé a Daisy media hora después de haberlo encontrado, la llamé instintivamente y sin dudar. Pero ella y Tom se habían marchado a primera hora de la tarde, y se habían llevado el equipaje.

"¿No dejaron ninguna dirección?"

"No."

"¿Dijo cuándo volverían?"

"No."

"¿Alguna idea de dónde están? ¿Cómo puedo llegar a ellos?"

"No lo sé. No puedo decirlo".

Quería conseguir a alguien para él. Quería entrar en la habitación donde yacía y tranquilizarlo: "Conseguiré a alguien para ti, Gatsby. No te preocupes. Confía en mí y te conseguiré a alguien..."

El nombre de Meyer Wolfshiem no estaba en la guía telefónica. El mayordomo me dio la dirección de su oficina en Broadway, y llamé a Información, pero cuando tuve el número ya eran mucho más de las cinco, y nadie respondió al teléfono.

"¿Vas a llamar otra vez?"

"He llamado tres veces".

"Es muy importante".

"Lo siento. Me temo que no hay nadie".

Volví al salón y pensé por un instante que eran invitados casuales, toda esa gente oficial que lo llenaba de repente. Pero, aunque retiraron la sábana y miraron a Gatsby con ojos sorprendidos, su protesta continuó en mi cerebro:

"Mira, viejo amigo, tienes que conseguir a alguien para mí. Tienes que esforzarte. No puedo pasar por esto solo".

Alguien empezó a hacerme preguntas, pero me separé y subiendo las escaleras miré apresuradamente en las partes no cerradas de su escritorio; nunca me había dicho definitivamente que sus padres habían muerto. Pero no había nada, sólo la foto de Dan Cody, una muestra de la violencia olvidada, mirando desde la pared.

A la mañana siguiente envié al mayordomo a Nueva York con una carta para Wolfshiem, en la que le pedía información y le instaba a salir en el próximo tren. Esa petición me pareció superflua cuando la escribí. Estaba seguro de que se pondría en marcha cuando viera los periódicos, al igual que estaba seguro de que habría un telegrama de Daisy antes del mediodía; pero ni el telegrama ni el señor Wolfshiem llegaron; no llegó nadie, salvo más policías y fotógrafos y periodistas. Cuando el mayordomo trajo la respuesta de Wolfshiem empecé a tener un sentimiento de rebeldía, de desprecio y solidaridad entre Gatsby y yo contra todos ellos.

Estimado Sr. Carraway. Este ha sido uno de los golpes más terribles de mi vida, apenas puedo creer que sea cierto. Un acto tan loco como el de ese hombre debería hacernos reflexionar a todos. No puedo bajar ahora porque estoy ocupado en un asunto muy importante y no puedo involucrarme en este asunto. Si hay algo que pueda hacer un poco más tarde hágamelo saber en una carta a través de Edgar. Apenas sé dónde estoy cuando me entero de una cosa como ésta y estoy completamente abatido y fuera de combate.

Atentamente

Meyer Wolfshiem

y luego se apresura a añadir por debajo:

Hazme saber sobre el funeral, etc. No conozco a su familia.

Cuando esa tarde sonó el teléfono y el servicio de larga distancia dijo que llamaba Chicago, pensé que por fin sería Daisy. Pero la conexión llegó como una voz de hombre, muy fina y lejana.

"Habla Slagle..."

"¿Sí?" El nombre no me resultaba familiar.

"Vaya noticia, ¿verdad? ¿Consiguió mi cable?"

"No ha habido ningún telegrama".

"El joven Parke está en problemas", dijo rápidamente. "Lo detuvieron cuando entregó los bonos en el mostrador. Recibieron una circular de Nueva York dándoles los números sólo cinco minutos antes. ¿Qué sabes tú de eso, eh? Nunca se sabe en estos pueblos rurales..."

"¡Hola!" Interrumpí sin aliento. "Mira, este no es el Sr. Gatsby. El Sr. Gatsby está muerto".

Hubo un largo silencio en el otro extremo del cable, seguido de una exclamación... y luego un rápido graznido cuando se cortó la conexión.

Creo que fue al tercer día cuando llegó un telegrama firmado por Henry C. Gatz desde un pueblo de Minnesota. Sólo decía que el remitente se desplazaba inmediatamente y que se pospusiera el funeral hasta que él llegara.

Era el padre de Gatsby, un anciano solemne, muy desamparado y consternado, abrigado con un largo ulster barato contra el cálido día de septiembre. Sus ojos goteaban continuamente por la excitación, y cuando le quité la bolsa y el paraguas de las manos empezó a tirar tan incesantemente de su escasa barba gris que me costó quitarle el abrigo. Estaba a punto de derrumbarse, así que le llevé a la sala de música y le hice sentarse mientras mandaba a buscar algo de comer. Pero no quiso comer, y el vaso de leche se derramó de su mano temblorosa.

"Lo he visto en el periódico de Chicago", dijo. "Estaba todo en el periódico de Chicago. Empecé de inmediato".

"No sabía cómo localizarte".

Sus ojos, sin ver nada, se movían incesantemente por la habitación.

"Era un loco", dijo. "Debía estar enloquecido".

"¿No quieres un poco de café?" Le insistí.

"No quiero nada. Ya estoy bien, señor..."

"Carraway".

"Bueno, ya estoy bien. ¿Dónde tienen a Jimmy?"

Lo llevé al salón, donde estaba su hijo, y lo dejé allí. Algunos niños pequeños habían subido a la escalera y estaban mirando en el salón; cuando les dije quién había llegado, se fueron de mala gana.

Al cabo de un rato, el señor Gatz abrió la puerta y salió, con la boca entreabierta, el rostro ligeramente enrojecido y los ojos goteando lágrimas aisladas e impuntuales. Había llegado a una edad en la que la muerte ya no tiene la cualidad de sorpresa espantosa, y cuando miró a su alrededor por primera vez y vio la altura y el esplendor del vestíbulo y las grandes habitaciones que se abrían desde él a otras estancias, su pena empezó a mezclarse con un orgullo sobrecogedor. Le ayudé a subir a un dormitorio; mientras se quitaba el abrigo y el chaleco, le dije que todos los preparativos se habían aplazado hasta su llegada.

"No sabía lo que quería, Sr. Gatsby..."

"Gatz es mi nombre".

"-Sr. Gatz. Pensé que querría llevar el cuerpo al Oeste".

Sacudió la cabeza.

"A Jimmy siempre le gustó más el Este. Ascendió a su posición en el Este. ¿Era usted amigo de mi hijo, Sr. -?"

"Éramos muy amigos".

"Tenía un gran futuro ante él, ya sabe. Era sólo un hombre joven, pero tenía mucho talento aquí".

Se tocó la cabeza de forma impresionante, y yo asentí.

"Si hubiera vivido, habría sido un gran hombre. Un hombre como James J. Hill. Habría ayudado a construir el país".

"Es cierto", dije, incómodo.

Tanteó la colcha bordada, tratando de sacarla de la cama, y se acostó con rigidez; se quedó dormido al instante.

Esa noche llamó una persona evidentemente asustada, y exigió saber quién era yo antes de dar su nombre.

"Soy el Sr. Carraway", le dije.

"¡Oh!" Sonó aliviado. " Soy Klipspringer".

Yo también me sentí aliviado, pues eso parecía prometer otro amigo en la tumba de Gatsby. No quería que saliera en los periódicos y atrajera a una multitud de turistas, así que yo mismo había llamado a algunas personas. Era difícil encontrarlos.

"El funeral es mañana", dije. "A las tres, aquí en la casa. Me gustaría que se lo dijeras a quien le interese".

"Oh, lo haré", se apresuró a decir. "Por supuesto que no es probable que vea a nadie, pero si lo hago".

Su tono me hizo sospechar.

"Por descontado que tú mismo estarás allí".

"Bueno, ciertamente lo intentaré. Por lo que llamé es..."

"Espera un momento", interrumpí. "¿Qué tal si dices que irás?"

"Bueno, el hecho es que la verdad es que me estoy quedando con algunas personas aquí en Greenwich, y ellos esperan que esté con ellos mañana. De hecho, hay una especie de picnic o algo así. Por supuesto, haré todo lo posible por escaparme".

Yo jaculé un irrefrenable "¡Eh!" y él debió de oírme, porque continuó nervioso:

"Por lo que llamé fue por un par de zapatos que dejé allí. Me pregunto si sería demasiado problema que el mayordomo me los enviara. Verá, son zapatillas de tenis, y estoy un poco desamparado sin ellas. Mi dirección está a cargo de B. F. -"

No oí el resto del nombre, porque colgué el auricular.

Después de eso sentí cierta vergüenza por Gatsby; el caballero al que llamé por teléfono me dio a entender que había recibido su merecido. Sin embargo, eso fue culpa mía, pues era uno de los que solían mofarse más amargamente de Gatsby por el valor del licor de Gatsby, y yo debería haber sabido que no debía llamarlo.

La mañana del funeral subí a Nueva York para ver a Meyer Wolfshiem; me pareció que no podía llegar a él de otra manera. La puerta que empujé, siguiendo el consejo de un ascensorista, estaba marcada como "The Swastika Holding Company", y al principio no parecía haber nadie dentro. Pero

cuando grité "hola" varias veces en vano, estalló una discusión detrás de un tabique, y en ese momento una encantadora judía apareció en una puerta interior y me escudriñó con ojos negros y hostiles.

"No hay nadie", dijo. "El señor Wolfshiem se ha ido a Chicago".

La primera parte de esto era obviamente falsa, pues alguien había comenzado a silbar "El Rosario", sin ton ni son, en el interior.

"Por favor, diga que el señor Carraway quiere verlo".

"No puedo traerlo de Chicago, ¿verdad?"

En ese momento una voz, inconfundiblemente de Wolfshiem, llamó "¡Stella!" desde el otro lado de la puerta.

"Deje su nombre en el escritorio", dijo rápidamente. "Se lo daré cuando vuelva".

"Pero sé que está ahí".

Dio un paso hacia mí y comenzó a deslizar sus manos indignadas hacia arriba y abajo de sus caderas.

"Vosotros, los jóvenes, creéis que podéis entrar aquí a la fuerza en cualquier momento", me regañó. "Nos estamos hartando de eso. Cuando digo que está en Chicago, está en Chicago".

Mencioné a Gatsby.

"¡Oh-h!" Ella me miró de nuevo. "¿Podrías...? ¿Cuál era tu nombre?"

Desapareció. En un momento, Meyer Wolfsheim se paró solemnemente en la puerta, extendiendo ambas manos. Me hizo pasar a su despacho, comentando con voz reverente que era un momento triste para todos nosotros, y me ofreció un cigarro.

"Mi memoria se remonta a la primera vez que lo conocí", dijo. "Un joven comandante recién salido del ejército y cubierto de medallas que obtuvo en la guerra. Estaba tan arruinado que tenía que seguir llevando el uniforme porque no podía comprarse ropa normal. La primera vez que lo vi fue cuando entró en la sala de billar de Winebrenner en la calle Cuarenta y Tres y pidió un trabajo. Llevaba un par de días sin comer nada. "Ven a almorzar

conmigo", le dije. Se comió más de cuatro dólares de comida en media hora".

"¿Lo iniciaste en el negocio?" Pregunté.

"¡Que inicio! Yo lo hice".

"Oh."

"Lo levanté de la nada, directamente de la alcantarilla. Enseguida vi que era un joven de aspecto fino y caballeroso, y cuando me dijo que era un Oggsford supe que podía utilizarlo bien. Conseguí que se alistara en la Legión Americana y solía estar en lo alto. Enseguida hizo algunos trabajos para un cliente mío en Albany. Estábamos tan unidos en todo" -levantó dos dedos de frente- "siempre juntos".

Me pregunté si esta asociación había incluido la operación de las Series Mundiales de 1919.

"Ahora está muerto", dije después de un momento. "Eras su mejor amigo, así que sé que querrás venir a su funeral esta tarde".

"Me gustaría ir".

"Pues entonces ven".

El pelo de sus fosas nasales tembló ligeramente, y al sacudir la cabeza sus ojos se llenaron de lágrimas.

"No puedo hacerlo, no puedo mezclarme en esto", dijo.

"No hay nada en lo que mezclarse. Ya todo ha terminado".

"Cuando matan a un hombre, nunca me gusta mezclarme en ello de ninguna manera. Me mantengo al margen. Cuando era joven era diferente: si un amigo mío moría, no importaba cómo, me quedaba con él hasta el final. Puede que pienses que eso es sentimental, pero lo digo en serio, hasta el final".

Vi que por alguna razón propia estaba decidido a no venir, así que me levanté.

"¿Es usted universitario?", preguntó de repente.

Por un momento pensé que iba a sugerir una "gonnegtion", pero se limitó a asentir y a estrechar mi mano.

"Aprendamos a mostrar nuestra amistad por un hombre cuando está vivo y no después de muerto", sugirió. "Después de eso mi propia regla es dejar todo en paz".

Cuando salí de su despacho el cielo se había oscurecido y regresé a West Egg bajo una llovizna. Después de cambiarme de ropa, fui a la puerta de al lado y encontré al señor Gatz caminando de arriba a abajo emocionado por el pasillo. Su orgullo por su hijo y por las posesiones de su hijo aumentaba continuamente y ahora tenía algo que mostrarme.

"Jimmy me ha enviado esta foto". Sacó su cartera con dedos temblorosos. "Mira ahí".

Era una fotografía de la casa, agrietada en las esquinas y sucia con muchas manos. Me señaló cada detalle con entusiasmo. "¡Mira ahí!" y luego buscó la admiración de mis ojos. Me la había enseñado tantas veces que creo que ahora era más real para él que la propia casa.

"Me lo ha enviado Jimmy. Creo que es un cuadro muy bonito. Se ve muy bien".

"Muy bien. ¿Lo habías visto últimamente?"

"Vino a verme hace dos años y me compró la casa en la que vivo ahora. Claro que nos separamos cuando se escapó de casa, pero ahora veo que había una razón para ello. Él sabía que tenía un gran futuro por delante. Y desde que tuvo éxito fue muy generoso conmigo".

Parecía reacio a guardar la foto, la sostuvo durante un minuto más, de forma persistente, ante mis ojos. Luego me devolvió la cartera y sacó del bolsillo un viejo y raído ejemplar de un libro llamado "Hopalong Cassidy".

"Mira, este es un libro que tenía cuando era un niño. Simplemente te lo enseño".

Lo abrió por la contraportada y le dio la vuelta para que lo viera. En la última hoja volante estaba impresa la palabra HORARIO, y la fecha 12 de septiembre de 1906. Y debajo:

Levantarse de la cama 6.00 a. m.

Ejercicio con mancuernas y escalada en la pared 6.15-6.30 "

Estudiar electricidad, etc. 7.15-8.15 "

Trabajo 8.30-4.30 p. m.

Béisbol y deportes 4.30-5.00 "

Practicar la elocución, el aplomo y cómo conseguirlo 5.00-6.00 "

Estudiar los inventos necesarios 7.00-9.00 "

RESOLUCIONES GENERALES

No perder el tiempo en Shafters o [un nombre, indescifrable]

No fumar ni masticar más.

Bañarse cada dos días

Leer un libro o revista de mejora a la semana

Ahorrar $5.00 [tachado] $3.00 por semana

Ser mejor con los padres

"Me encontré con este libro por accidente", dijo el anciano. "Sólo te lo revela todo, ¿no?"

"Sí, es revelador".

"Jimmy estaba destinado a salir adelante. Siempre tenía algunas resoluciones como esta o algo así. ¿Te has dado cuenta de lo que tiene para mejorar su mente? Siempre fue muy bueno para eso. Una vez me dijo que yo comía como un cerdo, y le gané por ello".

Se resistía a cerrar el libro, leyendo cada punto en voz alta y mirándome luego con entusiasmo. Creo que esperaba que copiara la lista para mi propio uso.

Un poco antes de las tres llegó el ministro luterano de Flushing, y comencé a mirar involuntariamente por las ventanas en busca de otros coches. Lo mismo hizo el padre de Gatsby. Y a medida que pasaba el tiempo y los sirvientes entraban y esperaban en el vestíbulo, sus ojos empezaron a parpadear ansiosamente, y habló de la lluvia de forma preocupada e incierta. El ministro miró varias veces su reloj, así que lo llevé aparte y le pedí que esperara media hora. Pero fue inútil. No vino nadie.

Hacia las cinco, nuestra comitiva de tres coches llegó al cementerio y se detuvo bajo una espesa llovizna junto a la puerta: primero un coche fúnebre,

horriblemente negro y mojado, luego el señor Gatz, el ministro y yo en la limusina, y un poco más tarde cuatro o cinco sirvientes y el cartero de West Egg, en la camioneta de Gatsby, todos mojados hasta la piel. Cuando empezamos a cruzar la puerta del cementerio, oí que un coche se detenía y luego el sonido de alguien chapoteando tras nosotros sobre el suelo empapado. Miré a mi alrededor. Era el hombre con gafas de ojo de búho al que había encontrado maravillado con los libros de Gatsby en la biblioteca una noche tres meses antes.

No lo había vuelto a ver desde entonces. No sé cómo sabía lo del funeral, ni siquiera su nombre. La lluvia caía sobre sus gruesas gafas, y se las quitó y las limpió para ver la lona protectora desenrollada de la tumba de Gatsby.

Intenté entonces pensar en Gatsby por un momento, pero ya estaba demasiado lejos, y sólo pude recordar, sin resentimiento, que Daisy no había enviado un mensaje ni una flor. Oí vagamente que alguien murmuraba "Benditos sean los difuntos sobre los que cae la lluvia", y entonces el hombre de los ojos de búho dijo "Amén a eso", con voz valiente.

Bajamos rápidamente a través de la lluvia hasta los coches. Ojos de Búho me habló junto a la puerta.

"No pude llegar a la casa", comentó.

"Tampoco pudo nadie más".

" ¡Vamos!" Se puso en pie. "¡Por Dios! Solían ir allí por cientos".

Se quitó las gafas y las volvió a limpiar, por fuera y por dentro.

"El pobre hijo de puta", dijo.

Uno de mis recuerdos más vívidos es el de la vuelta al Oeste de la escuela preparatoria y más tarde de la universidad en Navidad. Los que iban más lejos de Chicago se reunían en la vieja y tenue estación de Union Street a las seis de la tarde de diciembre, con unos pocos amigos de Chicago, ya metidos en su propia alegría navideña, para despedirse apresuradamente. Recuerdo los abrigos de pieles de las chicas que volvían de Miss This-or-That's y el parloteo de la respiración congelada y las manos que se agitaban en lo alto cuando veíamos a viejos conocidos, y las coincidencias de las invitaciones: "¿Vas a ir a casa de los Ordway? ¿A casa de los Herseys? ¿A casa de los Schultz?" y los largos billetes verdes apretados en nuestras ma-

nos enguantadas. Y por último, los turbios vagones amarillos del ferrocarril Chicago, Milwaukee & St. Paul, que parecían tan alegres como la propia Navidad en las vías junto a la puerta.

Cuando nos adentramos en la noche invernal y la verdadera nieve, nuestra nieve, comenzó a extenderse a nuestro lado y a centellear contra las ventanas, y las tenues luces de las pequeñas estaciones de Wisconsin se movían, un agudo y salvaje frenesí llegó de repente al aire. Respiramos profundamente mientras regresábamos de la cena a través de los fríos vestíbulos, inconfesablemente conscientes de nuestra identificación con este país durante una extraña hora, antes de volver a fundirnos indistintamente en él.

Ese es mi Medio Oeste, no el trigo ni las praderas ni los pueblos suecos perdidos, sino los emocionantes trenes de regreso de mi juventud, y las lámparas de las calles y las campanas de los trineos en la oscuridad helada y las sombras de las coronas de acebo proyectadas por las ventanas iluminadas sobre la nieve. Soy parte de eso, un poco solemne con la sensación de esos largos inviernos, un poco complaciente por haber crecido en la casa de los Carraway en una ciudad donde las viviendas siguen llamándose a través de las décadas por el nombre de una familia. Ahora veo que ésta ha sido una historia del Oeste, después de todo: Tom y Gatsby, Daisy y Jordan y yo, éramos todos Occidentales, y quizás poseíamos alguna deficiencia en común que nos hacía sutilmente inadaptables a la vida del Este.

Aún cuando el Este me entusiasmaba más, aún cuando era más consciente de su superioridad sobre las aburridas, extensas e hinchadas ciudades más allá del Ohio, con sus interminables inquisiciones que sólo perdonaban a los niños y a los ancianos, aún entonces siempre tuvo para mí una característica de distorsión. West Egg, especialmente, sigue figurando en mis sueños más fantásticos. Lo veo como una escena nocturna de El Greco: un centenar de casas, a la vez convencionales y grotescas, agazapadas bajo un cielo sombrío y sobresaliente y una luna sin brillo. En el primer plano, cuatro hombres solemnes, vestidos con trajes de gala, caminan por la acera con una camilla en la que yace una mujer ebria con un vestido de noche blanco. Su mano, que cuelga sobre el costado, brilla fría de joyas. Gravemente, los hombres se detienen en una casa, la casa equivocada. Pero nadie sabe el nombre de la mujer, y a nadie le importa.

Después de la muerte de Gatsby, el Este estaba embrujado para mí de ese modo, distorsionado más allá del poder de corrección de mis ojos. Así que cuando el humo azul de las hojas quebradizas estaba en el aire y el viento agitaba la ropa mojada en el tendedero, decidí volver a casa.

Había una cosa que hacer antes de irme, una cosa incómoda y desagradable que tal vez hubiera sido mejor dejar en paz. Pero quería dejar las cosas en orden y no confiar en que aquel mar servicial e indiferente arrastrara mis desechos. Vi a Jordan Baker y le hablé de lo que nos había pasado juntos, y de lo que me había pasado después, y ella se quedó perfectamente quieta, escuchando, en una gran silla.

Estaba vestida para jugar al golf, y recuerdo que pensé que tenía un aspecto de buena figura, con la barbilla levantada un poco alegremente, el pelo del color de una hoja de otoño, la cara del mismo tono marrón que el guante sin dedos que llevaba en la rodilla. Cuando terminé, me dijo sin comentarios que estaba comprometida con otro hombre. Lo dudé, aunque había varios con los que podría haberse casado con un movimiento de cabeza, pero fingí estar sorprendido. Durante un minuto me pregunté si no estaría cometiendo un error, luego lo pensé de nuevo rápidamente y me levanté para despedirme.

"Sin embargo, me dejaste", dijo Jordan de repente. Me dejaste tirada en el teléfono. Ahora me importas un bledo, no obstante, fue una experiencia nueva para mí, y me sentí un poco avergonzada durante un tiempo".

Nos dimos la mano.

"Ah, ¿y te acuerdas" -añadió- "de una conversación que tuvimos una vez sobre cómo conducir un coche?"

"Pues no exactamente".

"¿Dijiste que una mal conductor sólo estaba a salvo hasta que conociera a otro mal conductor? Bueno, yo conocí a otro mal conductor, ¿no es así? Quiero decir que fue un descuido por mi parte hacer una suposición tan equivocada. Pensé que eras una persona más bien honesta y directa. Pensé que era tu orgullo secreto".

"Tengo treinta años", dije. "Tengo cinco años más para mentirme a mí mismo y llamarlo honor".

Ella no contestó. Enfadado, y medio enamorado de ella, y tremendamente arrepentido, me di la vuelta.

Una tarde de finales de octubre vi a Tom Buchanan. Caminaba delante de mí por la Quinta Avenida a su manera alerta y agresiva, con las manos un poco separadas del cuerpo, como si quisiera combatir las intromisiones, con la cabeza moviéndose bruscamente aquí y allá, adaptándose a sus ojos inquietos. Justo cuando reduje la velocidad para no adelantarle, se detuvo y empezó a fruncir el ceño en los escaparates de una joyería. De repente, me vio y regresó, tendiendo la mano.

"¿Qué pasa, Nick? ¿Te opones a darme la mano?"

"Sí. Ya sabes lo que pienso de ti".

"Estás loco, Nick", dijo rápidamente. "Loco de remate. No sé qué te pasa".

"Tom", pregunté, "¿qué le dijiste a Wilson esa tarde?"

Me miró fijamente sin decir nada, y supe que había adivinado lo de esas horas perdidas. Empecé a darme la vuelta, pero él dio un paso tras de mí y me agarró del brazo.

"Le dije la verdad", dijo. "Se acercó a la puerta mientras nos preparábamos para salir, y cuando le avisé de que no estábamos, intentó subir a la fuerza. Estaba lo suficientemente loco como para matarme si no le hubiera dicho quién era el dueño del coche. Tenía un revólver en el bolsillo cada minuto que pasaba en la casa..." Se interrumpió desafiante. "¿Y si se lo dijera? Ese tipo se lo buscó. Te echó polvo en los ojos igual que a Daisy, pero era un tipo duro. Atropelló a Myrtle como se atropella a un perro y ni siquiera paró su coche".

No había nada que pudiera decir, excepto el hecho inconfesable de que no era cierto.

"Y si crees que no he tenido mi cuota de sufrimiento, mira, cuando fui a dejar el piso y vi esa maldita caja de galletas para perros en el aparador, me senté y lloré como un bebé. Por Dios, fue horrible..."

No podía perdonarle ni gustarle, pero vi que lo que había hecho estaba, para él, totalmente justificado. Todo fue muy descuidado y confuso. Tom y Daisy eran personas descuidadas: destrozaban cosas y criaturas y luego se

refugiaban en su dinero o en su enorme despreocupación, o en lo que fuera que los mantenía unidos, y dejaban que otras personas limpiaran el desastre que habían hecho. . . .

Le estreché la mano; me pareció una tontería no hacerlo, porque de repente me sentí como si estuviera hablando con un niño. Luego entró en la joyería para comprar un collar de perlas -o tal vez sólo un par de botones para los puños- y se deshizo para siempre de mis remilgos provincianos.

La casa de Gatsby seguía vacía cuando me fui; la hierba de su césped había crecido tanto como la mía. Uno de los taxistas del pueblo nunca pasaba por delante de la puerta de entrada sin detenerse un minuto y señalar el interior; quizá fue él quien llevó a Daisy y a Gatsby a East Egg la noche del accidente, y quizá se había inventado una historia al respecto. No quise oírla y lo evité al bajar del tren.

Pasé las noches de los sábados en Nueva York porque aquellas fiestas suyas, brillantes y deslumbrantes, me acompañaban tan vívidamente que aún podía oír la música y las risas, tenues e incesantes, de su jardín, y los coches subiendo y bajando por su camino. Una noche oí un coche allí, y vi sus luces detenerse en sus escalones delanteros. Pero no investigué. Probablemente se trataba de algún último invitado que se había ido al fin del mundo y no sabía que la fiesta había terminado.

La última noche, con el maletero lleno y el coche vendido al tendero, me acerqué y miré una vez más aquel enorme e incoherente fracaso de casa. En los blancos escalones, una palabra obscena, garabateada por algún niño con un trozo de ladrillo, destacaba claramente a la luz de la luna, y la borré, dibujando mi zapato rasposamente a lo largo de la piedra. Luego bajé a la playa y me tumbé en la arena.

La mayoría de los grandes locales de la costa estaban cerrados y apenas había luces, salvo el resplandor sombrío y móvil de un transbordador que cruzaba el estrecho. Y a medida que la luna se elevaba más, las casas innecesarias empezaron a desvanecerse hasta que poco a poco fui consciente de la vieja isla que floreció una vez para los ojos de los marineros holandeses: un pecho fresco y verde del nuevo mundo. Sus árboles desaparecidos, los árboles que habían dado paso a la casa de Gatsby, habían susurrado una vez el último y más grande de todos los sueños humanos; durante un momento encantado y transitorio, el hombre debió contener la respiración en presen-

cia de este continente, obligado a una contemplación estética que no comprendía ni deseaba, enfrentándose por última vez en la historia a algo acorde con su capacidad de asombro.

Y mientras estaba sentado meditando sobre el viejo y desconocido mundo, pensaba en el asombro de Gatsby cuando divisó por primera vez la luz verde al final del muelle de Daisy. Había recorrido un largo camino hasta llegar a este césped azul, y su sueño debía de parecerle tan cercano que difícilmente podía dejar de alcanzarlo. No sabía que ya estaba detrás de él, en algún lugar de esa vasta oscuridad más allá de la ciudad, donde los oscuros campos de la república se extendían bajo la noche.

Gatsby creía en la luz verde, en el futuro orgásmico que año tras año se aleja ante nosotros. Nos eludió entonces, pero eso no importa: mañana correremos más rápido, extenderemos más nuestros brazos. . . . Y una buena mañana...

Así que seguimos, barcos contra la corriente, arrastrados incesantemente hacia el pasado.